

SUMARIO

- «Carta de Jamaica (6 de septiembre de 1915)». Simón Bolívar p. 135
- «El discurso de Angostura (15 de febrero de 1819)». Simón Bolívar p. 135
- Sobre el «elemento raza». José Gil Fortoul p. 136
- Tierra firme: estudios sobre etnología e historia.* Julio César Salas p. 142
- Disgregación e integración. Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana.* Laureano Vallenilla Lanz p. 147
- Cesarismo democrático: estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela.* Laureano Vallenilla Lanz p. 151
- La formación del pueblo venezolano: estudios sociológicos.* Carlos Siso p. 154
- «Negritos y blanquitos». Mario Briceño-Iragorry p. 168
- «El mestizaje y el nuevo mundo». Arturo Úslar Pietri p. 171
- «Somos hispanoamericanos». Arturo Úslar Pietri p. 173
- «¿Existe América Latina?» p. 175
- «El mestizaje cultural». Arturo Úslar Pietri p. 178
- «Discurso y racismo en Venezuela: un país “café con leche”».*
Adriana Bolívar (coautora y coordinadora), Miguel Bolívar Chollett,
Luisana Bisbe, Roberto Briceño-León, Jun Ishibashi, Nora Kaplan,
Esteban Emilio Mosonyi, Ronny Velásquez p. 180

| * Este ensayo se incluye por decisión de los editores.

Píntame angelitos negros*

...*Se me murió mi negrito;
Dios lo tendría dispuesto;
ya lo tendrá colocao
como angelito del Cielo.*

—*Desengáñese comadre,
que no hay angelitos negros.
Pintor de santos de alcoba,
pintor sin tierra en el pecho,
que cuando pintas tus santos
no te acuerdas de tu pueblo,
que cuando pintas tus Vírgenes
pintas angelitos bellos,
pero nunca te acordaste
de pintar un angelito negro.
(...)*

*No hay pintor que pintara
angelitos de mi pueblo.
Yo quiero angelitos blancos
con angelitos morenos.
Ángel de buena familia
no basta para mi cielo.*

*Si queda un pintor de santos,
si queda un pintor de cielos,
que haga el cielo de mi tierra
con los tonos de mi pueblo,
con su ángel de perla fina,
con su ángel de medio pelo,
con sus ángeles catires,
con sus ángeles morenos,
con sus angelitos blancos,
con sus angelitos indios,
con sus angelitos negros,
que vayan comiendo mango
por las barriadas del cielo.
(...)*

*No hay una iglesia de rumbo,
no hay una iglesia de pueblo,
donde hayan dejado entrar
al cuadro de angelitos negros.
Y entonces, ¿a dónde van,
angelitos de mi pueblo,
zamuraitos de Guaribe,
torditos de Barlovento?*

*Pintor que pintas tu tierra
si quieres pintar tu cielo,
cuando pintas angelitos
acuérdate de tu pueblo;
y al lado del ángel rubio
y junto al ángel trigueño,
aunque la Virgen sea blanca
píntame angelitos negros.*

* Andrés Eloy Blanco, «La Juambimbada» (1960), en *Los cantares negros*, Caracas, Comité de Homenaje a Andrés Eloy Blanco, Aries Editores, Selección Popular, 2003, pp. 22-23.

Documentos seleccionados

SUMARIO

«Carta de Jamaica (6 de septiembre de 1815)» p. 135

«El discurso de Angostura (15 de febrero de 1819)» p. 135

Simón Bolívar

Nació en Caracas, en 1783. General de ejércitos, jefe supremo y presidente de la República, pero es el título de Libertador el que está fraguado en la memoria colectiva de los países hispanoamericanos. Fue una estrategia militar provisto de una inusual celeridad de decisiones y movimientos que explican que pudiera darle un sentido nacionalista a la causa de la independencia. Hubo un momento de su historia personal, en el que era visto como el hombre más poderoso de todo el continente y árbitro supremo de las naciones recién liberadas. Pero el poder temporal se desgasta con el paso del tiempo y con las inconsecuencias de los más próximos. Murió en Santa Marta (Colombia), el 17 de diciembre de 1830, avizorando un porvenir sombrío para la visión de conjunto que trató de implantar para los nuevos estados libres e independientes.

Su pensamiento político acerca de la unidad hispanoamericana, baluarte de su existencia, cuando estaba en el lecho de muerte sólo pudo nutrirse del desengaño y la desesperanza que lo embargaron hasta el último momento. Tenía apenas 47 años. En 1842 sus restos fueron trasladados a la capilla de su familia en la Catedral de Caracas e inhumados el 28 de octubre de 1876, desde esa fecha reposan en el Panteón Nacional. El hombre de acción que comandó la independencia de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, fue un hombre de pensamiento que tuvo la lucidez de crear la estructura institucional que requería Hispanoamérica en ese momento. La «Carta de Jamaica (6 de septiembre de 1815)» y el «Discurso de Angostura (15 de febrero de 1819)» son documentos de reflexión política que señalaban al mundo los logros habidos en la lucha por la libertad y los argumentos que harían comprender las razones que impulsaban en ese momento la gesta emancipadora. En ambos desarrolló una noción de identidad de importante repercusión, que resultó aplicable a Venezuela y a los países hispanoamericanos.

CARTA DE JAMAICA

(6 DE SEPTIEMBRE DE 1815)*

Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil... no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar a éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado...

EL DISCURSO DE ANGOSTURA

(15 DE FEBRERO DE 1819)*

No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión, y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. Todavía hay más; nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula, y nos hallábamos en tanta más dificultad para alcanzar la libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre...

* Simón Bolívar, «Carta de Jamaica (6 de septiembre de 1815)», en *Cartas del Libertador*, tomo 1 (1799-1817), 2ª ed., Caracas, Banco de Venezuela, Fundación Vicente Lecuna, 1964, p. 222.

* Simón Bolívar, «El discurso de Angostura (15 de febrero de 1819)», en *Discursos y proclamas*, Compilación de Rufino Blanco Fombona, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1913, p. 38.

«Sobre el “elemento de raza”»*

José Gil Fortoul

Nació en Barquisimeto, estado Lara, en 1861, pero su infancia y adolescencia transcurrieron en El Tocuyo. Al graduarse de bachiller en Filosofía en 1880, viajó a Caracas para inscribirse en la Universidad Central de Venezuela.

Se graduó de doctor en Ciencias Políticas en 1885. Fue alumno de Adolfo Ernst. Sostuvo polémicas ideológicas en el diario *La Opinión Nacional* con el presbítero Juan Bautista Castro, quien luego sería arzobispo de Caracas. Fundó periódicos, escribió poemas, dictó conferencias, transitó la diplomacia en consulados y secretarías y como ministro plenipotenciario, entre 1886 y 1933, residiendo como funcionario del Estado venezolano en Alemania, Inglaterra, Suíza, Francia, Trinidad y México. Durante su ejercicio como ministro de Instrucción Pública en 1912, entregó una memoria al Congreso Nacional, en la que hacía un diagnóstico de la situación educativa en Venezuela y presentaba un proyecto de sistema educativo que supliría las necesidades de maestros y alumnos en todo el territorio. En 1915 fue miembro fundador de la Academia de Ciencias Políticas y presidente de la Sociedad Venezolana de Derecho Internacional.

En 1918 fue elegido Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Su vida intelectual se proyectó en infinidad de artículos publicados en *El Cojo Ilustrado*. El 30 de noviembre de 1898, el gobierno nacional le encargó la preparación de una historia de Venezuela para conmemorar el paso del siglo XIX al siglo XX. El primer tomo fue publicado en 1906 y el segundo en 1909. Es una obra que se aproxima al concepto de raza, a sus derivaciones sociológicas y a las clases sociales utilizando, para explicar los hechos históricos, criterios evolucionistas.

* José Gil Fortoul, «Sobre el “elemento de raza”», en *Obras completas*, vol. 4, «Filosofía Constitucional», Caracas, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1956.

(...) Examinemos desde luego el elemento de raza en la historia de Venezuela. Tomando el término raza en su acepción más alta, no hay duda que a la llegada de los españoles, la América estaba poblada por una sola raza, bien que dividida en diversos grupos desigualmente civilizados... Durante la conquista lucharon dos razas perfectamente definidas y de civilizaciones del todo diversas: la raza española y la raza americana. Poseedora ya ésta de una civilización secular en México y en el Perú, su estado social era todavía inferior en las costas y en el interior del territorio venezolano; y si bien muchas tribus venezolanas no se mostraron nunca inferiores a los españoles, en cuanto a ardor guerrero, prefiriendo siempre la muerte a la derrota, érales imposible resistir indefinidamente a las grandes ventajas de los conquistadores: el caballo y las armas de fuego y el perro cazador. La desaparición de las tribus indígenas más abocadas a la civilización era fatalmente necesaria. En su empeño patriótico de disculpar la devastación universal que caracteriza a la conquista, los escritores españoles afirman a menudo que las «razas indígenas de América no han desaparecido», puesto que el elemento indio figura aún en la población actual. Subsiste, sí, pero representadas por los restos de las tribus inferiores, que sólo debieron la vida a la fuga o a la sumisión. En Venezuela, las tribus superiores de Caracas y de Aragua, que quizás se habrían civilizado rápidamente por el contacto con otra raza que no la raza española del siglo XVI, desaparecieron todas en la guerra de la conquista. A la invasión destructora se sustrajeron sólo las tribus menos belicosas, y esto explica por qué los indios puros sobrevivientes figurarán tan poco en las clases dominantes de la colonia; sin contar que el régimen de ésta, no obstante ciertas concesiones humanitarias de las leyes, no bien dictadas en España cuando olvidadas o violadas en América, fue siempre opuesto a elevar al indio a la misma categoría social y política del europeo. Hacia los primeros años del presente siglo, y últimos de la colonia, la población de la capitania general de Venezuela contaba aproximadamente 800.000 almas, divididas, según Humboldt, así:

Blancos nacidos en Europa	12.000
Blancos hispanoamericanos o criollos	200.000
Castas mixtas o gentes de color	406.000
Esclavos negros	62.000
Indios de raza pura	120.000

Estos distintos elementos étnicos constituían clases separadas: los blancos nacidos en Europa, en su mayoría catalanes y vizcaínos, eran o empleados del gobierno español o simples mercaderes, y pocos en número, por las trabas que España ponía a la emigración europea. Los descendientes blancos de europeos, llamados criollos, eran casi todos cultivadores, militares, clérigos, frailes, empleados en rentas o en los tribunales; muy pocos negociantes. Las artes útiles a la comodidad de la vida y las liberales, desestimadas como serviles, eran abandonadas a los pardos libres o gentes de color... mezcla del europeo, del criollo o del indio con el africano, y las derivaciones de esa mezcla; clase intermedia entre el esclavo y el colono español, y que contenía con diversas denominaciones una larga escala de colores, hasta que éstos, después de muchas generaciones, se confundían con el de la raza de los conquistadores, y participaban de sus privilegios. Los colonos introdujeron los esclavos negros con el pretexto de conservar la raza indígena y en realidad con el objeto de dedicarlos a los trabajos agrícolas y a la explotación de las minas. De los indios que escaparon a la destrucción de la conquista quedaron algunas tribus independientes en las regiones más remotas, y las otras se sometieron al gobierno español. La suerte de los indios sometidos continuó siendo hasta peor que la de los esclavos negros... Mientras duró el régimen colonial, los indios y los negros llevaron vida de parias o de esclavos, y la lucha por la supremacía social y política se circunscribió entre los blancos europeos y los criollos americanos. Fue sólo al iniciarse en 1810 la revolución de la independencia cuando todas las clases sociales comprendieron la necesidad de unirse contra el enemigo común para fundar la nueva patria. No hubo ya distinción de

derechos civiles entre blancos, criollos e indios, y desde 1811 empezó el movimiento a favor de la libertad de los esclavos. Muchos patriotas de la independencia, empezando por Bolívar, libertaron a sus esclavos para enrolarlos como soldados en la guerra contra España... La fusión social no se verificó, como es de suponer, inmediatamente y de un modo absoluto... hasta 1830, fecha de la disolución de la Colombia y de la constitución de las repúblicas de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, es fácil observar aún el antiguo antagonismo de las razas. Mostrábase los indios muy apegados a sus costumbres, y oponían una resistencia tenaz a las mejoras que el gobierno republicano quiso introducir en su condición política. Los negros esperaban aún los efectos de las leyes que preparaban su libertad completa. Predominaban en el movimiento social y político los blancos descendientes de europeos; y la gente de color, aunque asimilada ya a los blancos por las leyes, era aún, en las relaciones sociales, víctima de su origen mezclado.

En 1839, la población era, según [Agustín] Codazzi, de 945.344 habitantes divididos así:

52.411	indios independientes,
14.000	indios sometidos pero que conservaban sus costumbres,
155.000	indios civilizados y mezclados que conservaban el carácter de su raza, pero que se habían olvidado de su idioma,
49.782	negros esclavos,
260.000	blancos hispanoamericanos y extranjeros no nacionalizados,
414.151	individuos de razas mixtas: europeos, criollos, indios, africanos y sus variedades.

En 1881, la población total era de 2.075.245, y en 1891, fecha del tercero y último censo, de 2.323.527, con 42.898 extranjeros no nacionalizados.

Por temor quizás de herir susceptibilidades de los negros y de los descendientes de esclavos, el resumen oficial del último censo no contiene indicación alguna respecto de las razas, bien que, por la frecuencia de uniones de blancos con indios, negros o

mestizos, las preocupaciones del color no tengan ya influencia notable en la vida social, y menos aún en la vida política donde no es rara vez ver los más altos puestos de gobierno ocupados por gente de color (la cual dicho sea de paso, no se muestra inferior, en cuanto a capacidad gubernativa, a los blancos de raza pura). Puede empero, comprobarse fácilmente que los individuos pertenecientes a las razas puras no forman sino una fracción muy pequeña. No hay negros, en número apreciable, sino en las ciudades del litoral marítimo, y provienen casi todos de Las Antillas. Sin duda desaparecerán pronto, como raza, por su cruzamiento con la población del interior. Las tribus de indios independientes que quedan aún en las selvas del Orinoco y en la Guajira, no forman en realidad parte esencial de la nación: su vida, costumbres e instituciones son muy diversas, y están condenados a desaparecer, sea por destrucción en caso de guerra, sea por absorción cuando se colonicen aquellas regiones. De los españoles de la colonia quedan poquísimas familias en algunos pueblos del interior, donde han degenerado... En la historia de la república, desde 1830, predomina el hombre de raza mezclada, y si bien es justo reconocer que éste se ha mostrado a menudo, más fuerte y vigoroso que el indio, más activo e inteligente que el africano, e igual al criollo y al europeo en las dotes morales e intelectuales, también es evidente que su origen tiene una importancia sociológica capital. El venezolano de hoy no es el español, ni el indio, ni el negro... pertenecemos a la familia constituida por la fusión de tres elementos étnicos distintos; y nuestro carácter nacional, nuestra historia, nuestros ideales, y en suma, nuestro espíritu, es una resultante étnica y social. Del indio tenemos el amor a la independencia y el odio hereditario a los privilegios de castas; del negro, en parte siquiera, la energía necesaria para la adaptación rápida a una naturaleza exuberante y bravía, y quizás el tono melancólico y nostálgico que predomina en nuestros poetas genuinamente nacionales; y de uno y otro, el escepticismo radical con que la parte menos culta de la población

presencia a menudo las luchas sangrientas de las voltarias sectas políticas. Del español nos vino la poca capacidad natural para la industria, el débil espíritu de iniciativa, la costumbre de esperarlo todo del gobierno, la pasión de las intrigas políticas, el gusto de la oratoria brillante y majestuosa hasta el extremo de convertirla en *dilettantismo* estético, la honestidad de las relaciones de familia, y, con el amor refinado de las bellas letras, también, por desgracia, el instinto indomable de la guerra... Nuestro eclecticismo de pueblo nuevo nos permite aceptar sin fijarnos en su origen, todas las innovaciones extranjeras que juzgamos útiles o agradables; y como el progreso de nuestra antigua metrópoli, a quien por cariñosa deferencia llamamos aún madre patria, es hoy infinitamente más lento que el de las otras civilizaciones, es fácil prever que muy pronto nuestro carácter nacional tendrá poca semejanza con el carácter español... (pp. 339-347).

Los españoles, que emprendieron la conquista del territorio, menos con el propósito de cultivarlo y crear en él, una civilización análoga a la europea, que con el fin de someter por la fuerza a la raza indígena y cargar con las riquezas naturales, cuya explotación no requiriese ningún esfuerzo industrial, establecieron la trata de esclavos negros, a poco de haber exterminado las tribus indias más enérgicas, con la creencia de que aquellos soportarían mejor las influencias nocivas del clima en los trabajos de la agricultura y de las minas. En cuanto a los restos que sobrevivieron de las tribus indias, su sangre se mezcla pronto con la de los españoles y negros, o buscaron refugio en las más lejanas selvas, donde subsisten aún independientes y bravíos hasta que la colonización llegue a destruirlos o a absorberlos. Estos dos hechos, —el espíritu de destrucción que inspiró a los conquistadores, y el reemplazo de una raza en vía de civilización, como la raza indígena, por una raza de esclavos, incapaz de toda iniciativa individual y de todo esfuerzo colectivo—, dieron por resultado fatal que durante el régimen colonial

la influencia del hombre sobre el medio fuera casi nula... (pp. 353-354).

El fenómeno de la adaptación explica cómo la raza mestiza de blanco, indio y negro, aclimatada desde hace siglos, puede vivir y prosperar en la parte inferior de la zona templada y aún en la cálida... la adaptación del hombre al medio físico, y las modificaciones de éste por el hombre, son las condiciones esenciales de vida y de progreso... (p. 360).

Empezó la evolución histórica de Venezuela con la guerra entre la raza española y la raza india, guerra que ocasionó, una vez destruida o domada la población indígena, la adaptación del régimen autoritario que es característico, si no de toda la nación española, sí de los españoles que realizaron la conquista. Al cabo de tres siglos, formada ya otra raza por la mezcla de los españoles, indios y negros, estalló la Guerra de la Independencia, que determinó la constitución de una nueva nacionalidad y de un nuevo estado político, diferentes una y otro de la raza conquistadora y de la raza conquistada, pero conservando en su temperamento y costumbres la influencia de los elementos étnicos primitivos. De esta influencia, combinada con la del medio físico y con los factores ocasionales que obran siempre en todo grupo social, proviene el carácter especial de la historia que vamos a bosquejar y que demuestra la exactitud de las premisas apuntadas en los capítulos anteriores... Es también digno de notarse aquí la manera como el vulgo entendía hasta hace pocos años los nombres de conservador y liberal. Conservador, u oligarca, o godo, términos equivalentes en el lenguaje popular, significaba: hombre perteneciente a una familia distinguida por sus antepasados, por su riqueza, por su ilustración o por sus simpatías hacia todo gobierno fuerte, despótico o cruel. Liberal, y desde el 58 hasta el 70, federal, quería decir: hombre sin ideas políticas fijas, poco respetuoso de la ley, enemigo de la clase más rica o más instruida y amigo de las clases populares, incli-

nado al militarismo y a los cambios frecuentes de leyes y gobiernos... El instinto popular se equivocaba en esto, extraviado sin duda por los odios y exclusivismos de las guerras civiles. Desde 1848 hasta 1870 no hubo diferencias constantes de doctrina, ni en los hombres ni en sus obras... Ni temían los llamados conservadores aventurarse a realizar reformas radicales, ni los llamados liberales se apresuraban a deshacerse de las leyes con que habían gobernado sus antecesores... (pp. 364-366).

La oposición liberal no puede sustraerse a la responsabilidad de haber apelado a la guerra civil, sin esperar a que los electores decidiesen entre uno y otro bando: pero no es menos evidente que por encima de la voluntad de los hombres, y más profundas que sus pasajeros errores, obraron entonces causas sociales que retardaron la realización de la república ideada por los patriotas de 1811 y por los legisladores de 1830. Existía aún el antagonismo de las razas. Blancos, indios y mestizos gozaban, según la ley, de los mismos derechos civiles y políticos;

pero, en realidad, el predominio social y político era de una oligarquía de grandes propietarios y de jefes militares, y la raza negra no había de alcanzar la libertad completa sino en 1854. La escasa población de entonces vivía desparramada en el inmenso territorio nacional donde no había ni caminos numerosos para la circulación del comercio y de las ideas, ni grandes focos intelectuales para difundir las ciencias y las artes en las clases inferiores, ni centros industriales para enseñar al agricultor y al criador a domar las fuerzas y a utilizar las riquezas de una naturaleza virgen. Con tales circunstancias y en tal medio las consecuencias inmediatas de la propaganda liberal iniciada en 1840 y paralizada en 1847, habían de ser necesariamente más políticas que sociales y menos profundas que ruidosas. Empezó a relevarse en la nación el deseo de sustituir su voluntad soberana a las ambiciones exclusivistas de los gobernantes; pero el desarrollo completo de las energías nacionales tenía que ser retardado aún para largos y turbulentos años... (pp. 373-374).

Tierra firme: estudios sobre etnología e historia*

Julio César Salas

Fue pionero de los estudios etnológicos en Venezuela. Nació en Mérida el 11 de enero de 1870. Estudió en la Universidad de Los Andes y se graduó de doctor en Ciencias Políticas. Combinó el ejercicio profesional con el periodismo, la cátedra universitaria y la explotación agrícola de la finca familiar. La fundación del periódico *Paz y Trabajo* en 1904 en Ejido, estado Mérida, le permitió exponer sus ideas acerca de las causas del atraso en el que se encontraba la sociedad venezolana y darse a conocer entre distintos públicos. Su interés por el país lo llevó a formular severas críticas a los gobiernos de turno y esto le valió ser un perseguido del régimen de Cipriano Castro. Concibió la sociología como una ciencia que podía proporcionar diagnósticos de los problemas sociales de la época y plantear soluciones con la ayuda de la etnología. Su interés primordial, reiterado en sus libros más notables, fue el progreso social, económico y político del país manteniendo una concepción evolucionista de la sociedad bajo la influencia de Charles Darwin. En 1908 publicó *Tierra firme* y, en 1919, *Civilización y barbarie*. Son obras que proponen una historia social que toma en cuenta la formación de la sociedad venezolana partiendo de las raíces autóctonas precoloniales. Defendió con particular entusiasmo la tesis de la unidad étnica del origen de los aborígenes americanos. Insistió en la idea de inculcar a los estudiantes la necesidad de buscar datos objetivos, estimuló la necesidad de crear museos, de formar colecciones arqueológicas y etnográficas y de darle un tratamiento científico a la reconstrucción del pasado. Se refirió al mestizaje calificándolo como una amalgama de razas. En 1918 participó en la fundación de la Sociedad Venezolana de Americanistas cuyo órgano divulgativo fue el famoso periódico *De Re Indica*. Murió en Mérida el 15 de abril de 1933.

* Julio César Salas, *Tierra firme: estudios sobre etnología e historia*, Mérida, Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, 1971 (1ª ed.: 1908, última ed.: 1997, bajo el auspicio de la Fundación Julio César Salas).

(...) Lo que convencionalmente se ha dado en llamar ideales de los pueblos o razas, no es otra cosa que el incesante anhelo que tiene toda nacionalidad de conservar su fisonomía propia, es decir sus costumbres... el estudio de las costumbres de los ancestrales de una raza es de imprescindible necesidad para estudiar con fruto su etnología actual... muchas veces hábitos que nos parecen exóticos... son la reproducción de antiguos usos... Menos importante como modificador de costumbres puede considerarse el medio físico en el cual evoluciona un pueblo... (pp. 25-26).

El espíritu humano tiende a perfeccionarse... la larga estación de una raza de hombres en un sitio determinado de la tierra da por resultado el nacimiento de las artes... pero el lazo que une, refiriendo a un común origen todas las gentes encontradas en las vastas comarcas de Venezuela... es considerar ciertas costumbres como el sello de su procedencia asiática... dichos usos son reproducción de prácticas inmemoriales de tártaros y mongoles... el estudio de las costumbres de los aborígenes forzosamente nos conducirá a aceptar como incuestionable la hipótesis asentada sobre el origen y unidad de la raza americana... (pp. 32-34).

La amalgama... magna fecha en la historia de la humanidad fue el año 1492, por haberse iniciado en dicha época la formación de una nueva raza humana, la cual reemplazó en el continente americano a los pobladores autóctonos... modificado el primitivo elemento étnico en su contacto con los blancos, a su vez influyó notablemente sobre éstos y pudo por tal selección resultar el híbrido criollo, quien participa en igual grado de las cualidades y defectos de sus componentes... El mestizaje no se realizó igualmente en toda la América, pues la mezcla de la raza blanca con la amarilla sólo fue perfecta en los... puntos escogidos por los españoles para su residencia; ya que los iberos se distinguieron como perfectos conquistadores, tomando posesión junto

con el suelo, de los variados productos minerales y vegetales, y no desdeñando tampoco las incitantes sonrisas de las hijas de país... los americanos primitivos eran una raza homogénea y pura, no puede decirse lo mismo de los factores blancos que se mezclaron con ella, sobre todo de los españoles por virtud de proceder éstos de un territorio que fue campo abierto durante más de diez siglos para complejas hibridaciones. En efecto, esta mezcolanza de tan variados elementos... forzaba la fusión en único molde de cualidades y defectos... los cuales atemperados debían mostrarse en el tipo nacional...

La génesis de la raza española heredó de los árabes la imaginación, de los romanos el espíritu de conquista, de los fenicios y cartagineses el amor por la navegación y el comercio, de los celtas la salvaje independencia, de los visigodos la disciplina militar, de los francos y germanos las leyes, el orgullo y la teoría de la nobleza.

El reposo y el aislamiento aparejan tanto a los individuos como a las razas su decadencia y extinción, el movimiento es perenne fuente de vigor... el trasiego de una razas en otras es amalgama que constituye el glorioso sello de la vigorosa raza hispana, fuerte, inteligente y audaz como heredera que es de los conquistadores del mundo antiguo... mezcolanza indefinible de moros, judíos y alemanes... afortunadamente para la humanidad, España no desapareció. Pudo triunfar en Europa y continuar infiltrando su generosa sangre en la América donde incorporó el antiguo cuerpo autóctono, los elementos asiáticos, africanos y europeos: he aquí la raza conquistadora y colonizadora de América, véase cómo los estudios históricos sobre orígenes prueban de manera incuestionable lo que ya afirmamos sobre su falta de pureza como elemento étnico frente a la raza amarilla americana; pero no se crea... que tal híbrido fuese mal elemento para la amalgama, por el contrario siendo el español la selección de las razas del mundo antiguo era el más apropiado para unirse a los aborígenes del Nuevo Mundo, de cuya unión tenía que resultar el tipo hu-

mano... para corona del génesis... En esta virtud, castellanos, andaluces no sólo acompañaron a Colón en sus viajes sino también fueron los primeros blancos que se trasladaron a América con ánimo de establecerse definitivamente... labraron minas, cultivaron la tierra y se enlazaron con las indígenas de La Española... (pp. 176-179).

La raza blanca de Venezuela sólo posee el tipo físico de los españoles, por ser éstos los más numerosos

Europeos pobladores del territorio en el cual se efectuó la amalgama de las razas blanca e indígena pues la mínima cantidad de emigrantes de otras procedencias no fue suficiente para marcar el tipo étnico; en tal virtud debemos considerar al español como elemento principal de la amalgama... (p. 184).

Obras seleccionadas

SUMARIO

Disgregación e integración. Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana p. 147

Cesarismo democrático: estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela p. 151

Laureano Vallenilla Lanz

Laureano Vallenilla Lanz fue uno de los máximos representantes de la corriente positivista en Venezuela. Nació en Barcelona, estado Anzoátegui, el 11 de octubre de 1870, donde se graduó de bachiller mientras incursionaba en la biblioteca de su padre y se familiarizaba con las obras de Charles Darwin, Auguste Comte y Herbert Spencer. Se inscribió en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Central de Venezuela, pero no culminó la carrera y se dedicó al periodismo. Igualmente, atraído por la política, dio inicio a su gestión pública al ser designado interventor de la aduana de Guanta en 1892 y, al poco tiempo, secretario del presidente del estado Anzoátegui. De nuevo en Caracas, asiste a las tertulias literarias propiciadas por los intelectuales que colaboraban en *El Cojo Ilustrado*, cuyas páginas se abrieron desde ese entonces para publicar sus columnas. Acusado de conspiración, fue un perseguido del castrismo y llevado a prisión en 1902, sin embargo, casi de inmediato fue designado por el propio Cipriano Castro cónsul de Venezuela en Ámsterdam. En 1904, fue a París donde tomó cursos en la Sorbonne y en el Collège de France. Regresó a Venezuela cuando el general Juan Vicente Gómez inició su mandato convirtiéndose en uno de sus más estrechos colaboradores. Entre 1910 y 1931, ejerció los cargos de superintendente de Instrucción Pública, director del Archivo Nacional, senador por el estado Apure, presidente del Senado, miembro y director de la Academia Nacional de la Historia y ministro plenipotenciario de Venezuela en París, donde muere en 1936. *Disgregación e integración*, reconstruye la estructura social de la colonia acercándose a las nociones de raza y mestizaje; así mismo, plantea la separación existente en Venezuela entre las instituciones y el comportamiento social. *Cesarismo democrático* es un texto representativo de la corriente positivista en Latinoamérica.

**DISGREGACIÓN E INTEGRACIÓN. ENSAYO SOBRE
 LA FORMACIÓN DE LA NACIONALIDAD VENEZOLANA***

(...) Otra facultad de suma importancia de que gozaban los cabildos y de la cual hizo uso en muchas ocasiones el de Caracas, era la de suspender el cumplimiento de las órdenes reales si en su concepto perjudicaban los usos y costumbres establecidos o que pudieran alterar el orden público, apelando directamente al rey para su supresión o modificación. Recordaremos, por ejemplo, la Real Cédula llamada de *gracias al sacar*, sobre todo en los capítulos referentes a la dispensación de la calidad de pardos, según los cuales las gentes de color libres, como entonces se decía, y que eran las que notoriamente descendían de africanos, podían quedar habilitadas para gozar de todos los privilegios que según las leyes correspondían exclusivamente a los blancos criollos y peninsulares, mediante el pago de algunos centenares de reales de vellón. El Cabildo de Caracas se opuso fuertemente a dar el pase a la Real Cédula, alegando los grandes daños que originaría su sola publicación, y en varias representaciones expuso ante el rey las razones que tenía para impedir su modificación. Igual cosa hizo el Cabildo de Maracaibo, negándose a publicar por bando el real arancel, por considerar que produciría hondos trastornos en el orden social y un peligro inminente para la paz pública; pues el solo conocimiento por parte de las gentes de color de que S.M. pudiese igualarlos con los limpios y blancos vasallos, elevaría sus pretensiones naturales a un punto inconcebible... Como todavía estaban frescos los sucesos de la rebelión de los negros en la Serranía de Coro, creía el cabildo que la disposición del rey vendría a dar alas a aquella clase para que repitiese los grandes daños, incendios y muertes, que se sucedieron durante la sublevación y cuya mira principal era la destrucción de la clase blanca... Tanto el gobernador como la audiencia convinieron en suspender

el cumplimiento de la real cédula en lo relativo a la dispensación de la calidad de los pardos... pero muy escaso de recursos el erario español... no se dio oídos al clamor de los cabildos, y en virtud del curioso arancel se comenzó a dispensar a los pardos de Venezuela de su baja calidad... (pp. 82-83).

Si nuestro objeto fuera hacer un estudio minucioso del régimen colonial en todas sus fases, llegaríamos fácilmente a la conclusión de que los defectos, los vicios, el despotismo, en fin, que pesaba sobre ciertas clases, no dependía de ningún modo de las leyes, ni del gobierno metropolitano, sino de las condiciones étnicas, geográficas y económicas propias y peculiares de las provincias venezolanas. En presencia de razas socialmente inferiores, sometida la aborígen por la conquista y la negra por la esclavitud, los instintos igualitarios del pueblo español tenían que modificarse profundamente en la colonia. Aún en las sociedades fundadas sobre la desigualdad es siempre chocante ver coexistir diferencias jurídicas absolutas con semejanzas físicas sensibles. A la inversa sucede aún en aquellas mismas sociedades que tienen la igualdad por principio constitutivo: los sentimientos antiigualitarios estallan violentos al entrar en contacto con razas totalmente diferentes de su raza... En Venezuela los cabildos fueron siempre el patrimonio de la clase noble, hasta el punto de que se pretendió excluir de ellos a los propios peninsulares, y naturalmente servían antes que todo a los intereses y a las preocupaciones de aquella clase que en cada localidad estaba constituida generalmente por una sola familia... (pp. 88-89).

No sólo en las ciudades sino en las villas principales los cabildos estaban en manos de cierto número de familias notables, presentando el fenómeno de la especialización hereditaria de las funciones municipales, que ayudada por la diferencia de raza, los constituía no en una clase sino en una casta superior, habituada a la supremacía local y dispuesta a defenderla contra toda invasión de las clases inferiores y

* Laureano Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración. Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana*, Caracas, Tipografía Garrido, 1953.

de los advenedizos, por más que fuesen peninsulares no sólo por el exclusivismo político sino por la jerarquización social más completa, por la endogamia y la repulsión respecto de todo aquel que no pudiera comprobar su limpieza de sangre... (pp. 91-92).

Hay además la circunstancia muy importante de que el inglés no se mezcló con el indio, mientras que el español, a los muy pocos años de haber pisado estas tierras ya contaba con numerosa prole mestiza, y muchos adoptaron el guayuco como traje más cómodo, según afirma fray Pedro Simón en sus *Noticias históricas...* Hay, pues que convenir en que los hispanoamericanos, a pesar de nuestra mezcla, estamos muy cerca del autóctono por la influencia poderosa del medio... (pp. 108-109).

Si en la evolución de la raza indígena había tenido que influir de manera poderosa el medio físico, pues está generalmente aceptado que no ha sido igual el carácter ni el desarrollo social de los habitantes de las cordilleras y el de los que vagaban por las extremas llanuras, ni el de los climas templados... estas mismas causas físicas debieron influir en el desarrollo de las sociedades coloniales, determinando en los propios peninsulares y mestizos, caracteres psicológicos especiales, aún en el supuesto negado de que la fusión se realizase por todas partes en la misma proporción entre conquistadores y conquistados... Los españoles se mezclaron con los negros, y es fácil observar que la presencia de la gente de color dio una fisonomía especial a las regiones donde ésta llegó a formar una gran mayoría. La psicología del mulato y sus derivados era absolutamente distinta a la del mestizo, partiendo del hecho material de que en la mezcla del español con el indio no se realizaba una disgregación tan profunda de los caracteres somáticos, como en la mezcla del español con el negro... El hecho de que la gente de color descendiera de esclavos arrojaba una mancha indeleble sobre todo el que tuviera algún rasgo que denunciara su origen servil, lo cual no sucedía con

los descendientes de indígenas que según las leyes se hallaban en la misma condición que los blancos del estado llano... (pp. 112-113).

Desde que el blanco logró por el acaparamiento de la tierra y el trabajo esclavo, apoyar la superioridad de su raza en la superioridad económica, la distancia que lo separaba del hombre de color se hizo más grande. Con la compra de títulos y prerrogativas, con el uso de prendas y de trajes que no estaban al alcance de los pobres, se distanció también de los aventureros españoles y de los inmigrantes canarios que venían en busca de fortuna; y cuando la sociedad llegó al *máximo* de su organización, los descendientes de conquistadores y colonizadores constituían una verdadera aristocracia, que no estando reconocida por las leyes, se veía en el caso de sostener una lucha constante con las autoridades que venían de España y que no reconocían otra división que la de blancos y pardos; sin darle importancia a los títulos nobiliarios... que establecían una gran diferencia entre la nobleza otorgada y la nobleza heredada... El desprecio por las artes manuales y por el comercio, concentró éstos en manos de un grupo de isleños, de vizcaínos y de catalanes que especulaban con el monopolio, pugnando siempre con los nobles cosecheros... En Venezuela... la clase aristocrática desapareció por completo, destruida por la guerra y dispersa por la emigración... (pp. 114-115).

Fue la sangre autóctona la que entró en mayor cantidad en la composición de nuestro pueblo, no sólo en la llamada gente de color sino en la inmensa mayoría de los blancos y hasta de los propios mantuanos, que sobre todo, en los últimos años de la colonia, se consideraban como descendientes puros de los conquistadores. No es aventurado afirmar que absorbidas las razas blanca y negra por la indígena, fuera ésta la que prevaleciera en la psicología de nuestro pueblo, con sus instintos disgregativos, y con el indomable valor de que tantos ejemplos han dado en nuestras luchas civiles... (p. 128).

Es bueno observar, que a pesar de la rivalidad de grupos, todos los hombres que habitan una región están apegados a ella por sus hábitos individuales; y en medio de sus odios tradicionales, todo ellos tienen algo en común: la costumbre de vivir sobre el mismo suelo, que los induce a considerar como extraños a los que no son nativos de la misma comarca... (p. 130).

Pero la procedencia étnica nada explica por sí sola. Sujeta como se halla a sufrir modificaciones esenciales bajo la influencia poderosa del medio, no es sino uno de tantos factores en la evolución social de los pueblos. Ni las naciones, ni los individuos son más o menos inteligentes, ni más o menos valientes, ni más o menos aptos para la civilización porque pertenezcan a ésta o aquella raza. La teoría fundada exclusivamente sobre el factor raza está completamente desechada por la ciencia... (p. 138).

Regístrese la historia de Venezuela y se verá que desde los tiempos coloniales fue este pueblo uno de los más inteligentes, de los más enérgicos y también, hay que decirlo, de los más revoltosos de la América entera... (p. 145).

El general Pablo Morillo decía que los venezolanos eran los franceses de América y con la misma veleidad e inconsistencia que aquellos pero con mucha menos ilustración, son susceptibles de todos sus defectos e incapaces de ninguna de sus virtudes; dispuestos a alborotos y tumultos y de una variedad ilimitada en sus opiniones, que los lleva a ser tan pronto de un partido como de otro... Con esta gente encuentran abrigo todas las novedades que pueden alterar el orden y las conmociones aquí con cualquier pretexto, serán eternas... (pp. 148-149).

No hablaremos, pues de raza; término antropológico que no corresponde a ninguna realidad sociológica y que nada explica cuando se pretende

aplicarlo a la evolución de los pueblos. Hablemos de sociedad, pueblo, nación... (p. 151).

La raza es la expresión del medio. Y hoy no es posible comprender la evolución histórica de un pueblo sin comenzar por el estudio del medio físico y telúrico en que ese pueblo ha evolucionado y de la herencia de los caracteres adquiridos... (p. 159).

La influencia poderosa del medio se comprueba observando, cómo pueblos de una misma raza evolucionan de un modo distinto, colocados en diversas condiciones de existencia debidas al ambiente natural... (p. 162).

Para los que han penetrado en la vida de nuestras llanuras durante la época colonial y estudiado la psicología del llanero, su aparición repentina e inesperada en la historia de la independencia, lejos de ser un milagro, es una lógica consecuencia de nuestra constitución geográfica... La guerra vino a darle cierta cohesión a aquellas partidas de bandoleros, quienes al encontrar un jefe poseído de sus mismos instintos y sus mismos rencores, corrieron a vengarse de la sociedad que perseguía en nombre de una justicia, que ellos eran incapaces de comprender; y en el medio del desorden de la revolución, llegaron no sólo a alcanzar el olvido de sus delitos, sino que al formidable empuje de sus lanzas victoriosas entraron brillantemente en la historia e inmortalizaron sus nombres... ante aquella impotencia manifiesta de las poblaciones agrícolas para enfrentarse a los llaneros; hecho éste tan frecuente como ya hemos visto, en todos los países de igual constitución geográfica que el nuestro... entonces el poder supremo, consagrado por la victoria estaba concentrado en sus manos... la fuerza incontrastable de aquellas hordas, que al convertirse de pastores en guerreros, apenas habían hecho otra cosa que cambiar de escenario... Observemos por el momento, que ni antes ni después de la guerra, aquella gran masa de población estuvo en capacidad de constituirse sino

en la forma de comunidades aisladas y rivales, reducidas a cierto número de habitantes para quienes la idea de patria estaba vinculada de manera exclusiva al pedazo de tierra que pisaban sus caballos. Ese antagonismo, esa rivalidad entre las poblaciones llaneras, los utilizó Boves para la formación de su ejército, azuzando sus odios de vecindario como azuzaba sus instintos de pillaje... en aquellos hombres no podía existir ninguna de las ideas ni de los sentimientos que unen a los pueblos en la amplia concepción de la patria como la soñaban Bolívar... sino que muy al contrario, sus móviles inconscientes los impulsaban a constituirse en clanes o grupos feudales, para quienes era cosa extraña y peregrina toda autoridad que no emanara de la fuerza. Pero es necesario decir también que en aquellas hordas semibárbaras existían los gérmenes poderosos que iban a determinar los rasgos inconfundibles del carácter nacional.

La conciencia del valor personal, la altivez, el espíritu igualitario, la hospitalidad caballeresca, la lealtad como base de la moral política, la tendencia a las

aventuras descabelladas, al mismo tiempo que la incapacidad orgánica de constituir gobiernos estables, que es una de las características de los pueblos pastores, y de sustentar aristocracias, oligarquías o clases privilegiadas; la indiferencia religiosa y la aptitud a la abstracción y a la poesía que se encuentra en muy alto grado entre los nómadas; todo un conjunto de cualidades y de defectos que desarrollados en el curso de la revolución y puestos de relieve por la preponderancia que llegaron a alcanzar, a causa de sus proezas y de sus grandes servicios a la independencia de América, los caudillos llaneros hasta elevarse a los primeros puestos de la nación, apoyados en el prestigio que da la gloria militar en los pueblos guerreros, contribuyeron a torcer el rumbo que sobre la pura tradición colonial iban a seguir otros países hispanoamericanos dando así una fisonomía especial a nuestra evolución orgánica, dentro de los mismos principios generales de la democracia republicana que ha sido el credo institucional de la América libre... (pp. 183-189).

CESARISMO DEMOCRÁTICO: ESTUDIOS SOBRE LAS BASES SOCIOLOGICAS DE LA CONSTITUCIÓN EFECTIVA DE VENEZUELA*

Tan aventurado es afirmar que la nobleza colonial de Hispanoamérica, que en Venezuela llevaba el nombre de mantuanismo, no tuviera en las venas una gran cantidad de sangre india y negra, como pretender que los españoles mismos, aún los de más elevada alcurnia no estuvieran mezclados con moros y judíos... En casi toda Hispanoamérica ha persistido por largo tiempo el prejuicio de considerar a los españoles como una raza pura sin tomar en cuenta las diversas mezclas que durante largos siglos se realizaron entre las poblaciones autóctonas de la Península y los pueblos invasores.

Después de los fenicios, los griegos, los cartagineses y los romanos que dominaron a España y se mezclaron con sus pueblos autóctonos... los árabes se sirvieron de mujeres cristianas para poblar sus haerens y perpetuar su raza. Cuentan los cronistas que en las primeras expediciones, treinta mil mujeres españolas fueron destinadas a aquel servicio y todavía existe hoy, en el Alcázar de Sevilla, un patio llamado de las doncellas, cuyo nombre dimana del tributo anual de un centenar de ellas, que los cristianos se veían obligados a pagar a un soberano árabe.

Si se considera que estos jóvenes eran de origen muy distinto y que corría por sus venas sangre ibera, latina, griega y visigoda, se reconocerá fácilmente que la mezcla de cristianos, berberiscos y árabes, repetida durante siglos debía producir una raza completamente mestiza, en la cual estaban comprometidas todas las clases sociales...

Pero no fueron árabes asiáticos ni berberiscos los que únicamente se mezclaron con la población española. Desde los comienzos de la dominación romana existían en la Península negros africanos en calidad de esclavos confundidos con gentes de

otras razas, caídos en esclavitud como prisioneros de guerra extranjeros vendidos.

Que estos negros se mezclaron inmediatamente con los españoles en la propia Península no puede dudarse, conociendo el poco escrúpulo de los meridionales de Europa para mezclarse con razas antropológicamente distintas... Las negras fueron en España hasta regalo de reyes... (pp. 65-68).

Quando la Inquisición, ejerciendo una influencia poderosa sobre las costumbres del pueblo español, despertó aquella fuerte repulsión religiosa contra los incrédulos, todas las pequeñas sociedades que podían darse leyes particulares, exigieron de aquellos que deseaban entrar en ellas, pruebas más o menos rígorosas de su pureza de raza, y rechazaban todos los pretendientes que no podían suministrarlas. Este fue el origen de los estatutos de limpieza de sangre, que en Venezuela estuvieron tan en boga hasta la víspera de la revolución... Las corporaciones científicas, las órdenes militares, algunas comunidades religiosas, la Iglesia de Toledo y algunas otras a ejemplo suyo; las cofradías, las municipalidades, y una multitud de otras corporaciones, decretaron estatutos semejantes en virtud de los cuales se pronunciaba una exclusión absoluta contra toda persona que tuviera la desgracia de que se le comprobara descender de un judío, de un mahometano, de un hereje, o de un condenado por el Santo Oficio, cualesquiera que fuesen su mérito, su nobleza o la pureza de su fe. No podían las familias ser menos escrupulosas que las corporaciones... los matrimonios no llegaban a efectuarse sino después de las más laboriosas investigaciones, y a la menor duda, a la más ligera sospecha de mezcla con las razas infieles o con los condenados de la Inquisición se renunciaba a los más ventajosos proyectos de matrimonio... (pp. 69-70).

Acá en Venezuela, la gran cantidad de elementos heterogéneos hizo que se fundaran las distinciones sociales en el color de la piel... Colocado el español y su descendiente más o menos puro, el blanco, en

* Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático: estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*, 4ª ed., Caracas, Tipografía Garrido, 1961.

el vértice de la sociedad colonial, gozando de todos los derechos y prerrogativas, era natural el empeño que tenían las otras clases de comprobar la limpieza de sangre para alcanzar los mismos privilegios políticos y sociales que la corona otorgó desde los primeros tiempos a los descendientes de los conquistadores y pobladores, quienes, al organizarse el régimen colonial, quedaron constituyendo la clase elevada, el mantuanismo. Pero estas investigaciones de limpieza de sangre tenían que ser aquí tan arbitrarias como en la misma España; y como fue muy pequeña la cantidad de mujeres que los conquistadores y pobladores trajeron de la Península... era suficiente para declarar de mala raza a los que más se preciaban de pureza. Y sucedía que mientras más antigua fuera la familia más probabilidades había de encontrar entre sus ascendientes algún elemento puro del África. Ya se había visto cómo el color de la piel, los caracteres somáticos, mejor dicho, después de realizada la evolución étnica en el sentido del blanco, no podían constituir una prueba, tanto menos cuanto que cualquier quinterón podía ser del mismo color y aún más blanco que un andaluz recién llegado... (pp. 73-74).

En Venezuela se conservaron con mayor fuerza los prejuicios de raza, precisamente por la gran cantidad de gente de color que resultó de la unión de los españoles con los negros. A fines del siglo XVIII se calculaba en 406.000 el número de esclavos, sobre todo la antigua provincia de Venezuela, era una fuente inagotable de mulatos que alarmaba a los blancos. En 1817, ya en plena evolución igualitaria, el Síndico Procurador General del Ayuntamiento de la ciudad de Coro, don Mariano de Arcaya y Chirinos, manifestaba su alarma por los cuidados y sobresaltos que inquietaban a las familias nobles y blancas de esta ciudad, por la facilidad para celebrar matrimonios entre personas notoriamente desiguales y pensaba que dejaría de cumplir su oficio si no presentaba ese hecho como un mal público que les amenazaba con la confusión de clases, invirtiendo el orden de

las jerarquías civiles... Decía que las familias de notoria nobleza y conocida limpieza de sangre, vivían azoradas aguardando el momento de ver uno de sus individuos imprevisivamente casado con un coyote o con un zambo... y vaticinaba... que al paso que se caminaba en Coro, en breve desaparecerían las casas de antigua nobleza... a pesar de esa calidad que ha costado tanto a sus ascendientes adquirirla a punta de lanza, y a sus descendientes muchas fatigas y trabajos conservarla... (pp. 76-77).

Era precisamente con aquellos cuya semejanza con los blancos gritaba la injusticia de los prejuicios de raza contra quienes se exasperaba más la intransigencia de los mantuanos, porque ya las diferencias de color no era posible alegarlas como fundamento de desigualdades sociales. El proceso de la naturaleza, que venía realizándose fatalmente desde los primeros tiempos de la colonia, abriendo el camino de la ascensión social a los descendientes de africanos que iban mejorando sus caracteres somáticos por los enlaces sucesivos con los blancos hasta confundirse con éstos, tenía que continuar imperturbable a despecho de las trabas sociales. Los que todavía, imbuidos en los viejos prejuicios y poco al tanto de las conclusiones de la ciencia, sientan desagrado al leer estas líneas, deben consolarse por el convencimiento de que nunca, al menos en la época histórica, han existido razas puras en el mundo... Pero en todos los pueblos, aún en aquellos que, como la India, ha sido el país clásico del régimen de las castas, las más fuertes oposiciones ceden a la larga. El amor es más poderoso que todos los prejuicios. En las historias sangrientas, como en las comedias, todo termina en matrimonio.

La preponderancia que en Venezuela tuvo la nobleza criolla, repetimos, se apoya sobre fundamentos más sólidos que su problemática limpieza de sangre. Fundamentos históricos, sociales y sobre todo económicos, que dieron a aquella casta dominante el derecho de sacudir el yugo que la mantenía en un grado humillante de inferioridad política dentro de

su propia patria. He allí el argumento primordial de la independencia o de la emancipación, que es el término más preciso.

Pero basta pensar en todas las circunstancias apuntadas, para comprender las profundas repercusiones que necesariamente debía tener la revolución en aquella sociedad afectada por una anarquía latente y cuya historia íntima en los centros urbanos, no es otra cosa que la lucha constante, el choque diario, la pugna secular de las castas; repulsión por una parte y el odio profundo e implacable por la otra, que estalló con toda su violencia cuando el movimiento revolucionario vino a romper el equilibrio, a destruir el inmovilismo y el misonismo que sustentaban la jerarquización social... Hay que tomar en cuenta, además, que la idea de igualdad teórica ha sido sugerida al hombre por una necesidad prác-

tica. Contrariada por móviles políticos y económicos, retardada por acontecimientos como la guerra, la esclavitud o la usurpación del suelo, la tendencia igualitaria, la democracia, para darle su verdadero nombre, se aprovecha de todo lo que trastorne el orden de una sociedad de castas y de clases. Desde el instante mismo en que un acontecimiento cualquiera viene a quebrantar el equilibrio de un grupo social, a disolverlo en polvo individual, la igualdad se extiende violentamente como se extiende el agua en un depósito de compartimientos cuando éstos se rompen. El carácter feroz que asumió la revolución en Venezuela, así como nuestra rápida evolución igualitaria, hecho de que no hay ejemplo en ninguno de los otros pueblos de Hispanoamérica, se halla explicado en parte, por la heterogeneidad misma de la sociedad colonial... (pp. 77-80).

*La formación del pueblo venezolano: estudios sociológicos**

Carlos Siso

Nació en Caracas el 19 de junio de 1889 y murió también en Caracas el 9 de abril de 1954. Se graduó de bachiller en 1910, en el Colegio Sucre y de doctor en Ciencias Políticas, en 1917, en la Universidad Central de Venezuela. Su quehacer de abogado, como era propio de esa época, estuvo ligado entre 1922 y 1935, al ejercicio de la política. Fue diputado por el estado Aragua, secretario de la Gobernación del Distrito Federal y secretario de la Presidencia de los estados Mérida y Lara. Alternó su actividad profesional con el delicado arte de escribir sobre temas de historia. Describió con matices épicos las célebres batallas de Araure, en Portuguesa, y la de Tierritas Blancas, en los alrededores de Barquisimeto, verdadera hecatombe para el ejército patriota, el cual bajo el mando del Libertador, fue destrozado allí por las fuerzas realistas en noviembre de 1813. Uno de los temas históricos que en particular llamó su atención, y que quedó reseñado en manuscritos inéditos, fue la hegemonía de los andinos en el gobierno. Se pretendió sociólogo por su entusiasta interés en explicar cómo se produjo la formación política y social del país. Su obra más notoria es, precisamente, *La formación del pueblo venezolano*, cuyo propósito además de reconstruir la historia a partir del siglo XVI, es destacar, no sólo el papel de los conquistadores españoles en la construcción de la sociedad colonial, sino también la participación del negro y el indio en la fusión o mestizaje de los caracteres étnicos y raciales que contribuyeron a definir la formación poscolonial de la sociedad venezolana. El papel de la encomienda de indios, el problema sexual de los conquistadores, las uniones por concubinato y los prejuicios son abordados en esta obra para aportar una visión de país que se distingue por sus rasgos específicos de otras naciones hispanoamericanas.

* Carlos Siso, *La formación del pueblo venezolano: estudios sociológicos*, tomos I y II, Madrid, Editorial García Enciso, 1953.

***La formación del pueblo venezolano:
 estudios sociológicos****

En Venezuela la geografía del país, compuesto de valles separados en las montañas y de llanuras inmensas, imponía una vida campesina aislada que hacía imposible la creación de clases superiores homogéneas... sólo en los valles de Caracas, Aragua y Carabobo vivieron juntas, compactas, grandes familias de descendencia española con esclavos y servidumbre, y algunas otras en Carora, Mérida y Cumaná... No obstante el carácter esclavista y servil que tuvo la sociedad colonial, y a pesar de haberse creado en ella una oligarquía constituida por los que poseían la cultura española y la riqueza en Venezuela, la formación social, el choque de los elementos étnicos para fundirse, tuvo un carácter especial que la distingue de las otras naciones surgidas de la comunidad hispanoamericana. La convivencia del amo español con el siervo indio y con el esclavo negro, en la intimidad de los predios agrícolas y pecuarios, trajo relaciones relativamente cordiales, si se atiende a las diferencias profundas que los separaba y a la forma en que eran tratados los esclavos por sus dueños en otras partes de América... (pp. 186-187).

La creación de las encomiendas y la introducción de los esclavos negros para las siembras, especialmente de cacao, al enriquecer a los conquistadores hizo de guerreros sin fortuna, de soldados que venían de las luchas de Flandes o que habían combatido en la reconquista del territorio español y de segundones desheredados, grandes señores, dueños de tierras ricas, de esclavos y de siervos. Su amor a la aventura, su ansia de riqueza y poder, al ser satisfechos en América, les había convertido en verdaderos señores feudales. La condición social y la riqueza adquirida les daban una influencia decisiva ante las autoridades reales y en los cabildos municipales; y

a fin de ennoblecer el linaje, recurrían al rey comprándole títulos nobiliarios... La opinión popular caraqueña... se mostraba sutil para designarlos irónicamente «los grandes cacaos»... (p. 186).

Ahora ¿cuáles fueron las causas que prevalecieron sobre los antagonismos fundamentales que separaban al español de los indios y de los negros, hasta llegar a determinar sentimientos proclives a la solidaridad y a hacer posible que convivieran, durante un largo período de la formación social, llevando relaciones que cubrían las diferencias que los separaban e hicieran posible el cruce de esos tres elementos hasta tomar un carácter particular en la sociedad venezolana? ... En el Perú, Colombia, en el Ecuador y dondequiera que las tribus indias tenían una organización social sólida, el encomendero residía en el pueblo, donde recibía del cacique los tributos que debía pagar la tribu y desde donde le daba las órdenes para los trabajos que debían ejecutar en sus fundos; en Venezuela, la pobreza de las tribus y el hecho de que los indios eran encomendados casi siempre individualmente... obligaba a los encomenderos, para sacar utilidad de su encomienda, a servirse del trabajo de los indios, viviendo en contacto con ellos en sus haciendas o hatos... Para conocer en su origen la organización social venezolana hay que buscar la vida privada de los encomenderos, que fueran los iniciadores de ella y estudiar las relaciones que tuvieron con la mujer india, de donde surgieron las primeras familia venezolanas... terminada la obra de la pacificación y organizadas las encomiendas, se formaron, como era natural, con el trabajo gratis grandes haciendas. Los encomenderos, siendo ya improductivas y perjudiciales las violencias que emplearon los conquistadores para satisfacer sus ambiciones de poder y de riqueza, debieron cambiar su condición de guerreros por la de propietarios, la que les daba interés en conservar la vida de los indios porque eran parte principalísima de su patrimonio y con quienes contaban, hasta la llegada de

* Carlos Siso, *La formación del pueblo venezolano: estudios sociológicos*, tomo I, Madrid, Editorial García Enciso, 1953 (1ª ed.: 1941).

los esclavos negros, para trabajar las tierras. En este sentido la condición mejoró, en principio salvo algunas excepciones... la falta de mujeres de su raza, especialmente cuando estaban recién establecidos en las encomiendas, obligaba a los españoles a llevar relaciones sexuales casuales con las indias que eran las únicas mujeres que tenían a su disposición cuando se hallaban internados en las selvas y llanuras, y en donde sólo muchas veces, sin la compañía de ningún español —hombre o mujer que les sirvieran—, se les hacían indispensables los cuidados femeninos, que no podían obtener sino de las indias que les acompañaban... de los contactos casuales nacían los hijos, único caudal afectivo que tenía el español, desligado como estaba de la familia que dejara en España; y con ellos se creaba un cuadro de vida íntima en el que formaba parte la india madre. En la mayoría de los casos la relación con ella se convertía en unión concubinaria; fuertemente consolidada por el vínculo que liga de los hijos a la de los padres... poco después empezó a participar en la organización social el elemento étnico negro, por lo que la mezcla tuvo en Venezuela un carácter distinto al que tenía en otras partes de América. El negro fue en las encomiendas primero que a ninguna otra parte, como era natural, pues se le traía para trabajar en los predios agrícolas, especialmente en los de cacao y caña. El tráfico de esclavas negras fue tan abundante en el odioso mercado como el de los hombres, pues eran muy útiles para el trabajo; por lo tanto, las importadas o sus descendientes nacidas en América, ya criollas, estaban pronto en contacto con los encomenderos en las mismas condiciones físicas y morales que lo habían estado las indias. Las relaciones sexuales de los encomenderos con las negras fueron mucho más frecuentes que con las indias y había en ellas más caudal de afectividad, porque la negra, más emotiva que la india, zalamera, atraía más al español y, más capaz mentalmente, le cuidaba en sus enfermedades con eficacia, haciéndole soportable la vida que llevaba... la emotividad de la mujer negra fue quizás la causa principal que

zanjara los antagonismos raciales entre los españoles y las razas sometidas a esclavitud y servidumbre o, cuando menos, la que les diera la tolerancia que tienen en Venezuela... el ambiente de la familia, en la medida que relajaba las relaciones de amo a cosa que tenía el español con las indias y con las negras, fortalecía los vínculos afectivos de aquel hacia la madre de sus hijos; y ese sentimiento se hacía más preciso, más intenso, a medida que con el tiempo el español envejeciendo se iba adaptando paulatinamente al medio americano y notaba menos las diferencias de raza... sí se formó en los orígenes de las sociedades americanas, mientras llegaban mujeres españolas, una célula compuesta por los miembros de la familia del encomendero y que podemos llamar sociedad de familia, en el sentido de que tenía cultura española, en cualquier grado que fuera, viviendo en el ambiente indio. Las sociedades de familias, así constituidas vivían en grupos aislados en los valles donde estaban situadas las encomiendas; pero estaban vinculadas entre sí a través de las distancias que las separaban, por el sentimiento religioso y por la lealtad al trono de que dieron prueba inequívoca los conquistadores... los grupos compuestos de sociedades de familias, se multiplicaban rápidamente a medida que los hijos de los encomenderos, ya hombres, repetían el mismo procedimiento de los padres; es decir, formaban familia en unión concubinaria con las indias y con las negras, haciéndolo con más naturalidad porque ya en sus venas la madre había puesto sangre indígena o negra. A medida que el hijo del español, ya criollo, se hacía más americano y que las relaciones con la mujer india o negra, afirmada con los hijos eran más afectivas, su carácter evolucionaba sufriendo transformaciones volitivas, que le hacían descender en rango hasta llegar a olvidarse de las diferencias de raza tan comunes en su época y tan propias de la nación de su padre... el entronque de los españoles con las indias comenzó desde que desembarcaron los conquistadores en tierra firme, y muy pronto empezaron a figurar en la milicia y

en la Iglesia hombres nacidos de esas uniones... (pp. 187-190).

Las relaciones sexuales entre el encomendero, las indias y las negras, consideradas ya éstas como criollas también, prepararon en América cierta comunidad espiritual entre los españoles y las razas indígenas, muy diferentes a las relaciones que han mantenido los ingleses, los franceses y los holandeses con los naturales de sus colonias, donde a través de siglos se han mantenido separados en absoluto de los naturales... especialmente en Venezuela fue más intensa la comunidad espiritual, porque el español vivía en los predios agrícolas y pecuarios en contacto íntimo con las indias y las negras, y porque la emotividad del negro hizo más familiares las relaciones... Los reyes de España no impidieron la mestización que provenía de la unión legal del español con las indias; por el contrario, la favorecieron, pues en instrucciones dadas en marzo de 1503 al gobernador de La Española, le ordenaba el rey «procurar no sólo que los indios se casen con sus mujeres indias y las mujeres cristianas con indios»; y por reales cédulas obligaban a los españoles que habían contraído matrimonios con indias en América «a llevar a sus esposas a España cuando se trasladaban a ella temporal o definitivamente». Pero sí prohibieron las uniones con las negras... la falta de mujeres españolas en las emigraciones que trasladaban de España a América, se hacía sentir en las costumbres. Las mujeres, más rutinarias que el hombre, con sentimientos religiosos firmes y apegadas a sus tradiciones, son elemento conservador por excelencia; ellas fijan y estabilizan con más ahínco donde establecen, las virtudes de la raza trasplantada... la naturaleza de la vida que llevaban los españoles en las selvas y llanuras, relajando sus costumbres, trajo trastornos en la moral... la poligamia fue mucho más intensa entre los españoles cuando empezaron a producir frutos las primeras uniones; pues especialmente las mujeres mulatas, con sus tipos espléndidos de gracia y de dulzura,

los seducían tanto como las mujeres de sus raza... al lado de las familias formadas por la unión concubiniaria, o unión de hecho, justificada por la necesidad sexual y por el género de vida que se llevaba, nacían, en mucha mayor proporción, los mestizos y mulatos, frutos ilegales de las formas poligámicas, con cuyo contingente la población crecía, sobre todo la urbana. El mestizo, hijo de la india, libre por ley y pudiendo elegir su residencia, buscaba el pueblo y el mulato, hábil en artes y oficios, era también más útil en los poblados... (pp. 191-192).

La autoridad absoluta que tenían los «blancos criollos» en los cabildos y sobre la masa india, negra, mulata o mestiza, fue el germen de las influencias políticas que se hicieron sentir cuando vinieron los choques y las transformaciones sociales para crear la nacionalidad venezolana... la encomienda y la introducción de esclavos negros dieron a la sociedad hispano venezolana un carácter esclavista y servil de origen agrícola, que no tuvo más consecuencia que engendrar una nobleza terrateniente... «grandes cacao»; y la oligarquía de los «blancos criollos», a cuyo patriotismo se debe, principalmente, la constitución de la nacionalidad venezolana... En resumen, las encomiendas fueron las primeras células económicas y sociales aisladas en la inmensa extensión del territorio nacional... fueron los gérmenes de la vida económica, agrícola y pecuaria del país, y de ellas salieron las elites campesinas, verdaderas fuerzas creadoras de la nacionalidad venezolana... (pp. 191-195).

El español, al trasladarse al nuevo continente, hizo suyo el medio americano; y le dio su ser, al mezclarse con las razas aborígenes, desde el momento mismo en que se puso en contacto con ellas. El roce constante con la india o con la negra, que le hacían el servicio doméstico, trajo como lógica consecuencia que fueran ellas las hembras llamadas a satisfacer sus necesidades sexuales; y esa diaria relación carnal hecha más frecuente por la lujuria que despertaba

en sus apetitos el calor tropical, producía abundantes cosechas de mestizos y de pardos. La india ofreció infinidad de ocasiones para la procreación... El concubinato de los españoles con las indias, muy dadas a enamorarse de ellos, fue un hecho frecuentísimo... El mestizaje se inició en América desde que el español desembarcó... (pp. 385-386).

Pronto el número de mestizos fue muy considerable. La unión casual y la concubinaria fueron, como era natural en aquel estado de cosas, las que aportaron mayor porcentaje de población mestiza; pero el matrimonio fue también muy común en toda América, como lo comprueban el número considerable de españoles que estaban casados con indias cuando se hizo el repartimiento de la isla La Española... (p. 389).

El mulato. El español también se mezcló con la negra desde que ambos pisaron el suelo americano. El producto de sus uniones fue el mulato, fácil de distinguir del mestizo por sus rasgos físicos y psicológicos. El mulato empezó a formar parte de la composición étnica venezolana mucho después, cuando el mestizaje era muy apreciable. Pero, pronto las relaciones del español con las negras fue más común que con las indias. La negra era más hábil y experta para cuidarle en el desamparo en que vivía, internado en las selvas o en llanuras; más emotiva y solícita en sus intenciones... Las relaciones del español con la negra, impuestas por el desamparo en que vivía, pues su fealdad generalmente la hacía desagradable, se hicieron gratas, placenteras, cuando comenzaron a aparecer los primeros frutos de sus uniones con ella; las lindas mulatas que competían perfectamente en gracia y hermosura con las mujeres de la raza española. Entonces, la mezcla del español con el negro en el suelo americano se generalizó tanto como con el indio... (pp. 391-392).

El zambo. Pero el negro también se mezcló con la india y viceversa. No obstante la vigilancia de las au-

toridades españolas y de los misioneros para mantener a los indios aislados de los esclavos negros que entraban al país con el fin de que éstos no les enseñaran sus vicios, la soledad de las selvas les permitía ponerse en contacto. El producto del negro con el indio se llamó zambo... aceptamos que el zambo sí es superior en constitución física a sus padres, bien sea el negro o el indio; que intelectualmente está al mismo nivel del indio porque las facultades intelectuales de esa raza no habían sido cultivadas, pero afirmamos que el zambo intelectual y moralmente es muy inferior al negro y al mestizo... los negros traídos a América y los indios autóctonos de ella eran elementos étnicos primitivos, que vivían en contacto con la naturaleza; constituían razas no fatigadas por el trabajo intelectual, conservando, por lo tanto, su identidad física sin desgaste, pues la inteligencia que estaba en potencia y sin cultivar no había efectuado ningún trabajo que causara pérdida de energía. Era natural que el zambo, producto de sus entronques, tuviera su fuerza física; pero no tenía, ni lo podía haber heredado, el acervo cultural, el desarrollo intelectual transmisible en la herencia por virtud del cual se fijan en los hijos, no sólo las costumbres y los hábitos sociales de los progenitores, sino también el fácil desarrollo de la inteligencia, pues sus padres no la tenían... ahora bien: aún cuando el elemento negro no tenía una inteligencia cultivada, hay que hacer al respecto, etnológicamente, una salvedad: el negro —proclive a las fantasías de la imaginación— pierde fácilmente la disciplina metódica del razonamiento, aquella que conduce al hombre blanco como llevado de la mano por una vía segura en la búsqueda de la verdad. Da rienda suelta con suma facilidad a sus instintos emotivos e imaginativos; pero, con todo, el negro es capaz y mucho, de equilibrar sus facultades y llegar a ser un magnífico intelectual... (pp. 392-393).

En los rasgos físicos del conjunto de la población se apreciaba también a la simple vista el mestizaje. Era común en familias pertenecientes a los «blan-

cos criollos», salvo excepciones, por supuesto, ver tipos magníficos por su hermosura, con grandes ojos negros brillantes, con la córnea blanca, pelo más o menos encrespado, altas estaturas y color trigüeño que demostraban la herencia negra; y otros por el contrario sin la hermosura de los anteriores, de estatura mediana, ojos pequeños, párpados oblicuos, con la córnea amarillenta y el pelo liso lacio, que indicaban la herencia india. Fue en América tan común la mezcla de las razas, que en las mismas familias de linaje se palpaba. De repente aparecía un vástago con el pelo fuertemente encrespado o de color subido que denotaba la participación que en su sangre tenía la herencia negra; o bien el pelo liso y los ojos oblicuos, que señalaban la sangre india en la formación de su ser físico. La filosofía popular llamaba a esos casos *salto atrás*... (pp. 394-395).

Cada generación aportaba a la vida social en ese proceso de transformación que, al mezclarse, efectuaban los elementos étnicos, un nuevo contingente de *pardos*, los cuales mejoraron su condición social con relación al indio, pues habían hecho progresos, aunque fueran incipientes, en el cultivo de los campos, se expresaban en castellano fácilmente y nacidos bajo la autoridad española, estaban acostumbrados a acatarla y respetarla. En el *pardo*, persistirán las influencias del *medio indio* y del *medio negro*, o sea las manifestaciones colectivas, sus creencias, su aptitud emotiva, su mentalidad mística dominada siempre por la idea acerca del poder de las fuerzas sobrenaturales y se apreciarán también en él los sentimientos del indio y del negro, transmitidos en virtud de las leyes de la herencia, conjuntamente con las ideas y los sentimientos que le ha dado la sangre ibérica que tiene en su ser y que predomina en su conformación espiritual. Los unos y los otros —los sentimientos y las creencias del indio y del negro y la mentalidad y sentimiento del español— se transmitirán fundidos en un todo, de padres a hijos; apreciándose que la influencia de los medios indios y negros se ejerce en forma regresiva,

a medida que la influencia española avanza en forma progresiva hasta quedar fijadas en el individuo, las tendencias de cada uno de los elementos étnicos que lo han producido, predominando completamente el español, y persistiendo en menor grado los otros atavismos etnológicos que sólo la educación puede modificar... (p. 398).

En toda América surgió el pardo, como producto de la mezcla. El conjunto de estados psicológicos y de tendencias afectivas de nuevo tipo, estaba formado con el caudal emocional que le aportara el español y con el que le dieran los negros y las diversas naciones indias de las cuales provenía... (p. 400).

España no pudo fundar en Venezuela una colonia india, con los elementos étnicos que encontró en ella —como hizo en la mayor parte de América— ... porque se lo impidió la heterogeneidad de la población india y el completo estado de disgregación en que se encontraba. España tuvo que crear una población, mezclando su sangre con la del indio desde el mismo día que se inició la conquista, para poder fundar las bases económicas y sociales de una población que hiciera vida social y civil. Y es conveniente sacar de ese hecho, desde ahora, la conclusión que se deriva de él por la importancia excepcional que tiene en nuestro estudio: el indio venezolano, por haberse mezclado con el español y con el negro no se conservó... en su propio territorio insensible o ajeno a la cultura española, como sucedió en el Perú con los *ayllus* y en Méjico, Colombia y el Ecuador con naciones que tenían sobre él la ventaja de una cultura muy superior; pues destruidas las tribus y dispersados sus miembros, el indio transformado en el pardo, se incorporó a la nueva agrupación social... obtuvo el beneficio inapreciable, de un país en formación, de mantener la masa de la población en un ambiente que le facilitó la adquisición de aquella cultura que su estado de preparación le permitía recibir, hasta que la educación la hizo apta para asimilar totalmente progresos definitivos... (pp. 404-405).

En las poblaciones recién fundadas, la influencia española avanzaba en la proporción en que desaparecía el medio indio, es decir, a medida que éstos abandonaban sus costumbres y adquirían las de los españoles; pero, como era lógico, por primitivas que fueran, las poblaciones indias si no oponían resistencia a la civilización española, cuando menos por inercia, se aferraban en mantener sus costumbres en defender sus tradiciones. Esa resistencia estaba en relación directa con la mayor o menor intensidad que tuviera el vínculo social que unía a las poblaciones indias, agrupadas para formar el pueblo... creándose, junto a la tribu india agrupada en pueblo, el vecindario español, cuyo número de personas al principio limitado, iba creciendo con el aumento de la población española y de su descendencia; los blancos criollos, los mestizos y los mulatos; hasta que con el tiempo el grupo español constituía el pueblo, mientras que los indios desaparecían paulatinamente sustituidos por los mestizos... la tribu india... lentamente iba adquiriendo las costumbres españolas a medida que éstas se iban infiltrando en el elemento indio, introducidas por conducto de los mestizos, en los cuales se revelaba una tendencia a destacarse más los sentimientos y las ideas españolas que los rasgos del carácter indígena; ...hasta que lentamente se iba eliminando la tribu, absorbida miembro a miembro por la civilización... (pp. 454-457).

El progreso social... seguía el proceso de desintegración de la tribu india en la proporción que se iniciaba el proceso de integración de la sociedad venezolana, conservándose el instinto gregario, ...el proceso social se realizaba integrando los diferentes indios recogidos, junto con los negros y los españoles, en un todo para formar la sociedad venezolana... (p. 458).

Sintiendo su inferioridad ante la inteligencia de los hombres blancos... sintiendo también la inferioridad de sus fuerzas en comparación con las de sus

dominadores, que se servían de animales de gran poder para vencerles; el indio se sometió a su nueva condición, se habituó a ver en el hombre blanco, no sólo un ser superior a él por su naturaleza, sino un ser dotado de poderes que le hacían invencible; se acostumbró también a sufrir la superioridad del negro, cuya condición de esclavo del blanco él no veía, pero cuya condición de verdugo suyo sí sentía; se connaturalizó con su destino, habituándose a esconder en su corazón, como un asilo sagrado, el odio que sentía por sus opresores, pero manteniendo disfrazados los verdaderos sentimientos que agitaban su ser, con la serenidad de su rostro y con la impasibilidad de su mirada... jamás aparece en sus labios una sonrisa que traduzca una sensación de placer; por el contrario, el aspecto taciturno de su rostro refleja la expresión eterna de un dolor subconsciente transmitido de generación en generación... (p. 505).

El negro, aún cuando era considerado como una bestia, poseía un alma y un temperamento esencialmente emocionales; por lo tanto, al ser puesto en contacto con el blanco en la vida íntima del hogar, donde la negra suplía en casos bastante frecuentes —cuando moría la madre blanca o estaba impedida para hacerlo— las funciones maternas de la lactancia, el trato creó una corriente de sentimientos mutuos, capaz de establecer una situación de hecho, la cual, en muchos casos, vencía el orgullo español y borraba las diferencias de las razas... el blanco no podía tener para la negra que le había amamantado, los mismos sentimientos que para el resto de sus esclavos; y el negro, hijo de aquélla, no podía ser indiferente para el blanco que había alternado con él en el pecho materno, ni recíprocamente, éste para aquél, cuando después, hechos hombres, los intereses establecían entre ellos la relación de esclavos a dueños... (pp. 505-507).

Desde el primer momento el español tuvo relaciones sexuales con la negra. Por la corriente de

sentimientos mutuos que engendraba la relación íntima en que se encontraba el negro con el blanco, al hallarse en su hogar como sirviente, y llenar la negra funciones de madre muchas veces, circunstancias que, creando una comunidad de sentimientos, engendraba una comunidad espiritual, sobre todo en materia religiosa; y especialmente por la manera como se constituyó la sociedad venezolana, agrupando indios de diversas tribus, mezclados con negros y españoles, es decir, partiendo de un fraccionamiento para llegar a la unidad social, re-

presentada por agrupaciones aisladas constituidas por los pueblos... (p. 509).

El espíritu social de la población negra en Barlovento es completamente venezolano; y el negro... tiene noción de su personalidad... es capaz fácilmente de desarrollarse, pues a pesar de su poca cultura, le basta una mediana educación para que resalte su superioridad social e intelectual sobre el negro antillano, el negro norteamericano y aún el negro brasileño... (pp. 509-510).

***La formación del pueblo venezolano:
estudios sociológicos****

(...) Desde que se pusieron en contacto los españoles y los negros con las indias, las relaciones sexuales adquirieron en las poblaciones indígenas un carácter de prostitución que les era desconocido. Siendo los españoles de raza sensual, generalmente militares; viviendo solos, sin el freno moral de la esposa y de los hijos, y encontrando a la mano cuantas mujeres quisieran para satisfacer sus apetitos sexuales, era explicable que se entregaran a la poligamia... el indio mantenía relaciones con todas las mujeres de la tribu porque en su medio social el comercio sexual era libre, el acto carnal para satisfacer sus impulsos orgánicos, lo podía ejecutar con cuantas mujeres quisiera; y las mujeres lo realizaban voluntarias, según la costumbre... por el contrario, cuando el español, obligado por la necesidad sexual o por la lujuria, ejecutaba el acto carnal con la india, ésta se sentía muy satisfecha, pues lo realizaba con hombres extraños, más hermosos y vigorosos que los de su raza. Pero a la india el acto carnal con el negro debía desagradarle, tanto por la condición de éste, generalmente encargado de obligarlas a trabajar, como porque con él no la halagaba la condición y la belleza que las satisfacía con el conquistador. Como consecuencia de esta situación a medida que se formaban las sociedades coloniales hispanoamericanas, las poblaciones indias perdían sus costumbres; sus relaciones sexuales por más bestiales que fueran, al cambiar su carácter adquirían una forma de prostitución. Es pernicioso a la moralidad de los pueblos primitivos el contacto con una cultura superior, pues desconcertados con la desaparición de sus costumbres, las relaciones sexuales tienden a intensificarse exageradamente hasta degenerar en prostitución... (pp. 90-91).

Durante la conquista, y en los primeros años de la colonización, las autoridades civiles españolas y los clérigos se esforzaron en imponer el matrimonio para legalizar las uniones de los españoles con las indias. Con el fin de impedir el relajamiento de las costumbres que se hacía sentir notablemente, apelaron al rey de España, y en la legislación introdujeron sanciones severas para evitar el amancebamiento... el matrimonio como una fórmula, les fue impuesto a los indios y a los negros por las autoridades y clérigos para legalizar sus uniones, cuando se encontraban bajo la acción inmediata de las autoridades civiles o eclesiásticas; pero en esas condiciones, la institución, base de la familia, no tenía el fundamento moral que requiere para llenar sus altas funciones sociales, pues los contrayentes eran incapaces de comprender los grandes deberes morales que aceptaban... no bastaba que la unión del hombre con la mujer, bien se tratara de españoles con indias o negras, o bien de indios y negros con mujeres de su raza, fuera contraída en forma de matrimonio sacramental, sancionado por la Iglesia católica y reglamentado según las leyes de Castilla, para que constituyera la base de la familia, pues el estado moral en que se encontraban esas poblaciones, la desigualdad entre el español, la negra y la india, y la falta de cultura, hacían imposible una unión que engendra deberes y derechos recíprocos; y que requiere, como condición, el aprecio mutuo entre contrayentes... el matrimonio efectuado entre los indios y entre los negros fue, pues, en los primeros tiempos de la colonia, sólo una formalidad, que estaba en desacuerdo con las costumbres de los contrayentes; y que, por consiguiente, no creaba deberes morales, ni elevaba la condición de la mujer india o negra, haciendo nacer en el marido estimación por ella, ni establecía deberes recíprocos entre los cónyuges, y ni siquiera creaba obligaciones morales respecto a los hijos... (pp. 91-92).

* Carlos Siso, *La formación del pueblo venezolano: estudios sociológicos*, tomo II, Madrid, Editorial García Enciso, 1953 (1ª ed.: 1941).

Pero las condiciones en que se realizó la conquista y colonización de Venezuela por las diferencias de

condición social e intelectual entre los españoles y los indios y negros, crearon, al lado de la familia legal —formada según las doctrinas de la Iglesia católica y las leyes de Castilla—, una clase de familias surgidas por las uniones de hecho, que tenían efecto entre el español y la mujer india o negra... cuando los españoles se establecían en las selvas para fundar los cultivos agrícolas, se internaban en las llanuras para fundar hatos de ganado vacuno y caballar; y remontaban las cordilleras buscando climas fríos donde pudieran cultivar el trigo, se veían obligados a tener en el hogar mujeres indias o negras que los cuidaran. En esa vida íntima, acicateados por las necesidades sexuales, terminaban amancebados con ellas. Esas uniones, que en su principio no eran el fruto de ninguna vinculación sentimental, se convertían, con el nacimiento de los hijos o la acción del tiempo, en un verdadero concubinato. El afecto, surgido por una causa o por otra, elevaba la mujer a la condición de concubina, cambiaba su situación; entonces ya no era una cosa, un objeto para satisfacer necesidades sexuales, sino una compañera en la vida del hombre, ennoblecida por su condición de madre y unida al destino del español, aun cuando entre él y ella fueran muy grandes las diferencias raciales y sociales. Esa comunidad de hecho, creada con el fin de llevar vida marital, y a pesar de que la mayoría de las veces por el afecto a los hijos persistía durante la vida del hombre y de la mujer, no engendraba entre ellos derecho alguno, pues ninguno de los dos estaba obligado, con respecto al otro, ni moral ni jurídicamente. La comunidad de hecho podía disolverse cuando quisiera el hombre o la mujer; por lo tanto no podía ser la base de la familia considerándola como una institución social, pues no siendo contraída de acuerdo con la ley, ni sancionada por la Iglesia, fundamento moral de las sociedades hispanoamericanas, no engendraba ningún derecho ni creaba ninguna obligación moral. Además de los hijos provenientes de las uniones concubinarias, frutos de hogares establecidos —aun cuando no estuvieran sancionados por la Iglesia y

por la ley— existían los hijos naturales salidos de las uniones casuales del español, del negro, del mulato y del indio con las mujeres indias, negras o mulatas. La filiación de la población venezolana, cuando la Iglesia católica y las autoridades españolas establecían el matrimonio para redimir la condición de la mujer india y de la negra —tratando de elevarlas moralmente para hacer de ellas el fundamento de la familia como lo era la mujer blanca de origen español— se podía clasificar en dos grandes categorías. Primera. La población proveniente de la familia conyugal, la cual tenía filiación legítima. En esta clase de filiación, la familia está compuesta del padre, de la madre y de los hijos; los hijos tienen derecho a alimentos, llevan el nombre del padre, son llamados a la herencia de sus padres o a la de sus parientes en línea recta hasta el infinito y en línea colateral hasta el cuarto grado de consanguinidad, reciben educación de sus padres y gozan de todo género de consideraciones sociales. Segunda. La filiación ilegítima, la cual está compuesta de la población salida de las uniones concubinarias la componen el hombre, la mujer y los hijos menores. En ella los hijos no tienen derecho a usar el nombre de su padre ni reclamar alimentos; no son llamados a la herencia del padre si no son reconocidos conforme a la ley como hijos naturales; y la población salida de las uniones casuales, del español, del negro y del indio con la mujer india o negra, en la cual el hijo fruto de una unión del momento, sin protección ninguna por parte de su padre, sin saber muchas veces quién lo era y por consiguiente sin poderle reclamar alimentos, ni tener quién lo educara, vivía sólo por el cuidado de la madre... (pp. 93-95).

En la sociedad española, donde prevalecían prejuicios de sangre y de religión, la condición de hijo natural —además de que, desde el punto de vista social, formaba hombres en el desamparo económico y moral— constituía una afrenta, no sólo para el hijo, sino también para la madre que lo había concebido en uniones clandestinas. En las sociedades

coloniales hispanoamericanas, fundadas según los mismos principios morales de la española debido a resabios de las viejas costumbres —aun después de constituidas en estados soberanos— les es permitido a los hombres mantener las concubinas que quieren y, lo que es más grave, tener relaciones sexuales sin estar obligados ni moral ni jurídicamente a reconocer el fruto de esas relaciones; ni sostener a la madre de su hijo ni aun durante el tiempo de la preñez; ni a cuidar de éste de manera que pueda ser un ciudadano útil a la patria... esa enorme producción de población con una filiación ilegítima fue creando en la sociedad colonial, al lado de la sociedad compuesta por los españoles y sus descendientes los blancos criollos, que se unían legalmente en la forma sacramental establecida por la Iglesia y por la ley, otra sociedad compuesta con los elementos nacidos de las uniones concubinarias o casuales de los españoles con mujeres indias, negras o pardas. Las dos sociedades, superpuestas una a otra, eran el producto de las condiciones en que se había realizado la conquista y la colonización de la América española. La una tenía una historia que terminaba cuando se inició el movimiento emancipador de Venezuela, y la otra, una que comenzaba cuando se estableció la igualdad de derechos y de deberes en los venezolanos. El rey de España, en las postrimerías de la vida colonial, trató de unirlos para realizar, con disposiciones de una ley, lo que la evolución social comenzaba a pedir. Por real cédula fechada el 10 de febrero de 1795, el rey dispensó a los pardos y quinterotes de la condición infamante que tenían, con el fin de que pudieran contraer matrimonio con personas blancas y para que pudieran ser admitidos en las sagradas órdenes y tuvieran derecho a desempeñar los destinos públicos. Los intereses creados y los prejuicios sociales se opusieron a que aquella sabia medida fuera el germen de la democracia venezolana e iniciara una evolución social que condujera a una democratización de las costumbres, logrando el cambio de un estado a otro en el ritmo ordenado de la evolución. La disposición real sólo dio lugar

a una disputa con el Ayuntamiento de Caracas; los intereses encontrados de los blancos criollos y de los pardos permanecieron en pugna hasta que, pasando por encima de las trabas ficticias de la ley, llegaron a las vías de hecho en una lucha que culminó en la Guerra a Muerte... (pp. 96-98).

En una sociedad compuesta por elementos étnicos diferentes, la integración se realiza físicamente, cuando a causa de las mezclas los elementos étnicos generadores se han fundido, de manera que no haya individuo en el grupo con más sangre de uno que de otro de los elementos progenitores, entonces se produce un equilibrio, surge una especie de fuerza, se crea un nuevo tipo con un sello particular, con los mismos rasgos físicos y hasta con una mímica propia. Cuando se han fundido los elementos progenitores se produce también moralmente un equilibrio, pues una vez que la colectividad ha logrado la unidad, la sociedad coacciona a los individuos y les impone el carácter nacional, el sello colectivo formado con los sentimientos y las ideas comunes, frutos de instintos étnicos favorecidos o modificados por las condiciones del medio físico, y modelados a través de las leyes misteriosas de la herencia según circunstancias especiales... El pueblo venezolano, en la época en que se realizó la independencia era, como todas las agrupaciones de la América, un organismo social todavía en formación; por consiguiente, no se había acentuado en él definitivamente el carácter nacional, como no está todavía definitivamente formado en ninguna de las repúblicas suramericanas. Sin embargo, como consecuencia de la síntesis que se venía realizando desde que se afianzó la obra de la colonización, ya en las postrimerías de la dominación española comenzaban a revelarse las características de una vida espiritual nueva, propia de la colectividad, y se apreciaban, en la psicología del venezolano que empezaba a destacarse, como en las de las otras agrupaciones hispano-indígenas, rasgos determinantes propios, que las distinguían, tanto de los elementos

étnicos que entraron en su formación, como de los otros pueblos que había formado España en el continente... (pp. 207-209).

Los rasgos principales del carácter español, factor étnico cuya sangre y cuya cultura formaron al pueblo venezolano, fueron, con las modificaciones impuestas por el medio físico, la base fundamental de su personalidad moral e intelectual. El fondo sentimental y romántico del carácter venezolano lo forman la caballerosidad que el castellano le legara... la generosidad hasta la prodigalidad... el orgullo de su propio valer... han dejado su huella en el carácter nacional... la intuición imaginativa, la formación idealista de su temperamento, la tendencia a la vida espiritual y la facultad innovadora, características del pueblo venezolano, tienen quizás su origen en la herencia sentimental y en la influencia que ejerce sobre él la contemplación de un medio físico, de los más armónicos y bellos de la tierra, desbordantes de luz y de colores, exuberante y pródigo en grandeza. Profundamente emotivo, el venezolano se transporta fácilmente; en él el sentimiento priva con frecuencia sobre la razón; debido a esta circunstancia su temperamento es proclive al romanticismo, sensible a la inspiración intuitiva y más inclinado, en la esfera del pensamiento, a las formas de la imaginación que a las disciplinas del razonamiento. A su intuición imaginativa y a su sensibilidad se debe la floración de estimables poetas que han surgido del pueblo, el número de escritores brillantes, plenos de imágenes y la música romántica, de exquisita sensibilidad, con que expresa su emoción... (pp. 209 - 210).

No fue tampoco la herencia del negro la que determinó el papel preponderante que los venezolanos tuvieron como militares en la guerra de emancipación de las repúblicas bolivarianas. Su valor, el admirable espíritu bélico del pueblo, y las condiciones que demostraron los jefes oficiales y soldados, fueron una consecuencia del instinto que heredaron de

los dos factores étnicos que entraron principalmente en la composición de su ser moral: el español y el caribe. La herencia del elemento negro a través de las mezclas, puede haber contribuido a dar al pueblo de Caracas el extraordinario don de propaganda que posee, la facilidad con que asimila las ideas, sean sugeridas por las clases directoras de su medio o sean producto de ideologías extranjeras; pero no fue ella la que dio al venezolano ni la envergadura guerrera que demostró, ni la resistencia física en las campañas, ni el valor extraordinario en el campo de batalla... (p. 212).

Los prejuicios de raza fueron —y no dejan de ser todavía— un problema en la sociedad venezolana... no es, en efecto, la raza sino el origen de la cultura de un pueblo de su formación espiritual de su mentalidad —el idioma, las costumbres, la religión— lo que determina su filiación étnica... el pueblo venezolano fue español durante el régimen colonial; después no. Él adquirió en los campos de batalla luchando por su independencia, su propia personalidad, afirmó sus caracteres étnicos; y hoy se satisface con sus orígenes y se enorgullece de su historia... Los prejuicios de raza los crearon, no sólo la vanidad española atávica en la sociedad colonial venezolana, así como las costumbres y la mentalidad medieval sino también y expresamente las leyes de Indias... el negro era considerado inferior... (pp. 430-431).

Para fines del siglo XVIII, los primitivos elementos étnicos componentes de la sociedad venezolana —los blancos, indios y negros— habían perdido ya, en su mayoría, sus caracteres propios, apareciendo el resultado de las mezclas individualizado en el tipo de los blancos criollos, y en el de los pardos, aportando cada grupo sus tendencias propias y realizando la acción que le estaba asignada en la función social... en el propio cabildo de Caracas, el fiscal implacable para establecer la diferencia entre los blancos y los pardos, lo decía expresamente: «habrán informado

a vuestra majestad que la provincia de Caracas está llena de familias mezcladas; que muchos que son pardos manifiestamente gozan de la posición de blancos; que en ella son innumerables los pleitos por la limpieza de sangre y que en América no conviene favorecer las distinciones de clase... pero esas informaciones son equivocadas, porque si es verdad que hay muchas familias de cuyo origen se duda y

de las que se dice vulgarmente que son mulatas; los repetidos actos posesorios que han ejecutado en el lapso de muchísimos años, gozando de la posición de blancos, han casi borrado de la memoria la oscuridad de su origen. Y el tiempo ha hecho impracticable averiguar si es cierta su condición de mulatos y los hechos en que se funda... (pp. 430-433).

«Negritos y blanquitos»*

Mario Briceño-Iragorry

Fue abogado, escritor, político y diplomático. Nació en Trujillo en 1897. En 1920 se graduó de abogado en la Universidad de Los Andes y de inmediato trabajó en la Dirección de Política Internacional del Ministerio de Relaciones Exteriores, fue secretario de la Cámara de Diputados y cónsul en New Orleans. Muy joven y mientras cursaba estudios en la Academia Militar de Caracas, conoció al general Isaías Medina Angarita quien más adelante, al ejercer la Presidencia de la República (1941-1945), le designó director del Archivo General de la Nación, gobernador del estado Bolívar y presidente del Congreso de la República. Estuvo preso con el derrocamiento del general Medina el 18 de octubre de 1945. Al quedar en libertad, se dedicó al ejercicio de la profesión y a consolidar su obra de escritor. En 1946 recibió el Premio Municipal de Literatura. Fue el cronista de Caracas en 1951, se marchó al exilio después de las elecciones fallidas en 1952 y, años más tarde, en 1957, alcanzada la madurez de su pensamiento literario y convertido en uno de los principales exponentes de la ensayística contemporánea en el país, logró la síntesis de su doctrina en su obra *Por la ciudad hacia el mundo*. En ella aborda la concepción ontológica del nacionalismo como una expresión de la personalidad de los pueblos. Su aproximación al tema del mestizaje es prácticamente ninguno, sin embargo, referirse a las distinciones entre blanquitos y negritos entre los pobladores de Caracas, poco antes de morir, en un lenguaje lleno de gracia, en un artículo de prensa, y en un momento crucial en la historia reciente del país, como lo fue la caída de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, tiene una importancia singular porque expresa profundas diferencias de clase tomando como referencia el color de la piel. Murió en Caracas el 6 de junio de 1958, a los dos meses de su regreso del exilio.

* Mario Briceño-Iragorry, «Negritos y blanquitos», en *La Esfera*, Caracas, 18 de abril de 1958, p. 4. También en *Obras completas*, vol. 19, Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1966.

(...) Los grandes hoteles neoyorquinos han visto el desfile de varios capitostes del régimen pérezjimnista. Con las valijas llenas de papeles fiduciarios y con las chequeras abiertas para girar contra los bancos donde atesoran el precio de los grandes robos al erario, han llegado tranquilos y orondos, como si nada les hubiera ocurrido. Si bien he tenido la oportunidad de estar y de platicar con algunos viejos amigos que sirvieron y tuvieron ligámenes con el gobierno pasado, no he tropezado con ninguno de los despreocupados y altaneros millonarios procedentes de la rapiña y de las comisiones del sistema del «bien nacional». Llenos de confianza en sus pasados éxitos, han llegado, con la pretensión de disimular su condición de prófugos de la justicia. La presencia en los altos mandos los obligó a huir del dedo acusador de la vindicta popular, mientras otros, igualmente enriquecidos y más afortunados, gozan aún de paz y tolerancia en Venezuela.

Alguien escuchó el despreocupado discurso de uno de los más calificados ladrones y cómplices de Pérez Jiménez y de Estrada, cuando decía en rueda de amigos, en el bar de un lujoso hotel: «ahora en Venezuela están alzados los negritos y no puede vivir tranquila la gente de bien». Parece mentira la expresión pero es cierta. Me la comunicó persona fehaciente y, sobre esta realidad directa, la frase comprendía un juicio generalizado entre los sectores de la oligarquía, pese a que ésta tenga hoy visibles exponentes en los altos mandos del gobierno. Los «negritos están alzados» es expresión que no sólo se refiere a la actitud vindicativa que han podido tomar sectores humildes a la hora de la fuga del déspota y su comparsa. Con dicha expresión se alude al fondo mismo del cambio ocurrido en los comandos del estado y a la reaparición de las garantías negada por la dictadura.

Sea así de difícil de desarticular todo el contenido del juicio de los enriquecidos fugitivos, reclama empero, una centrada meditación. Sin que vaya a la apología del mal uso que diversos sectores están haciendo de la nueva libertad, precisa medir el alcance cívico

de la denigrante expresión dirigida contra el pueblo que reconquistó su libertad. Los «negritos alzados» ciertamente destruyeron y saquearon algunas casas de los gobernantes depuestos. Obraron empujados por el odio que en ellos sembró la injusticia antigua y signaron el acto vindicativo con el tono violento que suele acompañar a las revoluciones. Se «alzaron», es cierto, sin elegancia alguna; dieron, en verdad, el desagradable espectáculo de que estuviesen pillando más que sancionando. En cambio, cuando los otros robaban, la sociedad los aplaudió; cuando los otros se alzaron con los votos del pueblo, para dar paso a la dictadura, los honorables representantes del viejo mantuanaje, de las academias de los colegios profesionales fueron a festejar al déspota y sus cómplices. Pero a los «negritos alzados» se les miraba feo por el hecho de apropiarse de la casa desmantelada donde era editado el pasquín de Vallenilla Lanz.

Más responsables que los «negritos alzados» con sillas y espejos de una u otra casa saqueada son, en último análisis, los distinguidos, honorables, puntillosos señores del ilustre blanqueamiento, a quienes tomándose para sí los dineros del pueblo, pareció correcto convertirse en millonarios.

Cuando el pobre se echa unos tragos, es motejado de borracho; cuando el rico se embriaga sus amigos dicen que está alegre. Al «negrito alzado» no se le busca modo de explicar el hecho de que se tome un muelle o un adorno de la casa de uno de los verdugos del pueblo. El «negrito» es bruto, salvaje, criminal. En cambio el estrado señor de que se dice titulado para dirigir la moral sucia no se desdeña de sentar a su mesa al ladrón de ribetes, ni menos de asistir a la fiesta que éste ofrece cuando inaugura el palacete construido con los dineros del pueblo.

Pongamos las cosas en su sitio... no es tolerable hablar de «negritos alzados» cuando ayer se pactó con los «blanquitos» convertidos en gánsters discretos. Menos es aceptable que presuntuosos practicantes del vandalismo y de la corrupción se exculpen hoy acumulado denuestos sobre el pueblo ayer sacrificado a su ambición (pp. 555-557).

Ensayos seleccionados

Sumario

- «El mestizaje y el nuevo mundo» p. 171
«Somos hispanoamericanos» p. 173
«¿Existe América Latina?» p. 175
«El mestizaje cultural» p. 178

Arturo Úslar Pietri

El escritor Miguel Otero Silva en los años sesenta dijo que Arturo Úslar Pietri era la inteligencia mejor organizada de su generación. Años más tarde repitió: «Úslar Pietri es la inteligencia mejor organizada y mejor amueblada de todo el siglo xx venezolano». Esta frase la escribió en una semblanza para el libro de entrevistas que en honor a Úslar hizo Margarita Eskenazi (*Úslar Pietri: muchos hombres en un solo nombre*, Caracas, Editorial Caralex, 1988, pp. 13-14). Nacido el 16 de mayo de 1906, tuvo una vida rica, polifacética que deja una obra compacta sobre la realidad del país y del mundo contemporáneo. Novelista, ensayista, dramaturgo, poeta, estadista, político, pedagogo, comunicador social, periodista, su figura intelectual y humanista tiene un carácter excepcional. La reforma del Estado, el diferendo con Colombia, los conflictos universitarios, la guerra, el poder, el fanatismo, la xenofobia, el matrimonio, la soledad, el amor, la vida social, el erotismo, el ocio, la envidia, la ambición, la vejez, la muerte, el hombre contemporáneo, la libertad, la autocracia, las siembras de granos, la identidad, la gastronomía, Hispanoamérica, ¿cuál sería el tema que dejó de abordar? ¿Cuántas respuestas afloraron de sus labios o de su pluma a lo largo de su vida? Difícil tarea para la colección de biógrafos que ha seguido sus huellas. Se enfrentó sin rodeos con el tema del mestizaje, investigó y recuperó nuestros orígenes, trató de comprender nuestra esencia de mestizos y trazó el rumbo cultural en una historia de encuentros. «El mestizaje y el nuevo mundo», «El mestizaje cultural», «Somos hispanoamericanos» y «¿Existe América Latina?» son exploraciones sobre la conciencia del ser venezolano, buscan las claves que distinguen al hispanoamericano y exaltan la vocación mestiza del país en el mundo de hoy. Murió el 26 de febrero de 2001, tenía 94 años. Milagros Socorro dijo que esa muerte era la cancelación de un siglo que fue enterrado con él.

EL MESTIZAJE Y EL NUEVO MUNDO*

(...)

Desde el siglo XVIII, por lo menos, la preocupación dominante en la mente de los hispanoamericanos ha sido la de la propia identidad... Se ha llegado a hablar de una angustia ontológica del criollo, buscándose a sí mismo sin tregua, entre contradictorias herencias y disímiles parentescos, a ratos sintiéndose desterrado en su propia tierra, a ratos actuando como conquistador de ella, con una fluida noción de que todo es posible y nada está dado de manera definitiva y probada... simultáneamente muchos hombres representativos de la América de lengua castellana y portuguesa creyeron ingenuamente o pretendieron, ser lo que obviamente no eran ni podían ser. Hubo la hora de creerse hidalgos de Castilla como hubo más tarde de imaginarse europeos en el exilio en lucha desigual contra la barbarie nativa. Hubo quienes trataron con todas las fuerzas de su alma de parecer franceses, ingleses, alemanes y americanos del norte. Hubo más tarde quienes se creyeron indígenas y se dieron a reivindicar la plenitud de una civilización aborígen irrevocable interrumpida por la conquista, y no faltaron tampoco, en ciertas regiones, quienes se sintieron posesos de un alma negra y trataron de resucitar un pasado africano. Culturalmente no eran europeos, ni mucho menos podían ser indios o africanos. América fue un hecho de extraordinaria novedad... En cierto modo, la historia de las civilizaciones es la historia de los encuentros. Si algún pueblo hubiera podido permanecer indefinidamente aislado y encerrado en su tierra original, hubiera quedado en una suerte de prehistoria congelada. Fueron los grandes encuentros de pueblos diferentes por más variados motivos los que han ocasionado los cambios, los avances creadores, los difíciles acomoda-

mientos, las nuevas combinaciones, de los cuales ha surgido el proceso histórico de todas las civilizaciones... (pp. 345-346).

Por un absurdo y antihistórico concepto de pureza, los hispanoamericanos han tendido a mirar como una marca de inferioridad la condición de su mestizaje. Han llegado a creer que no hay otro mestizaje que el de la sangre y se han inhibido en buena parte para mirar y comprender lo más valioso y original de su propia condición. Se miró el mestizaje como un indeseable rasgo de inferioridad. Se estaba bajo la influencia de las ideas de superioridad racial que empezaron a aparecer en Europa desde el siglo XVIII y se afirmaron en el siglo XIX con Gobineau, que dieron nacimiento a toda aquella banal literatura sobre la supremacía de los anglosajones y sobre la misión providencial y el fardo histórico del hombre blanco encargado de civilizar, dirigir y encaminar a sus inferiores hermanos de color. Se creó una especie de complejo de inferioridad y de pudor biológico ante el hecho del mestizaje sanguíneo. Se quería ocultar la huella de la sangre mezclada o hacerla olvidar entre los europeos, olvidándonos de que en Europa era el fruto de las más increíbles mezcolanzas y de que el mestizaje de sangre podía ser un efecto, pero estaba lejos de ser la única causa ni la única forma del mestizaje cultural. Lo verdaderamente importante y significativo fue el encuentro de hombres de distintas culturas en el sorprendente escenario de la América. Ese y no otro es el hecho definidor del nuevo mundo. Es claro que en el hacer de América hubo mestizaje sanguíneo, amplio y continuo... En el encuentro de españoles e indígenas hubo propósitos manifiestos que quedaron frustrados o adulterados por la historia. Los indígenas, en particular los de más alto grado de civilización, trataron de preservar y defender su existencia y su mundo. Su propósito obvio no era otro que expeler al invasor y mantener inalterado el sistema social y la cultura que les eran propios, y levantar alto y aislante.

* Arturo Úslar Pietri, «El mestizaje y el nuevo mundo», en *Cuarenta ensayos*, Compilación y prólogo de Efraín Subero, Caracas, Monte Ávila Editores, Editorial Torino, 1990. Traducido al inglés con el título «The mestization and the New World», en *Half a Millenium of Venezuela*, Caracas, Lagoven Booklets, 1992.

Por otra parte, los españoles traían la decisión de convertir al indio en un cristiano de Castilla, en un labrador del viejo mundo, absorbido e incorporado totalmente en lengua, creencia, costumbres y mentalidad, para convertir a América en una descomunal Nueva España. Tampoco lo lograron. La crónica de la población recoge los fallidos esfuerzos, los desesperanzados fracasos de esa tentativa imposible... Lo que vino después a realizarse en América no fue ni la permanencia del mundo indígena, ni la prolongación de Europa. Lo que ocurrió fue otra cosa y por eso fue nuevo mundo desde el comienzo. El mestizaje comenzó de inmediato por la lengua, por la cocina, por las costumbres. Entraron las nuevas palabras, los nuevos alimentos, los nuevos usos... (pp. 348-350).

La gran época creadora del mestizaje en Europa ha terminado desde hace mucho tiempo... En cambio, la América hispana es tal vez la única gran zona abierta en el mundo actual al proceso del mestizaje cultural creador. En lugar de mirar esa característica extraordinaria como una marca de atraso o de

inferioridad, hay que considerarla como la más afortunada y favorable circunstancia para que se afirme y extienda la vocación de nuevo mundo que ha estado asociada desde el inicio al destino americano. Es sobre la base de ese mestizaje fecundo y poderoso donde puede afirmarse la personalidad de la América hispana, su originalidad y su tarea creadora. Con todo lo que llega del pasado y del presente, puede la América hispana definir un nuevo tiempo, un nuevo rumbo y un nuevo lenguaje para la expresión del hombre, sin forzar ni adulterar lo más constante y valioso de su ser colectivo, que es su aptitud para el mestizaje viviente y creador. Está ella ahora abierta y lista para recibir y transformar en una gran tentativa de unidad y síntesis el presente vivo de sus múltiples herencias y para realizar, en la víspera del siglo XXI, una hazaña de renovación y renacimiento cultural similar al que en su tiempo hizo Roma o hizo Occidente. Su vocación y su oportunidad es la de realizar la nueva etapa de mestizaje cultural que va a ser la de su hora en la historia de la cultura... (pp. 356-357).

SOMOS HISPANOAMERICANOS*

(...)

La peculiaridad española dentro de Occidente se mantiene y complica en la América Latina por otro y poderoso ingrediente histórico y geográfico. Estamos más lejos, habitamos otro espacio y muy posiblemente otro tiempo histórico y somos y lo hemos sido por mucho tiempo, uno de los escenarios más atractivos en el planeta del encuentro de culturas y de mestizaje cultural. En este sentido podemos ostentar una marcada peculiaridad con respecto al Occidente europeo. Para encontrar el equivalente de un hombre como el Inca Garcilaso o como Rubén Darío, grandes mestizos culturales, tendríamos que remontarnos en Europa a los comienzos de la edad media... somos una zona de encuentro de culturas y de tiempos históricos. La tan caracterizada y peculiar manera de la cultura occidental que se desarrolló en España durante la edad media fue la que llegó al nuevo continente para entrar en el estrecho, nuevo y poderoso contacto con las civilizaciones indígenas, con el testimonio viviente de las culturas negras llevadas por los esclavos africanos y para crear un hecho cultural y social nuevo dentro de aquella extremidad de Occidente. Esa originalidad de situación es la que se ha revelado, igualmente en la presencia de la literatura hispanoamericana, como un fenómeno nuevo y diferente en el ámbito de las grandes lenguas occidentales... (pp. 365-366).

El poderoso fenómeno del mestizaje influye. El racionalismo que penetra en la América Latina no es el mismo que se propaga en Francia e Inglaterra en el siglo XVIII. Cambia de tono, significación y hasta de contenido. Habría que estudiar más a fondo este significativo hecho de la modificación del pensamiento al cambiar el medio cultural. El racionalismo que toman los hispanoamericanos se

mezcla y se tiñe con los rezagos de la escolástica que ha quedado de una tradición de tres siglos, y se mezcla con el sentimiento romántico, que llega casi junto con él... Ese racionalismo a la hispanoamericana se convierte en una actitud crítica y agresiva contra el viejo orden. Va a constituir el fermento de donde brotarán las ideas de la época de la independencia... el caso no fue diferente, con la llegada del positivismo. El positivismo a la hispanoamericana, que tanta influencia iba a tener en la segunda mitad del siglo XIX en todo el continente, tiene poco que ver con la concepción de Comte, de Taine o de Spencer. En Hispanoamérica se convierte en un arma de lucha contra los liberales... el caso posterior del marxismo es parecido. El marxismo, con su inherente necesidad de convertirse en política activa, se mestiza, se hace religioso y llega a adquirir formas irreconocibles. El edificio que levantó Marx en la Europa pronto industrial del siglo XIX, que Lenin y Stalin rusificaron, sufre alteraciones, añadidos y adaptaciones tan grandes como las que la arquitectura europea experimentó al trasladarse a las altas mesetas y a las muchedumbres mestizas de los Andes y de México. Si no ha habido la creación en escala universal de una corriente original de pensamiento que no hubiera podido ocurrir sino de un modo antihistórico y casi milagroso, ha existido, en cambio, la continua y activa presencia de una mentalidad crítica y reformista. La rebelión y el rechazo son actitudes constantes hispanoamericanas... En una continua y generalizada actitud de insurgencia. Se quiere, en alguna forma efectiva e inmediata, cambiar o reformar el presente...

Hay también un mestizaje de la ideología, que no se diferencia del que se manifestó coetáneamente en la literatura... La distinción entre el hombre de acción y el hombre de pensamiento se hizo tenue. La mayor parte de los pensadores de la América Latina fueron de una u otra forma, insurgentes. Más que en el libro su prédica se hizo en el periódico y en el panfleto, como guías o como sostenedores de la insurrección y el cambio contra el orden establecido. La dualidad

* Arturo Úslar Pietri, «Somos hispanoamericanos», en *Cuarenta ensayos*, Compilación y prólogo de Efraín Subero, Caracas, Monte Ávila Editores, Editorial Torino, 1990.

es visible en los casos más insignes. En Bolívar es indistinguible el pensamiento de la acción... Así, el mensaje de Angostura es un programa de la lucha militar y política... No se creó una ideología nueva o una escuela de pensamiento en la América Latina, pero ha habido una calidad, un matiz y una manera hispanoamericana de tomar y adaptar las grandes corrientes del pensamiento de Occidente, no como cosa extraña y hasta exótica, sino como parte de la herencia histórica y para incorporarla dándole un color y hasta un contenido criollo.

No podríamos tener, y sería totalmente antihistórico que la esperáramos, la posibilidad de una creación kantiana, hegeliana o marxista entre nosotros, pero en cambio ha habido y merece ser mejor conocida y comprendida la peculiaridad latinoamericana del pensamiento de Occidente que se ha manifestado como lo hizo entre los rusos, más original y poderosamente en la literatura de creación, en la novela o en la poesía, que en la elucubración filosófica o crítica. Es en este sentido revelador el estudio del movimiento modernista que agita y transforma las letras en América Latina entre 1880 y 1914. Hasta dónde en la poesía de Rubén Darío hay presencia y mezcla de elementos del simbolismo francés, del romanticismo español, de la poesía popular tradicional de Nicaragua, de ecos rítmicos de Edgar Poe y del romancero español. Sería un verdadero rom-

pecabezas para un profesor de literatura europeo colocar dentro de sus clasificaciones usuales a ese extraño pájaro tropical que es Darío.

No puede entenderse y no tiene otra significación más verdadera la literatura hispanoamericana que la de ser la más valdeada y profunda manifestación de la crisis de conciencia que caracteriza al hispanoamericano. Situado en una de las fronteras espirituales, culturales y geográficas de Occidente, en presencia de un nuevo escenario, de una nueva relación del hombre con el espacio y casi con el tiempo, distintas de las que la literatura y el pensamiento europeos han expresado a lo largo de los siglos, en la confluencia pugnaz y creadora de tres culturas y de varios tiempos históricos, el hispanoamericano, en grado variable y con matices que distinguen al hombre de las mesetas altas del de las Antillas o del estuario del Plata, al heredero de la colonización española, al de la portuguesa, ha sido y es, básicamente, un hombre en no resuelta crisis de identidad... La historia del pensamiento hispanoamericano es la historia de esa búsqueda... Somos y no podemos ser otra cosa que hispanoamericanos. Aun en los momentos en que nuestros grandes artistas han pretendido o creído ser otra cosa... Somos hispanoamericanos y es esto y no otra cosa lo que nos da dignidad, valor y presencia ante el mundo... (pp. 367-371).

¿EXISTE AMÉRICA LATINA?*

(...)

Bolívar se daba cuenta de la originalidad de nuestra situación, de que no éramos unos europeos como los europeos y que tampoco éramos unos indígenas americanos como los indígenas americanos verdaderos. De modo que ya desde el comienzo había ese hecho que no sabíamos muy claramente en qué consistía. La primera cosa que habría que ver en esta revista de hechos obvios, y les pido a ustedes perdón porque voy a insistir en hechos obvios, porque creo que son los importantes, es que el mundo americano, particularmente lo que llamamos América Latina fue el escenario de un inmenso encuentro de culturas, como no se ha dado en la historia universal desde la creación de Occidente. Ese es un punto que no hay que olvidar. Semejante proceso de encuentro, de acomodamiento, de pugna, de desnaturalización, de recreación de corrientes culturales, no se dio en la escala en que se dio en América Latina, sino en la formación de Occidente, es decir en la alta edad media, a raíz de la disolución del Imperio Romano. En esa dimensión no se ha dado en ninguna otra parte. Ese encuentro consiste primordialmente, en la confluencia en América, de un modo accidental, de tres culturas fundamentales. La primera es la que representaba el español del siglo XVI, el castellano que vino a América. Un hombre muy tipificado, que representaba un matiz muy definido de la cultura occidental y ese matiz se reflejaba y se traducía en una actitud ante la vida, en una concepción del mundo, en una actitud para entender su misión, en una concepción social, guerrera, militante, señorial, en una concepción religiosa y en una visión de una estructura y de un porvenir... que pertenecía en gran escala a la cultura occidental... y ese hombre que llegó a América se va a encontrar allí con unas razas y unas culturas con las cuales él no había tenido ningún contacto. El español que

llega a América viene con una visión de que simplemente ha encontrado un espacio que llenar y en el que va a reproducir lo que dejó. Va a crear una nueva España, va a crear una nueva Castilla, una nueva Andalucía. Ahí están los nombres, las toponimias que nos lo revelan, sin embargo, lo que les salió fue otra cosa... lo que salió fue el hecho americano que era un hecho profundamente distinto. Este mismo hombre, ese español que salió de España y vino a América, no vino de una manera similar a como fue el hombre a la luna, metido en una cápsula preservativa de contaminación que le conservaba la atmósfera propia. Ese hombre vino a sumergirse en un caldo de encuentros, de influencias y de comercio en el sentido latino de la palabra, que tuvo que afectarlo profundamente. Ese hombre sufrió, en primer término, un extrañamiento, un extrañamiento que no ha sido bien estudiado. Cuando uno lee a los viejos cronistas... lo que encuentra es la sensación de extrañamiento, de la gente que había sido sacada de su medio tradicional y proyectada dramáticamente en un medio para el cual no estaba preparada y que no podía entender. Eso trajo desajustes... consecuencias y trajo una sensación muy peculiar de la condición vital de ese hombre que había llegado. Ese hombre cambió de inmediato y tan cambió que comenzó por no ser semejante a los españoles que habían quedado en España. Allí mismo surgió el nombre de *indiano*... ya no era el mismo español... tampoco era igual al español recién llegado o al que había nacido en América... de allí ese nombre para señalar la diferencia, la distinción. Ese español que llega no cae en el vacío; se encuentra con los indígenas, con toda una escala de civilizaciones indígenas. No había una lengua en la cual entenderse... no había traducción posible. Eran representantes de dos mundos diferentes... El español tuvo que cambiar todo... desde la vivienda hasta el traje, desde la alimentación hasta los usos y costumbres de la vida, la estructura de la casa, la formación de la familia... tuvo que nombrar a frutas que desconocía, plantas que nunca había visto,

* Arturo Úslar Pietri, «¿Existe América Latina?», en *Cuarenta ensayos*, Compilación y prólogo de Efraín Subero, Caracas, Monte Ávila Editores, Editorial Torino, 1990.

tuvo relaciones sociales que para él eran nuevas. Y el indígena, a su vez, entró de pronto a recibir el impacto de un volumen, de un conjunto de usos y costumbres, de ideas y valores, que le eran totalmente extraños y le afectaron profundamente. Al día siguiente del descubrimiento de América, irremediablemente el español no pudo seguir siendo el mismo que era, pero el indio americano tampoco. No hubo regreso para ninguno de los dos. Se marcaron, se influyeron, se desnaturalizaron, se modificaron mutuamente de un modo profundo... Muy pronto aparece un tercer personaje que es el negro... traído por el español... y lo puso a trabajar como esclavo para aliviarse... estos seres actuaban dramáticamente los unos en los otros, y se modificaban tratando: no hay modo de estar en presencia de otro ser humano sin que este ser humano nos modifique y nosotros a él... Hay un elemento... que yo llamaría la pedagogía mágica que el hispanoamericano recibió durante más de tres siglos. En toda Hispanoamérica... en una edad que es la más importante para el hombre, la que va de cero a cinco años, los hispanoamericanos, particularmente los de clase alta, tuvieron por ayas esclavas negras. ¿Qué le transmitió esa esclava negra a ese niño de cinco años? No le transmitió solamente cantares y ritmos... le transmitió una visión mágica del mundo, que no tenía el español y que sí tenía el indio... Esa pedagogía mágica que estuvo en el fondo del alma americana... es un aporte negro... Simón Bolívar tuvo una pedagogía negra importantísima en su vida. La madre, en el sentido del contacto, de la alimentación espiritual... fue una esclava negra, la negra Hipólita, y Bolívar lo reconocía... Hay además otro aspecto muy importante y es el elemento espacial. El primer cambio fue la dimensión... las llanuras, las selvas inmensas, el espacio geográfico, la presencia de una naturaleza agresiva todo eso desconocido para ellos... Hay otro aspecto que es el tiempo... hay un tiempo americano... El descubrimiento produce en la cultura occidental un reza- go, un retraso, una vuelta al pasado... a formas ol-

vidadas... anacrónicas... Además salen los caudillos... hombres representativos de un medio... profundamente anclados en una tradición mágica... revelación del ser hispanoamericano... Todo esto configura un tiempo hispanoamericano. Hay un espacio, un tiempo y un escenario humano distintos. Si todo esto no significa diferencia yo no sé qué significa... Todo esto determina... el rasgo esencial que yo me permito llamar con una palabra desacreditada, poco grata, sobre la cual han caído prejuicios de toda índole, que es la palabra mestizaje. No me refero al mestizaje sanguíneo o biológico, desde luego lo hubo, y lo hubo en gran escala con resultados dignos de tomar en consideración y que han tenido una gran influencia en el mundo hispanoamericano. Pero el mestizaje más poderoso no es solamente el de la sangre, el principal mestizaje es el cultural, el que determinó todo ese extrañamiento del europeo en América, el que determinó el diálogo entre las tres razas y el que determinó esa situación peculiar en la que se mezclaron cosas de uno y de otro... es bueno pensar que aun los que tengan la piel más blanca si son hispanoamericanos, son culturalmente tan mestizos como el Inca Garcilaso... ¿Dónde está el Inca Garcilaso de la América del Norte, de África, de la colonización asiática? No existe, porque no hubo ese encuentro profundo, porque no hubo esa nueva creación de una situación cultural como fue el caso de América Latina... En los otros continentes el conquistador se superpuso y no penetró... en el continente latinoamericano hubo la creación de un hecho cultural nuevo... ¿Qué es Rubén Darío?... Es uno de los casos más extraordinarios de mestizaje cultural que el mundo entero haya conocido. En Rubén Darío se mezcla todo: lo más viejo de España, la tradición indígena, los ecos del negro, la situación del hombre en América Central... él es la expresión genial de un hombre que estaba en una situación latinoamericana profunda... El descubrimiento... la presencia americana cambió el panorama del hombre en Occidente... lo alteró de raíz y podríamos decir

sin ninguna exageración que cambió la historia del mundo... Todo esto configura para la América Latina una situación única en el mundo actual. Nosotros pertenecemos a la civilización occidental, nadie lo duda, pero pertenecemos de una manera muy peculiar... para los demás la civilización occidental es un instrumento, como algo que añadir... para nosotros es nuestro lecho, es nuestro hecho, la civilización occidental es nuestro ser... nosotros somos un grupo distinto pero que pertenece a la civilización occidental... y esa pertenencia nos da una ventaja gigantesca: somos la única gente de la civiliza-

ción occidental que está en el tercer mundo, somos por lo tanto muy posiblemente, el único puente válido que hay entre el mundo occidental y el tercer mundo, porque somos gente de la civilización occidental, pertenecemos a ella raigalmente, pero somos del tercer mundo... y estamos vinculados a Asia y África... mucho más que ninguna otra porción del mundo occidental... Eso determina para nosotros una situación privilegiada... consecuencia fecunda y segura de ese rasgo fundamental de nuestro carácter que es la vocación de mestizaje... (pp. 386-400).

EL MESTIZAJE CULTURAL*

(...) Las cuatro fuentes culturales que han hecho el mundo americano nunca han llegado a fundirse en unidad completa y estable. Están presentes y se han mezclado en todas las formas imaginables, en grado y forma variable según el tiempo y la situación. No es difícil detectar en los sucesos y en el pensamiento su poder de deformación, creación y conflicto... Lo más activo de esas fuentes, históricamente, lo representan los españoles que llegan. El medio geográfico y humano y el contacto con las otras culturas les modifican notablemente el vocabulario, usos, alimentación, entorno social, relación con el espacio, vivienda y familia. Cuando alguno regresa a la España de los Austria es el *indiano*, aquel personaje extraño que aparece en las comedias. Habría que estudiar todo lo que comprende y traduce esa noción semántica. Era una forma de reconocimiento de las diferencias insalvables que se habían producido entre los peninsulares y los que estaban establecidos en América, españoles o criollos... Siempre era o se le suponía rico, y como su liberalidad nunca podía ir de par con su fama de riqueza terminaba por resultar tacaño. El lenguaje que usaba detonaba por su abundancia y novedad de vocablos claros y giros inusitados... La casa del indiano, sus lujos, sus hábitos, eran motivo de mofa... era reconocible por los negros de servicio, los loros en las perchas y el son de las canciones que cantaban los criados... Otra visión es la que tenían los indígenas... Su aporte es fundamental y en todas las manifestaciones culturales aparece, más o menos visible, su huella. Conviven estrechamente con el español y se establece entre ellos un continuo e inconsciente intercambio de nociones y valores. A su vez se modifican porque ya no podrán ser los mismos que fueron antes del hecho colonial. No se puede desdeñar el aporte africano. A lo largo del régimen español llegaron millones de esclavos de la costa occidental de África. Traían

culturas propias, lenguas, religiones y características peculiares de todo género. Convivieron con españoles e indios y se extendió el intercambio a tres actores... No menos conflictivas fueron las nociones del tiempo. Los colonizadores eran hombres del renacimiento, con una visión lineal de la historia y del tiempo; contaban por horas, por semanas, por años y se mezclaron con hombres de culturas que tenían una noción enteramente diferente del transcurso y la significación del tiempo. Los indígenas tenían otro tiempo y una visión cíclica y repetitiva de las edades y los acontecimientos... Fue difícil, y a veces imposible, someterlos a un ritmo de orden cronológico que era ajeno a sus mentalidades. No sólo fue difícil, sino que esas nociones diferentes, con todas sus consecuencias, subsistieron y marcaron su presencia en el proceso del mestizaje cultural... La forma más importante de ese proceso cultural, fluido y nunca cerrado, está en la continua y variada mezcla cultural que ocurre en todos los niveles y formas entre aquellas tres culturas protagónicas. De allí nace el principal rasgo de la vida americana, su mestizaje cultural. Las tres culturas fundadoras se han mezclado y se mezclan en todas las formas imaginables, desde el lenguaje y la alimentación, hasta el folklore y la creación artística. No escapa ni siquiera la religión; el catolicismo de las Indias nunca fue un mero trasplante del español; en ceremonias, invocaciones y en la superstición popular se tiñó de la herencia de las otras dos culturas. El español nunca se llegó a sentir americano, demasiadas ligaduras lo ataban a la patria original. En sus hijos no se borró esta herencia. El indio y el negro tampoco llegaron nunca a ser totalmente asimilados. El resentimiento contra el dominador, las insalvables diferencias físicas y culturales y la memoria mítica de un pasado perdido en el que habían sido libres y señores, los mantenía en una actitud abierta o solapada de resistencia... Así se planteó, para no ser resuelto nunca de manera satisfactoria, el problema fundamental de la identidad que ha atormentado por siglos el alma criolla... (pp. 111-113).

* Arturo Úslar Pietri, «El mestizaje cultural», en *La invención de América mestiza*, Compilación de Gustavo Luis Carrera, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, 1966.

Podría casi hablarse de un estado de guerra civil latente durante el período colonial, que pasa por sucesivas alternativas de mayor o menor violencia... Las lealtades culturales no homogeneizadas hacían que el criollo no se sintiera dentro de un modelo

estable y aceptado, sino dentro del choque de mundos diferentes que lo mantenían en un desajuste constante. Era el efecto de las distintas concepciones, de las diferentes condiciones mentales, de las opuestas e irreconciliables visiones... (p. 114).

«Discurso y racismo en Venezuela: un país “café con leche”»*

Adriana Bolívar

(coautora y coordinadora)

Miguel Bolívar Chollett

Luisana Bisbe

Roberto Briceño-León

Jun Ishibashi

Nora Kaplan

Esteban Emilio Mosonyi

Ronny Velásquez

Adriana Bolívar es Profesora Titular en Lingüística y Análisis del Discurso en la Universidad Central de Venezuela. Tiene una maestría en Educación (M. Phil.) de la Universidad de Londres y un doctorado en Inglés (PH.D.) con especialidad en Análisis del Discurso por la Universidad de Birmingham, Inglaterra. Es Investigadora nivel IV del Programa de Promoción del Investigador (PPI-Fonacit). Tiene una extensa obra publicada en libros, capítulos de libros y artículos en revistas internacionales y nacionales distribuidos por editoriales reconocidas mundialmente (Gedisa, John Benjamins, Routledge, Cambridge University Press, Sage, Lincom Europa, Lexington Books y otros). Ha dictado cursos y conferencias en universidades de América Latina, Estados Unidos y Europa. Fue directora de la Escuela de Idiomas Modernos. Coordina el doctorado en Estudios del Discurso y la Cátedra Unesco de Lectura y escritura, sub-sede UCV.

* Adriana Bolívar (coautora y coordinadora), Miguel Bolívar Chollett, Luisana Bisbe, Roberto Briceño-León, Jun Ishibashi, Nora Kaplan, Esteban Emilio Mosonyi, Ronny Velásquez, «Discurso y racismo en Venezuela: un país “café con leche”», en Teun A. Van Dijk (comp.), *Racismo y discurso en América Latina*, Barcelona, Gedisa Editorial, 2007, pp. 371-423. Este ensayo se incluye por decisión de los editores.

Introducción

Venezuela es a menudo descrito como un país «café con leche» porque su gente se enorgullece de ser «mestiza». Estas expresiones encierran un proceso complejo que debe estudiarse con cuidado desde varias perspectivas y dimensiones, para poder dar cuenta del fenómeno de manera justa y equilibrada, considerando los aspectos históricos, sociales, cognitivos, culturales y políticos que nos permiten visualizar el problema de la discriminación racial en nuestro país. Hasta ahora no existen investigaciones que tomen en cuenta todos estos aspectos de manera integral y, por eso, este capítulo constituye un primer intento en el que participan directamente investigadores de la demografía, la sociología, la antropología, la lingüística discursiva, el análisis crítico del discurso, y también indirectamente, académicos de la historia, la economía, la psicología social, la comunicación social y otras áreas de las humanidades y ciencias sociales a cuyos trabajos hacemos referencia.

El problema del racismo en Venezuela ha sido abordado desde las diferentes disciplinas de las ciencias sociales, cada una de acuerdo con sus propias teorías y haciendo uso de distintos métodos. Los historiadores se han ocupado generalmente de los aspectos relacionados con la configuración del pueblo venezolano, con los orígenes y la «raza» por lo general anclados en la esclavitud y con el énfasis puesto en el proceso de dominación europea (Herrera, 1999); los sociólogos y antropólogos se han orientado más hacia el estudio de los esclavos negros y sus costumbres, la pérdida de los valores de las culturas africanas e indígenas (Ascencio, 1984, 1986; Mosonyi, 1975, 1982, 2004; Bartolomé, 1995), la influencia de los elementos indígenas y africanos en las culturas populares venezolanas (Acosta Saignes, 1948, 1967; Mosonyi, 1982; Chacón, 1983), las relaciones entre racismo y estructura social (Briceño-León, 1992, 2005; Briceño-León *et al.*, 2005) y, más recientemente, problemas que atañen a la definición de la identidad cultural en los movimientos de activistas

afrodescendientes (Ishibashi, 2000a, 2000b). Los psicólogos, especialmente los psicólogos sociales, y los educadores, se han acercado al problema del racismo en estudios sobre la identidad venezolana, la imagen social, los imaginarios y los estereotipos (Montero, 1984, 1996; Sifontes, 1984; Abzueta y Salom, 1986; Banchs, 1992; Cadenas, 1992; Domínguez, 1993; Salazar, 2001; González, 2002). Los lingüistas y comunicadores sociales se han ocupado un poco más de la expresión lingüística del racismo y de las formas en que los medios de comunicación representan o contribuyen a mantener los comportamientos racistas (Adán y Castro López, 1979; Virgüez e Iribarren, 1991; Inojosa *et al.*, 1994; Bolívar, 1993, 1996a, 1996b, 2001a; Bolívar y Kaplan, 2003a, 2003b, 2003c, 2004; Jaimes, 2002; Van Dijk, 2003; Ishibashi, 2004).

Entre los psicólogos destaca Montañez (1993) quien ofrece, tal vez, el primer trabajo que afronta directamente el problema del racismo contra los negros, sus orígenes, y la discriminación sufrida o practicada por quienes subvaloran las raíces africanas. El valor de su trabajo reside en señalar los tipos de discriminación hacia los demás y hacia sí mismos, en una sociedad que se ha vanagloriado históricamente de valorar el igualitarismo, pero que mantiene el racismo de manera «oculta»; así, el prejuicio y la discriminación «persisten encubiertos en la sociedad aparentemente no racista de la Venezuela actual» (Malavé Mata, 1993, p. 9). Por consiguiente, detrás de la metáfora del país «café con leche» parece esconderse un deseo de «igualdad», que no se lleva necesariamente a la práctica en la vida cotidiana.

Hablar de racismo en Venezuela significa, por tanto, buscar las raíces del fenómeno en la historia, en la época de la conquista y de la esclavitud y en las marcas sociales dejadas por años tormentosos de grandes abusos e injusticias perpetradas por los europeos en su búsqueda por satisfacer sus propósitos de dominación y expansión imperial, avalados por Dios y por la ley (Herrera, 1999). También significa hurgar en los patrones cognitivos creados en la

época de la conquista, alimentados durante siglos y fomentados para moldear conductas que favorecieron (y favorecen) la discriminación, la desigualdad social y la injusticia. Desde la perspectiva de Montañez (1993) y Herrera (1999), a pesar de que hoy aparentemente existe una toma de conciencia sobre lo indeseable que fueron el abuso y la injusticia en contra de los indígenas y los afroamericanos, la discriminación racial todavía subsiste al menos de tres maneras: en forma de discriminación velada y directa; en la negación del racismo y en el endorracismo o racismo contra sí mismo. Aunque las dos primeras pueden ser comunes en otros países latinoamericanos, en Venezuela el endorracismo merece una atención especial porque, de forma consciente o inconsciente, contribuye a fortalecer el racismo en la vida cotidiana (Montañez, 1993).

El racismo velado o directo encuentra su expresión en el discurso cotidiano en estereotipos como «los negros son peligrosos, son ladrones, huelen mal, tienen malas mañas, desprestigian la imagen de una empresa y hasta... ¡no tienen la culpa de ser así!» (Montañez, 1993, p. 154). También en recomendaciones a los niños: «Te he dicho que no juegues con esos negritos porque uno nunca sabe» (p. 149) o en chistes que pueden llegar a ser muy degradantes, como en la siguiente conversación oída entre dos jóvenes varones universitarios:

A: ¿Tú sabes cuánto se demora una negra en botar [tirar] la basura?

B: ¿Cuánto?

A: Nueve meses. [Risas].

(Montañez, 1993, p. 58).

La conducta verbal racista se encuentra difundida en el lenguaje popular en distintas dosis de fuerza agresiva o burla hacia la población negra. Montañez (1993, p. 159) recoge algunos ejemplos de canciones populares como los siguientes:

¡Negra!... si fueras blanca y con el pelo liso. / Mi madre dijo afligida que no me case con negra, porque cuando está dormida, parece un rollo é culebra. / Una negra narizona no me hace comida

a mí, porque esconde los bocaos en el hueco'e la nariz.

Sancocho'e huesito, sancocho'e iguana, quién ha visto negro, parao en ventana. / Sancocho'e huesito, sancocho de espuma, quién ha visto negro en colchón de pluma. / Sancocho'e huesito, sancocho de espuela, quién ha visto negro maestro de escuela. / Sancocho'e huesito, guarapo é tomillo, quién ha visto negro, con pelo amarillo.

A estas canciones se pueden agregar refranes o expresiones que ya se consideran «naturales» en el habla cotidiana: «trabajé como una negra», «estoy sudando como un negro», «me negrearon». Los prejuicios también se expresan en frases como «estirar el pelo malo», para verse más bonita; «consígueme una negra buena para trabajar», cuando se necesita ayuda doméstica. Existen creencias populares que se codifican en la lengua, como «eso parecía una merienda de negros» para indicar que los negros son desordenados; «negro cuando no la hace a la entrada la hace a la salida», «negro cuando no sale se asoma», para indicar que son mala gente. También en refranes: «negro es negro y su apellido es mierda», «blanco con bata: doctor; negro con bata: chichero»; «¡negro tenías que ser!», «blanca buena pa' enrazá, negra buena pa' gozá».

De manera similar, en el lenguaje popular abundan expresiones discriminatorias en contra de los indígenas: «Éste como que es indio», para referirse a una persona demasiado rústica, de ademanes torpes o con pocos estudios; «se le salió el indio», cuando alguien se muestra iracundo sin razones aparentes; «habla como un indio», cuando alguien comete equivocaciones prosódicas o gramaticales; «su inglés es totalmente indio», cuando alguien utiliza mal ese idioma; «ya aquí no somos indios», cuando se quiere insistir en el refinamiento de un grupo social; «indio tenías que ser», cuando se comete una monstruosidad; «es cochino como un indio», para referirse a alguien extremadamente desaseado; «indio comido indio ido», para mostrar que se está cometiendo un acto de mala educación, etcétera.

A pesar de lo anterior, rara vez este uso del lenguaje es evaluado como racista. Los ejemplos anteriores encierran en sí mismos una amplia gama de tensiones raciales y sociales, que no son siempre reconocidas, como manifiesta la antropóloga Michaelle Ascencio:

Ha habido desde el siglo XIX un discurso empeñado en negar las tensiones entre los diversos grupos que conforman la sociedad venezolana. Y como el racismo local no es como el de Estados Unidos, por ejemplo, eso ha servido de coartada para seguir negándolo porque como en Venezuela no matan a nadie directamente por ser negro... usan el barómetro de una situación de extrema violencia para minimizar la violencia que vivimos nosotros. En realidad la violencia es la misma pero se expresa de manera más sutil entre nosotros, ese mirarte de arriba abajo; esa boca torcida; ese decirme el mensajero, cuando le abro la puerta de mi casa que, por favor, llame a la señora (*El Nacional*, 27 de junio de 2005, B-12, «Aquí el racismo es tan sutil que sólo lo siente el agraviado»).

Tampoco el endorracismo es reconocido y aceptado, ya que se concibe como un proceso psicosocial iniciado en la colonia, que se mantiene hasta hoy mediante la actitud de desestimar los orígenes propios («alisar el pelo malo»). Como dice Montañez (1993, p. 166).

Estamos frente a la interiorización de los prejuicios racistas por parte de las mismas personas discriminadas. Se trata de un proceso activo respecto a los componentes sociales racistas, en el cual la acción no va dirigida a la transformación de la situación a través de la aceptación de cualquier característica física o cultural, no importa su origen étnico, sino que se desea la falsa superación del racismo mediante su negación, su ocultación, mediante el sueño de que todos seamos blancos, del blanqueamiento generalizado.

Este fenómeno rara vez es aceptado abiertamente porque es un hecho histórico que se ha pretendido «blanquear la raza» (Berglund, 2004, p. 38) y por eso

a los venezolanos puede parecerles natural emplear la expresión «mejorar la raza» cuando alguna persona se casa con otra de piel más clara o de origen europeo. No obstante, el endorracismo tiene implicaciones importantes para precisar cuáles son las características físicas de lo que es una persona negra en nuestro país, porque las personas tienen una percepción muy subjetiva sobre el color de su piel y su pertenencia a determinados grupos sociales. Por esta razón en ocasiones la causa de la ausencia de un debate sobre el racismo en Venezuela se atribuye parcialmente a las personas discriminadas, quienes interiorizan el sentimiento de inferioridad respecto a la imagen negativa del fenotipo africano y del estereotipo asociado con él (Montañez, 1993; Mijares, 1997). De manera similar, el movimiento cívico de la minoría social que denuncia el racismo no se ha desarrollado porque no existe una conciencia colectiva de los afrovenezolanos como un grupo étnico-racial, aunque en años recientes ha surgido un movimiento que emplea con más frecuencia el término «afrodescendientes», como veremos más adelante.

En Venezuela, como en muchas otras sociedades de América Latina, se produce una asimilación entre la estructura de las clases sociales y la distribución poblacional de los grupos étnicos que tiende a mostrar una coincidencia entre clase y raza: los ricos tienden a ser blancos y los oscuros de piel, pobres; pero los blancos no son todos ricos, ni tampoco los mestizos son todos pobres. Esta identificación clase-raza tiene en general muchas limitaciones, pero en Venezuela los problemas se vuelven mayores por dos características propias de esta sociedad: por un lado, el tamaño de la población indígena es muy pequeño en relación con el conjunto de la sociedad (534.816 personas, de una población total cercana a los 25 millones, 24.920.902, según el censo de 2001); y, por el otro, durante el siglo XX se produjo una muy alta movilidad social que modificó la estructura de clases de una manera significativa y facilitó aún más el proceso de mestizaje que desde siglos antes se venía dando. Sin embargo, la estructura social todavía

conserva algo de su carga racial. La permanencia de la relación clase-raza se corresponde con la inercia de las herencias del pasado que ni el mestizaje ni la movilidad social lograron cambiar, pero también con algunos patrones culturales o estereotipos que dificultarían o hasta impedirían la movilidad social de las personas. El primer componente puede atribuirse a la inercia social del pasado y a las desigualdades del origen económico y cultural que, aun en condiciones óptimas de igualdad de oportunidades, limitan a unos y facilitan a otros la mejoría social. Mientras que el segundo sí puede ser entendido como un racismo que tiene un impacto, aunque muy limitado en Venezuela, por su carácter que calificamos de *vergonzante* (Briceno-León, 1992).

La tesis del mestizaje, por tanto, es más compleja de lo que parece. Según Montañez (1993, pp. 68-69), apoyada en Trigo (1982) pueden distinguirse tres significados del término mestizaje: 1) mestizaje como concepto progresista, 2) mestizaje como término ideológico y 3) mestizaje como concepto demagógico. El primero parece ser más un deseo que una realidad, porque apunta hacia una situación deseable en la que la meta es la «justicia social» o «igualdad» de todos, pero no se describe lo que realmente existe (un racismo sustentado en las diferentes raíces étnicas que valora más a los blancos que a los negros o indígenas); el segundo sirve para ocultar las desigualdades que construyeron el racismo, porque al decir «somos un pueblo mestizo», aunque es un rasgo observable físicamente, se neutralizan procesos históricos generadores de ese hecho, se obstaculiza el reconocimiento de las desigualdades y las contradicciones y se «minimiza la necesidad de analizar la situación en toda su complejidad» (p. 69); y el tercero surge cuando el sentido ideológico es visto «desde la perspectiva de la utilidad social que presta» (p. 69), es decir, para enriquecer los discursos igualitaristas de tipo demagógico.

Conviene aclarar también que, al margen de los propósitos para los cuales haya sido usado el término, el mestizaje es un atributo objetivo y como tal puede

ser utilizado para coronar fines perversos. El mestizaje ha sido el rasgo mayoritario de la población de la Venezuela republicana, que posteriormente se debilitó como consigna o recurso igualitario basado en características étnicas, cuando Venezuela recibió la contribución migratoria de los europeos desde finales de la Segunda Guerra Mundial. En consecuencia, en Venezuela el racismo también debe verse en relación con las migraciones de extranjeros que fueron llegando al país poco a poco en diferentes momentos, es decir, los que llegaban por los llamados «camino verdes» (negros antillanos, chinos) y otros permitidos legal o extralegalmente. Vale la pena destacar que hasta inicios del siglo XX no se permitía la entrada al país de personas que no fueran de origen europeo. La Ley de inmigración y colonización de 1912 establecía claramente: «No serán aceptados como inmigrantes ni tendrán derecho a los beneficios concedidos por la presente Ley 1) Los individuos que no sean de raza europea» (Área *et al.*, 2001, p. 95). Esto significa que, durante muchos años, no se permitió la entrada de chinos, árabes y africanos. Durante la posguerra se restringió la entrada de judíos. De hecho, «el gobierno fue renuente a aceptar la entrada de judíos y la Circular 2.931 de 1938, dirigida a los cónsules venezolanos, dejó claro que ningún judío ni ninguna persona de color podría recibir un visado excepto que fuese autorizado directamente por el Ministerio de Relaciones Exteriores» (Berglund, 2004, p. 39). En 1966 se promulgó una nueva Ley de inmigración, «pero sólo para quitar el acento sobre la raza del inmigrante» (*Ibid.*, p. 41). Como evidencia de esta política racial, quedan las palabras del dictador Marcos Pérez Jiménez, quien fue presidente de Venezuela entre 1952 y 1958:

Dentro de los enunciados filosóficos, en las grandes ideas del Ideal Nacional se decía, con pleno conocimiento de causa, que hay necesidad de mejorar el medio físico y el componente étnico. Nosotros tenemos una serie de taras que debemos corregir (...). Por eso, dentro de las cuestiones del

Nuevo Ideal Nacional, estaba en primer lugar la necesidad de mezclar nuestra raza con el componente de los pueblos europeos (...) buscábamos una inmigración seleccionada, en palabras más simples, buscábamos lo mejorcito que pudiéramos encontrar (Blanco Muñoz, 1983, pp. 67-70). Dada la diversidad de aspectos que habría que considerar, y la complejidad del tema del racismo y la discriminación en nuestro país, hemos decidido dividir este capítulo en seis partes. La primera se centra en las raíces históricas y es fundamental para entender el patrón de poblamiento y ver cómo, en las luchas por el poder, se fue construyendo el país y la discriminación étnica, racial y cultural (Bolívar Chollett, 1994, 2004). La segunda parte aborda la relación entre la estructura social y la percepción del racismo, lo que nos permite comprender la percepción subjetiva del color de la piel o racismo *vergonzante* de los venezolanos, como lo denomina Briceño-León (2005). En la tercera parte nos dedicamos al problema de los afrodescendientes sumergidos en la identidad mestiza o racismo y etnogénesis como lo concibe Ishibashi (2001) y ofrecemos ejemplos sobre cómo funciona el racismo en la publicidad de la televisión. La cuarta parte se dedica al racismo discursivo antiindígenas y en él se resaltan las generalizaciones y estereotipos de un sector relativamente influyente de nuestra sociedad (Mosonyi, 2004; Velásquez, 1998), perpetuados en los textos escolares (Bisbe, 2004). En quinto lugar abordamos el racismo en la interacción política con el fin de mostrar cómo, en la lucha política, se hace evidente que el tema del racismo, al margen de las posiciones ideológicas, se convierte en un argumento o arma política ambivalente cuya función es desacreditar al adversario. Por ello nuestro interés se concentra en explicar la forma en que se construye la noción de racismo en la confrontación política y prestamos mayor atención a las metáforas conceptuales del racismo (Bolívar y Kaplan, 2003a, 2003b, 2003c). La última sección culmina con un análisis de la discriminación de los chinos en la prensa en

dos momentos concretos de la política venezolana, como una demostración de lo que puede considerarse el racismo directo y explícito. A diferencia del racismo antinegros, que con frecuencia es velado y soterrado, o el antiindígenas, que casi pasa desapercibido en la prensa, el racismo contra los chinos ha estado marcado por la agresión verbal y la violencia física (Bolívar, 1996a; Bolívar y Kaplan, 2004). En lo que sigue nos concentramos en los tipos de racismo más evidentes y documentados. Esto no quiere decir que no existan otras manifestaciones que pudieran tomarse como una velada discriminación de los judíos y de los árabes, pero hasta ahora éstos no han sido motivo de conflicto social.

Las raíces históricas

El poblamiento como proceso demográfico mestizo

Los pueblos, las aldeas y las ciudades de Venezuela surgieron gracias a la aportación demográfica de una población mayoritariamente mestiza en el sentido amplio del vocablo (López, 1998a, 1998b, 1998c, 1998d, 1998e; Lucena Salmoral, 1998). A finales de la colonia (1790-1800), la población venezolana contaba con una estructura étnica en la cual, de acuerdo con las diversas estimaciones, predominaban «los pardos». El vocablo «pardos», si bien en un principio designaba al fruto del cruce de blancos con negras, a la larga se utilizó para calificar a toda la población de origen mestizo. Asimismo el término «mestizo», que inicialmente fue usado para distinguir a los productos del cruce de blancos con indias, a finales de la colonia, en el ocaso del siglo XVIII, fue literalmente envuelto y absorbido por la denominación general de «pardos».

La mayoría de los cálculos coincide en que, a finales de la colonia, los pardos constituían una proporción que oscilaba entre el 45 y el 50% de la población total, mientras que los blancos, sumados los criollos con los peninsulares, alcanzaban una proporción ligeramente superior al 20%. El resto de la población la constituían indios y negros que, en propor-

ciones agregadas, se ubicaban en una cifra situada en las inmediaciones del 30%, correspondiendo a los negros una fracción que fluctuaba entre el 14 o el 15% (Cunill Grau, 1987, pp. 43-44; Chen y Picouet, 1979, pp. 19-22).

Como puede observarse, la población fue creciendo en el marco de una estructura étnica dominada política, económica y socialmente por los blancos, en cuyo seno el sector más recalcitrante respecto a su posición discriminatoria y segregacionista en contra de los integrantes de otros grupos étnicos, fue el de los mantuanos o la nobleza criolla. Los mantuanos reprodujeron y profundizaron los prejuicios raciales que heredaron de los blancos peninsulares y se caracterizaron, entre otras cosas, por sus prácticas endogámicas, lo que les convirtió en una suerte de «casta». Con ello perseguían asegurar su perpetuación como grupo étnico, económica y socialmente dominante en la colonia (Carrera Damas, 1998). Ésas fueron las probables circunstancias que explican por qué los grupos étnicos subordinados no se incorporaron de inmediato a la lucha independentista. Por el contrario, las evidencias demuestran de modo convincente que los españoles usaron y azuzaron hábilmente los prejuicios y diferencias raciales durante los tres o cuatro primeros años de contienda para fanatizar a negros y mulatos en contra de los ejércitos patriotas dirigidos por los mantuanos.

La independencia: proceso político exitoso, proceso social frustrado

En opinión de algunos autores, la lucha por la independencia (1797-1821) y el eventual triunfo de los patriotas (1821) no eliminó las diferencias y prejuicios raciales, ni tampoco la estructura étnica de la población, que continuó siendo mayoritariamente mestiza. Es más, en términos generales la independencia no hizo desaparecer las profundas diferencias socioeconómicas que se arrastraban desde la colonia (Harwich Vallenilla, 1998; Morón, 1987; Arellano Moreno, 1974), aunque por primera vez,

probablemente entre 1815 y 1819, de acuerdo con las evidencias documentales disponibles, durante la guerra algunos jefes militares patriotas auspiciaron prácticas sociales y relaciones igualitarias para asegurar de manera definitiva la adhesión y el apoyo de los grupos étnicos y sociales subordinados que, de modo reiterado, se lo habían brindado a la causa realista (Cunill Grau, 1987, p. 98; Úslar Pietri, 1998).

En otras palabras, en términos de sus consecuencias sociales el final de la guerra no significó la transformación de la estructura social y económica existente en el ocaso de la vida colonial. Sucedió, por el contrario, que los jefes militares vencedores reclamaron su derecho a participar en el reparto del «botín» republicano y, de esta forma, emergieron como la nueva clase de oligarcas terratenientes, propiciando además una «coalición» con los remanentes de la vieja oligarquía. La mayoría de los soldados combatientes obtuvo bonos de guerra con los cuales podía adquirir tierras. Al final los generales vencedores, a través de diversos y dudosos mecanismos, se apoderaron de los bonos que recibieron los soldados y, de esa manera, ampliaron las dimensiones de su riqueza. Los soldados, en su mayoría mestizos o mulatos, émulos de los antiguos pardos, siguieron siendo pobres y excluidos (Harwich Vallenilla, 1998).

Morón (1987, p. 239) informa que, hacia 1839, la estructura étnica estaba caracterizada por una población de blancos (criollos y extranjeros), de un 27,5%; los mestizos sumaban un 43,8%, los negros un 5,3% y los indios un 23,4%, de un total de población de 944.932 personas.

La abolición de la esclavitud: entre el «gatopardismo» y el burocratismo liberal

La abolición de la esclavitud (1954) llegó con un considerable retraso histórico y tampoco eliminó las tensiones y odios raciales que existían en el seno de la población. Por el contrario, hay elementos de juicio que sugieren que la ley de abolición de la esclavitud y los mecanismos de manumisión

que la acompañaban, además de no perjudicar los «derechos» de los amos esclavistas, sirvieron para enriquecerlos aun más a costa del erario público y de los contribuyentes gracias a la complicidad de las elites gobernantes. Los apartados presupuestarios para cubrir los sucesivos fondos de manumisión fueron insuficientes y terminaron consolidándose con la deuda pública, para lo cual se emitieron bonos que quedaron en poder de los antiguos dueños (Arellano Moreno, 1974, pp. 295-297). La condición tramposa de la medida funcionó como una incitación adicional a la confrontación racial, esta vez con una cobertura socioeconómica general que emanaba de la estratificación social existente a mediados del siglo XIX. La reacción de algunos amos fue brutal y, como catarsis vandálica, propinaron a sus esclavos tremendas palizas antes de dejarlos en libertad (Arellano Moreno, *ibíd.*). El final del proceso no pudo ser más ilustrativo: la mayoría de los antiguos esclavos pasaron a engrosar las filas de los desposeídos e indigentes del campo.

La Guerra Federal (1859-1863) y las deudas históricas de la Independencia

La Venezuela posindependentista tuvo como signo privativo el tiempo acumulado que pasó en guerras, conspiraciones, insurrecciones, sublevaciones, y confrontaciones armadas, muchas de las cuales tenían, a distintos niveles, el componente étnico dentro de sus motivaciones y justificaciones (Caballero, 2003; Harwich Vallenilla, 1998). Sobresale en este sentido la Guerra Federal o Guerra de los Cinco Años (1859-1863), en la cual el odio racial se unió a las desigualdades socioeconómicas heredadas formando un síndrome que sirvió como catalizador de la intensidad de la disputa (Harwich Vallenilla, 1998). Según algunos historiadores, la Guerra Federal fue una prolongación de la Guerra de la Independencia respecto a los problemas sociales y políticos que quedaron sin resolver después de la emancipación. Sin duda entre dichos problemas estaban los odios y las tensiones raciales. De igual manera, los valo-

res políticos del movimiento federalista trajeron nuevamente consigo la irrupción violenta de las masas llaneras. Junto con las consignas de «abajo el gobierno» o «abajo el centralismo», también aparecieron las de «mueran los godos oligarcas» y «mueran los blancos» (Harwich Vallenilla, 1998), que evidenciaban un odio racial antiblanco que se sumaba al racismo antinegros y antiindígenas ya existentes en esa época. Estas consignas evocan también sentimientos similares que proliferaron durante las campañas de Boves, polémico líder militar de las fuerzas realistas, quien apeló a las diferencias raciales y socioeconómicas como estrategia de reclutamiento para construir uno de los ejércitos más poderosos de la historia republicana. De él se dice que «se jactaba de engordar a los zamuros con carne de blancos» (Mondolfi Gudat, 2005, p. 126).

Los umbrales del igualitarismo como ficción sociocultural

El final de la Guerra Federal —y el consiguiente triunfo de los federalistas— tampoco eliminó las diferencias socioeconómicas. Es más, los vencedores crearon un nuevo tipo de caudillismo que se apoyaba en el igualitarismo como valor cultural de la falsa conciencia. Pero la carga de emociones que conllevó la pugna, la confrontación de consignas y arengas y la correspondencia afectiva que supuso el hecho de sentirse parte de un colectivo de la misma clase, propició la configuración de un sentimiento que nació y emanó de la solidaridad fraguada en la contienda. Junto al caos y el desorden administrativo que se unían con la discrecionalidad militar, se desvanecieron las restricciones de las jerarquías. De esta forma se instaló una democracia social violenta desde la cual se difundió la idea de que todas las personas podían estar al mismo nivel, sin contar con los atributos intelectuales requeridos. En pocas palabras, los cargos públicos los podía ejercer cualquiera y hasta un analfabeta podía impartir justicia. Un viajero alemán que visitó Venezuela en 1868 anotó en su diario que el presidente Falcón —el

jefe triunfador de la Guerra Federal— había creado, para un ejército de 4.000 hombres, cargos para 2.000 generales (Harwich Vallenilla, 1998; Morón 1987; Arellano Moreno, 1974).

El hecho constatado de que hubo negros que llegaron a ser oficiales de alta graduación en las fuerzas armadas y de que en la oficialidad triunfante hubiese tantos mestizos (Morón, 1987; Arellano Moreno 1974) creó la ficción del igualitarismo dentro de la población venezolana. Así el vocablo «pardo», que era la expresión más usada para connotar y revelar la condición mestiza durante la colonia y la Independencia, fue transfigurándose lentamente y se recurrió al término «pueblo» o «pueblo llano», o «gente del pueblo» (Morón, 1987; Harwich Vallenilla, 1998).

Los años que siguieron al Tratado de Coche, con el cual se puso fin a la Guerra Federal el 24 de abril de 1863, estuvieron presididos por gobiernos personalistas y autócratas, escoltados por una letanía de caudillos, conspiradores y jefes de montoneras y sublevaciones. En medio de ese caos político, las pugnas caudillistas y sus sublevaciones dejaron poco espacio para la pura confrontación étnica. No se debe olvidar que desde el fin de la Guerra Federal el igualitarismo fue una ficción cultural sobresaliente en una Venezuela regada de aldeas y caseríos dispersos a lo largo y ancho de su territorio. En 1873, sólo cuatro «ciudades» pasaban de 20.000 habitantes (Caracas, Valencia, Barquisimeto y Maracaibo—en ese orden—; luego seguía Maturín, que apenas llegaba a los 13.000) (Bolívar Chollet, 1994, p. 21). En 1881, solamente tres ciudades superaban los 20.000 habitantes (Caracas, con 55.638; Valencia, con 36.145 y Maracaibo, con 22.298. La siguiente en tamaño era Puerto Cabello, que no llegaba a los 10.000) (*Ibid.*). De cualquier manera, 1899 señaló el inicio de la dictadura más prolongada que haya conocido Venezuela en su historia republicana: la del binomio Cipriano Castro (1899-1908) y Juan Vicente Gómez (1908-1935). De acuerdo con algunos historiadores, el «éxito» de la dictadura de

Gómez residió en que, como jefe militar y vicepresidente de Cipriano Castro, alcanzó la paz (Caballero, 2003). Una paz fundada en la sangre, las muertes y las torturas, pero paz al fin después de un siglo de violencia, revoluciones y guerras.

El desenlace lógico de todo ello es que esa paz, lograda después de treinta años de violencia y por la vía de la liquidación de los caudillos, probablemente sirvió también para acallar las tensiones raciales bajo el paraguas del igualitarismo que, de pasada, no resultaba antinómico para dicha paz. Por el contrario, es probable que los grupos subalternos aceptaran el igualitarismo interpretando que era consustancial con la paz, aun cuando ésta hubiese sido conquistada por el último de los caudillos. Es probable también que la ideología que se difundía colocara las diferencias raciales en un plano subordinado respecto a las diferencias socioeconómicas que, teóricamente, se podían alcanzar con trabajo y los logros socioeconómicos diferenciales. Por eso, más allá de la perogrullada que ofrecía la situación, tenía mucho sentido afirmar que, junto al «blancaje» que seguía instalado en la cúspide del poder, comenzaron a aparecer apellidos de «origen oscuro» que surgieron como triunfadores en la contienda (Harwich Vallenilla, 1998). El propio Juan Vicente Gómez fue objeto de diatribas y burlas de signo racial («Su tipo todo grita a leguas el mestizo»; «de color terroso»; «pardos ojos pequeñitos y chinoscos»; «el cabello le nacía indio y vertical»; «ojos de *aligator*» (...)) (Caballero, 2003, p. 275).

El fin del caudillismo, el auge petrolero y el advenimiento del populismo: los agentes actualizadores del igualitarismo

Después de la muerte de Gómez en diciembre de 1935, el país se abre tímidamente a un período de libertades públicas cuya manifestación simbólica de mayor trascendencia política, de acuerdo con las referencias coetáneas de otros países, fue el populismo. (Urbaneja, 1998; Magallanes, 1983). Ciertamente, en ello influyó el ascendiente político de los líderes que

habían vivido la experiencia del exilio y conocido las referencias documentales del marxismo-leninismo europeo (Caballero, 2004). Eso enraizó en el igualitarismo local heredado del federalismo e hibernado por la acción del despotismo gomecista. Pero sobre todo en ese proceso pesó la influencia transformadora del petróleo y su impacto sobre la sociedad y la cultura local (Malavé Mata, 1974; Caballero, 2004; Urbaneja, 1998; Bolívar Chollett, 1994).

La combinación del petróleo con el populismo permitió actualizar el igualitarismo como valor de la cultura nacional. Esta vez despojado de algunos elementos propios de la utopía federalista respecto a las posibilidades de realización de aspiraciones y a la satisfacción de necesidades. El petróleo dio a esos sentimientos visos de estructuración en términos de sus posibilidades. La clave para entender la instalación del populismo y sus efectos aparentemente igualitarios se localiza en el cambio del modelo productivo del país; en el aumento, en una escala sin precedentes, de los montos de los ingresos fiscales y en la mayor capacidad de intervención del Estado en la distribución del gasto público (Caballero, 1972; Malavé Mata, 1974; Bolívar Chollett, 1994).

Las consecuencias fueron inmediatas y todavía las siente la estructura social y cultural venezolana. El impacto devastador del modelo petrolero en una consumida agricultura de exportación (con una estructura salarial arcaica y una capacidad técnica atrasada y rudimentaria, con una pobre rentabilidad y una carencia de competitividad en los mercados internacionales) acentuó el proceso de inmigración del campo hacia las ciudades y ayudó a consolidar el patrón de distribución espacial. En ese contexto, el aumento de los ingresos fiscales contribuyó a masificar los procesos sociales que dan acceso a la educación, a la salud y a la movilidad social.

La combinación histórica de las prácticas populistas con la obtención de algunas libertades públicas amplió la base con la que aplicar los derechos ciudadanos: el voto universal, directo y secreto; el voto de los analfabetos; el voto femenino; la masificación

de la educación básica y, con ello, el aumento de la participación de las mujeres en los procesos educativos; el aumento de la participación femenina en el mercado laboral; la consolidación del sistema de partidos políticos; el aumento de las posibilidades de obtención de información, entre otros logros ciudadanos. Sin duda estas realizaciones contribuyeron también a robustecer el sentimiento igualitario y a implantarlo como valor en la cultura nacional entendiéndolas como logros que no eran exclusivos de blancos o de mantuanos.

Estamos hablando de un valor y de un sentimiento en el que se solapan elementos étnicos y situaciones socioeconómicas. Así como el racismo comporta prejuicios, el igualitarismo basa el mito de su desaparición en la incidencia del populismo en el sistema de creencias, sobre todo si lo apoya la acción distributiva del Estado fundada en un modelo rentista y parasitario de su funcionamiento. Esto explica en gran parte por qué en Venezuela se habla del «racismo oculto en una sociedad no racista» (Montañez, 1993) y por qué, pese a la negación constante de su existencia, sigue latente en nuestra sociedad.

Estructura social y percepción del racismo: el racismo vergonzante

La estructura social venezolana cambió de una manera importante después de los años treinta y como consecuencia de la actividad de exploración y explotación petrolera que produjo fuertes migraciones internas y unos amplios, aunque desiguales, mecanismos de distribución de los ingresos por el petróleo entre las distintas clases sociales. Esta gran transformación, si bien no altera completamente los patrones de relación clase-raza que se habían heredado desde la colonia, sí logra modificarlos de una manera sustancial porque facilita la integración y el mestizaje con la movilidad territorial que provocaba el empleo de la industria petrolera o de la construcción (blancos andinos que viajan a oriente, mulatos de la isla de Margarita o negros de Barlovento que migran a trabajar al sur del lago de Mara-

caibo y viajan por los Andes), y facilita también el ascenso social de mestizos, negros e indígenas, quienes desde ese momento tienen acceso a mejores empleos y a la educación propia y de sus hijos.

Muchas de las discriminaciones de raza son, más propiamente, discriminaciones de clase, pero esta movilidad social redujo las distancias entre las clases sociales y, consecuentemente, la que podía existir entre los grupos étnicos y que pudiera ser fuente de exclusión o racismo. Así como nadie podía exhibir una pureza de raza o color de piel que permitiera, según decía Picón-Salas (1949), aguantar los tres golpes: ¡blanco, blanco, blanco!, tampoco nadie podía argumentar, como en otros países, un origen de la clase antiguo, pues después del quiebre del latifundismo las clases surgieron con el dinero del petróleo, de creación reciente.

Además, y a partir de la Segunda Guerra Mundial, se produjo un proceso inmigratorio que trajo importantes contingentes de población desde Europa, principalmente de España, Italia, y Portugal; aunque también había contingentes más modestos de otros países europeos, lo que por un lado acentuó el mestizaje y por el otro representó un incremento de la población blanca en las zonas urbanas del país e introdujo un quiebre en la ideología del mestizaje como unidad nacional que desde el fin de la esclavitud había dominado.

La construcción de las razas en Venezuela tiene, por tanto, un relativo asidero físico humano, pues existen diferencias visibles en el color de piel, pero es realmente una creación cultural contemporánea. La calificación de indio, negro o blanco, salvo unas pocas excepciones, son conceptos polisémicos que pueden referirse a realidades muy distintas: a quien en el llano le dicen «catire», que sería un blanco de cabello claro, no lo sería nunca en los Andes ni en Caracas. Y a la «negrita» de la familia andina nunca se la llamaría así en el oriente del país. La clasificación del color de piel tiene, por tanto, tres componentes: por un lado es subjetiva a cada persona; por el otro es relativa al nivel de claridad u oscuridad

del color de la piel predominante en el lugar geográfico donde se realiza la calificación; y, finalmente, depende del lugar social de la persona, pues la abundancia del dinero puede hacer más blanco a un mestizo y su escasez más oscuro a un blanco.

Por ser una construcción cultural contemporánea, es poco seguro fundar su existencia en sus orígenes o su medición biológica; resulta más acertado y mucho más heurístico intentar lograrlo con la manera subjetiva de clasificarse que tienen los individuos, es decir, con la cultura vigente en cada sociedad. Ése fue el camino que tomó el Laboratorio de Ciencias Sociales (Lacso) en dos estudios, uno realizado en 1997 con una encuesta en el área metropolitana de Caracas, y otro más reciente, en el año 2004.

Color de piel subjetivo

En una muestra nacional se preguntó a los entrevistados cómo describirían su color de piel. La clasificación se basaba en un gradiente de la pigmentación de la piel que nace en el blanco, luego llega el mulato o trigueño, le sigue el mestizo o moreno y finaliza con el negro. Luego se añade el grupo de los indígenas, pues no entra en la clasificación anterior y tiene rasgos culturales mucho más precisos en quienes así se identifican, más allá del color de la piel. Las expresiones mestizo y mulato se referían originalmente al cruce de blanco e india y de blanco y negra respectivamente, pero aquí no intentan recuperar ese aspecto de origen, sino a los rasgos que permanecieron en la cultura, es decir, a su conversión en un color más claro en el mestizo que en el mulato.

Los resultados que se muestran en el cuadro 1 indican que de las dos terceras partes de los venezolanos, el 66% de la muestra se considera mestizo o mulato, una cuarta parte se clasifica como blanco, un 5% como negro y un 2% como indígena, lo cual se corresponde con los datos oficiales de los censos sobre esta última población. En el caso de la población negra hay algunas diferencias con otros cálculos (Wright, 1993; Colmenares, 2005) que llegan

a doblar el porcentaje que estamos presentando, pero en ese caso se refiere a los «afrodescendientes», que es un término más impreciso en el contexto venezolano, pues puede incluir a un número poco específico de los que se llaman a sí mismos mulatos o morenos.

Cuadro 1. **Color de piel subjetivo en Venezuela** (2004)

	%
Blanco	25,3
Mestizo o trigueño	29,8
Mulato o moreno	36,3
Negro	4,8
Indígena	2,0

Fuente: Laboratorio de Ciencias Sociales, Laco, 2004.

Cuando buscamos conocer las características de la población usando un análisis factorial de correspondencias múltiples nos encontramos con algunas asociaciones que muestran el vínculo existente entre el color de piel subjetiva con la estructura social. Los que se describieron como blancos tuvieron una asociación significativa con haber realizado estudios universitarios o técnicos superiores y se describieron a sí mismos en un rango de clase social subjetiva situada en los sectores de clase media, del cuatro al siete en una escala de diez, donde uno era el más rico y diez el más pobre. Se consideró también el hecho de profesar la religión católica. Hubo además una asociación negativa con haber tenido empleados, es decir, los que dijeron en la encuesta que no habían tenido nunca empleados ni supervisado a otras personas, tendieron a declarar cualquier otro color de piel, pero no blanco.

Los mestizos también tuvieron el componente de haber cursado estudios técnicos superiores o universitarios, pero ningún otro de los blancos. Se dibujó un componente negativo de este grupo con la práctica religiosa, pues los que dijeron que nunca asistían a un culto religioso no eran mestizos, como tampoco los que sólo habían estudiado educación primaria. Los mulatos, por el contrario, se agruparon con aquellos que sólo habían estudiado educa-

ción primaria o básica y con el hecho de pertenecer a los estratos sociales más bajos, pues se ubicaron subjetivamente en las clases ocho, nueve y diez. Asimismo, los que nunca habían tenido empleados, como también los desempleados, declararon ser mulatos. No eran mulatos, en una posible vertiente negativa, los que habían cursado estudios superiores técnicos o universitarios. Los negros no se agruparon con ningún rasgo social de los considerados, lo cual indica una gran diversidad entre ellos. El único rasgo significativo, y con cariz negativo, se produjo entre la población negra y las religiones cristianas no católicas, lo que parece indicar que los predicadores protestantes no han logrado incidir en los negros, pero sí en todos los otros grupos de color de piel distinta.

Lo que se puede concluir con todo ello es que hay dos grupos importantes que marcan la estructura social en referencia al color de piel: por un lado los blancos, clase media, católicos, con estudios superiores, y por el otro los mulatos, clase baja, con estudios de primaria, trabajadores o desempleados. Estos dos grupos son los que marcan la división social, luego los mestizos parecen haber aprovechado más la educación y eso les da una posición distinta, pero pueden estar en todos los estratos sociales, lo mismo que los negros. Sin embargo, la presencia de negros en todos los grupos sociales se debe también a la relatividad de la autclasificación, pues un individuo de clase media alta, algo oscuro de piel, se autclasifica como negro dentro de su medio social —predominantemente blanco—, pero es probable que uno similar se consideraría mulato o mestizo si estuviese en la clase social que tiene menores ingresos.

Los indígenas presentan una diversidad importante, pues el grupo étnico mayoritario que son los wayú tiene una gran variedad social y los hay tanto pobres como exitosos empresarios y universitarios. Pero los restantes grupos indígenas que mantienen su existencia diferenciada se encuentran en lo más bajo de la estructura social, tanto por sus condiciones de vida y pobreza como por el vínculo con los

otros grupos sociales; cuando un campesino pobre del llano venezolano quiere protestar por un trato agresivo u ofensivo que ha recibido de otra persona dice «no me traten así, que yo no soy indio».

Esta diversidad de manifestaciones es quizá lo más característico de la situación racial en Venezuela y se produce porque en la construcción cultural se privilegió la *mezcla sobre la pureza*, lo cual hizo que el mestizaje se convirtiera en un valor y que las fronteras entre los grupos se diluyeran de manera real o subjetiva. Esta dinámica cultural es completamente distinta a la que existe en sociedades como la estadounidense, donde se privilegia la pureza sobre la mezcla, y los resultados en el comportamiento individual y las relaciones interraciales son radicalmente diferentes.

Si bien en su conjunto el color de la piel no ha sido un obstáculo importante en la movilidad social, también es cierto que debido al entrelazado de las condiciones sociales y el color de la piel se producen las asociaciones entre clase social y grupo racial. Pero no es posible afirmar, por ejemplo, que hoy en día los mulatos son pobres o tienen menos años de estudio por su condición de mulatos. Se producen, por lo tanto, unos resultados que pueden ser atribuibles tanto a las condiciones económicas precarias como a la carencia de herencia cultural o a su color de piel; se puede argumentar una asociación entre las variables, pero no necesariamente una causalidad (Briceño-León, 2000).

Cuando se observa la composición racial de los oficiales de las fuerzas armadas en Venezuela, se puede encontrar un gradiente de color de piel entre los distintos componentes: donde hay un mayor grupo de personas de piel oscura, mulatos y mestizos, es en la guardia nacional; luego en el ejército, donde hay mayor variedad, con mestizos y blancos; luego en la marina, donde se hace mayoritario el componente blanco que ya pasa a ser dominante en la aviación. Esto no significa que no haya blancos en la guardia nacional ni mulatos en la aviación, sólo que son minoría en ambos casos. Cuánto influye en esta

situación el diferente nivel de formación requerido para ingresar en la guardia nacional o en la aviación y cuánto el color de la piel, no es fácil de establecer, pero parecería que hay algunos «umbrales» (Castillo, 1982) para el ejercicio de determinados oficios que el color de la piel permite o impide franquear. Este umbral del color actúa de una manera solapada porque reproduce una situación social y si se pregunta a cualquiera de los actores nunca aceptarían que hay un componente racial en sus comportamientos, porque en el patrón social y la mentalidad igualitaria dominante cualquier comportamiento o actitud racista recibiría de inmediato una condena social. Tampoco son conscientes de sus actitudes racistas al negarlo con la estrategia de manifestar una concesión aparente: «Yo no tengo nada contra los negros... todos somos iguales... pero me dan tanto miedo...», como dijo una de nuestras entrevistadas (Briceño-León, 1992, p. 150).

Racismo y etnogénesis: el movimiento social de los afrodescendientes

El racismo en una «democracia racial»

Como ya dijimos en la primera sección, desde la temprana época de la república los líderes fundacionales del país eran en su mayoría pardos, negros e indios (véase, a este respecto, Wright, 1993). Las élites culturales trataron de borrar las huellas africanas de la demografía nacional pretendiendo parecerse a una nación europeizada (orígenes del endorracismo). Por eso durante el siglo xx las contribuciones histórico-culturales de los afrovenezolanos fueron ignoradas, menospreciadas o tergiversadas en el discurso oficial sobre el autorretrato del pueblo. El resultado de la invisibilización de los afrovenezolanos lo podemos observar en los textos escolares actuales de la historia nacional. En uno de ellos se define a los «negros» de la siguiente manera

... [los negros] fueron traídos del continente africano en calidad de esclavos. Desempeñaban los trabajos más duros y pesados. Este grupo socialmente no tuvo importancia (Anónimo, 1992, p. 187).

En el mismo texto, entre las cinco rebeliones de «negros» de mayor impacto social durante la época colonial sólo se menciona una, la de José Leonardo Chirinos del año 1795, calificándola como «un movimiento precursor de la independencia» (anónimo, 1992, p. 191), cuando en realidad el líder rebelde luchó por la libertad de los africanos esclavizados.

A partir de la década de 1940 comenzó a surgir el interés académico por «descubrir» la cultura afrovenezolana como parte esencial del «folklore» venezolano, siguiendo la corriente del nacionalismo cultural de la época en la naciente democracia populista (Castillo D'Imperio, 1998). Como consecuencia, hoy en día la música popular afrovenezolana ocupa una posición establecida dentro del marco de la cultura nacional venezolana y se difunde ampliamente a través del sistema educativo y los medios de comunicación. En contraste, las contribuciones contemporáneas de los afrodescendientes en la vida social pocas veces se toman en cuenta.

Lo mismo podríamos observar dentro de la producción en la industria cultural. Venezuela es uno de los países de mayor producción de contenidos audiovisuales en Latinoamérica. Y al ser un país mestizo, en su mayoría los elencos principales de las telenovelas venezolanas corresponden a los de fisonomía de blancos europeos (véase Virgüez e Iribarren, 1991). Los actores y actrices de fenotipo muy «a la africana» sólo interpretan papeles de peones o sirvientas en la época colonial, o de delincuentes o policías que deambulan por las calles del sector más pobre de las ciudades, como se concretó en una investigación-acción sobre el carácter excluyente «racista» de agentes culturales nacionales en Venezuela, que se compuso por un análisis cuantitativo, otro cualitativo y un taller de trabajo con miembros de comunidades afrovenezolanas (Ishibashi, 2004). En una de las entrevistas, el responsable del reparto de uno de los canales de televisión de mayor *rating* respondió de la siguiente forma al evaluar una foto-retrato de una modelo sudanesa como posible candidata a actriz en la telenovela venezolana:

Yo podría utilizarla como una de las [actrices] «extras» que aparecen al fondo de una escena, por ejemplo la cliente de un restaurante (...). Pero si vuelvo a utilizar a gente como ella inmediatamente [mis superiores] me llamarían la atención, diciendo: «No ensucies mucho la pantalla» (Ishibashi, 2004).

Asimismo, el productor del certamen de belleza más importante del país expresó abiertamente su estética eurocéntrica declarando que «en Venezuela no hay negras lindas, ya que sus narices son anchas y sus labios demasiado gruesos» (Ishibashi, 2004). En los anuncios publicitarios, cuando se trata de productos relacionados con la belleza, la higiene y la salud (cosméticos, detergentes o medicinas, por ejemplo), no aparecen personas «negras» como protagonistas de la campaña. El personaje «negro» casi nunca interpreta el papel de un «trabajador competente», un «hombre hogareño» o un «estudiante aplicado», figuras que representan la realización profesional, la felicidad personal o el valor del buen ciudadano. Las pocas situaciones en las que interactúan los modelos «negros» en anuncios publicitarios son en las escenas deportivas, musicales, de baile, de fiestas o en la playa (Ishibashi, 2004).

Los profesionales de la industria, sobre todo entre los publicistas y los expertos en mercadotecnia, justifican esta práctica de la exclusión con una lógica de segmentación «racial» del mercado. Un fotógrafo, especialista en publicidad y certámenes de belleza señaló:

Es difícil ver a Carolina Indriago [Mis Venezuela 1997] en una publicidad exterior de whisky (escocés), a pesar de ser una negra o morena muy sofisticada (...), porque mientras más oscuro sea el color, más se asocia con un bajo estrato social (Ishibashi, 2004).

Esta tendencia también se observa en el mercado del empleo. Es muy raro ver a una persona con fenotipo africano entre los profesionales de la mercadotecnia, de las relaciones públicas o como secretaria o recepcionista en la oficina de una empresa comer-

cial grande. En el mundo empresarial los gerentes «negros» sólo se pueden encontrar en el campo técnico, que no requiere aparecer en público, así como entre los ingenieros o los administradores.

Como hemos dicho en la introducción y reiterado en las secciones posteriores, en la Venezuela de hoy no existe una práctica de racismo institucionalizado tal como existía en el sur de Estados Unidos antes de los movimientos de reivindicación de los derechos civiles y en Sudáfrica bajo el sistema del *apartheid*. En Venezuela es muy poco común que haya una agresión violenta, institucionalizada o espontánea, de un «grupo racial» a otro. La discriminación racial que se practica funciona a nivel individual y por causa de las características físicas de los discriminados, y es más frecuente la práctica de exclusión implícita que la agresión abierta. Es individual en el sentido de que son las personas las que emiten los juicios discriminatorios, si bien se trata de un fenómeno con definidas bases sociales. En el trasfondo de esta práctica de exclusión prevalece el estereotipo, heredado de la época colonial, que considera que lo blanco es sinónimo de civilizado, sofisticado, estético y rico, mientras que lo negro es sinónimo de primitivo, rudo, feo y pobre. La ausencia de segregación institucionalizada y agresión violenta entre «grupos raciales» ha generado la actitud de muchos venezolanos de no reconocer la existencia del racismo en esta sociedad, aunque aparecen esporádicas denuncias en la prensa en titulares como «Ni que Barlovento fuera Suráfrica. Por ser negros botaron a policías de Higuerote» (*El Nacional*, 20 de marzo de 1998, D-última), o en cartas al editor denunciando la negación del acceso a una discoteca: «Me prohibieron entrar por mi color de piel» (*El Universal*, 20 de junio de 2002, pp. 2-12).

Desarrollo del movimiento etnopolítico de los afrodescendientes

Recientemente, sin embargo, se ha observado la emergencia de un movimiento etno-político de afrodescendientes para denunciar el racismo en

Venezuela y para trazar la construcción de una sociedad más tolerante y culturalmente diversificada. Uno de los ejemplos más importante es el caso de la constitución de la ONG Red de Organizaciones Afrovenezolanas (ROA, fundada en 1999), una confederación a nivel nacional de organizaciones civiles de autogestión vecinal, de promoción cultural comunitaria, de las mujeres y de la defensa de los derechos humanos.

Una de las principales motivaciones de la fundación de la ROA es analizar la situación actual de la calidad de vida de los comunidades afro, sobre todo la magnitud de pobreza que afrontan los afrodescendientes; asimismo tiene como otra meta descifrar las causas sociohistóricas de las desigualdades sociales acumuladas desde la época colonial. A partir de este análisis, la ROA traza el desarrollo económico sustentable de las comunidades en diversos campos como la cultura, la educación, la agricultura, la higiene y la salud, la comunicación y la tecnología, y además lucha contra el racismo. Para este fin la ROA establece una agenda común de los afrodescendientes añadiendo las delimitaciones de regiones y organizaciones para lograr ejercer presión ante el gobierno nacional y poder negociar con los organismos internacionales y las ONG's de alcance global.

Uno de los avances más importantes, como resultado de la fundación de la ROA, fue el debate sobre la política de multiculturalismo y pluriétnicidad como nuevo fundamento de la reestructuración del Estado en la Asamblea Constituyente convocada en 1998. Estimuladas por los logros obtenidos en la última década respecto al reconocimiento constitucional de las poblaciones afrodescendientes como minorías étnicas y sobre legislación multiculturalista en países vecinos como Brasil, Colombia y Ecuador, algunas organizaciones afrovenezolanas, que luego se integrarían en la ROA, presentaron sus reclamaciones para dar visibilidad a la población afro en Venezuela. Este debate cristalizó en el preámbulo de la nueva Constitución de la República Boliva-

riana de Venezuela promulgada el año 1999, con el fin de «refundar la República para establecer una sociedad (...) multiétnica y pluricultural» (Constitución República Bolivariana de Venezuela, 1999). Aunque muy lamentablemente las organizaciones afro no lograron el reconocimiento constitucional de la población afro en Venezuela, ese hecho llamó a la reflexión de muchos líderes afro para organizarse a nivel nacional en el año 2000. Un año después, en 2001, la ROA participó en la III Conferencia Mundial contra el Racismo, organizada por la ONU en Durban, Sudáfrica (siendo la única ONG étnica venezolana que participó en ese evento). Debido a la demanda contundente, sustentada en documentos convincentes preparados por la ROA para este congreso, el gobierno venezolano, por primera vez en la historia del país, admitió la existencia de racismo como problema social en Venezuela (García y Camacho, 2002).

En el año 2004 la ROA y el gobierno nacional organizaron una serie de eventos para conmemorar el 150 aniversario de la abolición de la esclavitud en Venezuela. El 24 de marzo, día de la promulgación de la abolición de la esclavitud hace 150 años, se realizó un acto de ofrenda floral a José Leonardo Chirinos en el Panteón Nacional. Este evento, en el cual el gobierno reconoció al líder de la rebelión de esclavos negros como el precursor de la lucha contra la esclavitud, fue considerado como un paso importante hacia la reivindicación de la historia afrovenezolana y la visibilidad de las comunidades afro en este país.

Entre la etnogénesis y el mestizaje

La visibilidad que impulsó el movimiento afrovenezolano entre los años 1999 y 2004 fue impresionante. Indudablemente marcó la pauta en un «país mestizo» donde se ha negado la existencia de la práctica del racismo, a la vez que se ha anulado simbólicamente la presencia de los descendientes africanos.

A pesar de estos logros, el porvenir del movimiento afrovenezolano no se vislumbra sencillo. Hay dos

dificultades. La primera es la heterogeneidad organizativa. La realidad de cada sociedad civil que constituye la ROA es tan variada que no es fácil priorizar la agenda de negociación con los organismos gubernamentales y los agentes internacionales de cooperación. En un extremo están los activistas radicales, que trazan una etnogénesis decisiva de los afrovenezolanos y buscan la legislación de acciones afirmativas para la reparación de desigualdades acumuladas desde la época colonial, sobre todo en el campo de la educación y el desarrollo comunitario. En otro extremo están los líderes locales, que luchan para obtener recursos bajo el esquema convencional de «organización de vecinos» y temen que la reivindicación étnica genere una segregación entre blancos y negros que antes no se ha vivido en Venezuela.

La segunda dificultad está relacionada con la delimitación ambigua de la población afrovenezolana. Para buscar una fuente económica para el desarrollo sustentable hay que definir la demografía de los afrodescendientes para demostrar en qué grado de pobreza viven. Para determinar quién es afro y quién no, la única metodología aceptable ahora mismo es averiguar cuál es la conciencia étnica de cada uno de los censados (en una línea similar a la de Briceño-León, 1992). Sin embargo, es posible que muchos residentes de la comunidad supuestamente afrodescendiente no reconozcan su identidad afro, porque durante muchos siglos interiorizaron la ideología del mestizaje. Se corre el riesgo de que se registre menos del 1% de la población nacional como poseedor de la identidad afro, lo que prácticamente ocurrió en Colombia en el censo del año 1993. En comparación con tal situación de «minoría absoluta», los líderes afrovenezolanos estarían más cómodos en una ambigüedad en la que entre un 10 y un 50% de la demografía venezolana podría declarar ser afrodescendiente.

El racismo antiindígena

En Venezuela, como en el resto del mundo, estamos despertando a la realidad de que los pueblos

indígenas empiezan a ser tomados en cuenta como ciudadanos y como representantes de culturas milenarias, que han aportado mucho y tienen que seguir contribuyendo significativamente al acervo histórico de la humanidad (Grünberg *et al.*, 1991; Velásquez, 1998). La nueva Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999) es muy clara al respecto, y hasta podríamos afirmar que es una de las más progresistas del mundo. Contiene un número importante de artículos y disposiciones que establecen los derechos colectivos de estas etnias, consagra sus conocimientos etnocientíficos y sus manifestaciones estéticas, así como oficializa con carácter regional los más de treinta idiomas indígenas antes considerados como dialectos desechables. No obstante, tanto la prensa nacional como todos los libros publicados todavía están desfasados respecto a los nuevos principios y teorías. Prueba de ello es que se encuentran publicaciones recientes que a pesar de su contenido racista son reconocidas y aceptadas, e incluso alabadas.

La visión generalizada de los amerindios: un estudio de caso extremo

Entre las publicaciones recientes llama la atención un libro titulado *La marginalidad sin tabúes ni complejos* (Zubillaga Oropeza, 2000) porque, en el momento de su publicación, despertó la admiración de diversos sectores del amplio espectro venezolano de centro-derecha, y llegó a recibir comentarios altamente favorables de personalidades y grupos vinculados a tendencias izquierdistas y denominadas progresistas, algunas de las cuales ocupaban altos cargos políticos y públicos en ese momento. Se trata de un libro con estilo de ensayo que consta de 150 páginas, en cuya contraportada aparecen las opiniones, muy favorables, de cinco intelectuales de bastante prestigio en diferentes disciplinas, todos inclinados hacia el centro-derecha del espectro político: un politólogo, un sociólogo, un filósofo y dos economistas. El libro es presentado como «un estudio lúcido y valiente, que enfren-

ta con rigor intelectual algunos de los principales problemas y desafíos de nuestra sociedad ante el nuevo siglo» y lleva como subtítulo «Una propuesta urgente para un país dividido». Con esto el autor se refiere, desde su óptica personal, ideológica y política, a una tarea de alcance nacional y que en cierta forma todo el mundo comparte: la lucha contra la pobreza, pero que él prefiere llamar lucha contra la «marginalidad». Citamos algunos extractos textualmente y los identificamos según la estrategia discursiva empleada por el autor:

a) Todos somos iguales, pero... (concesión aparente).

Creo firmemente en la igualdad de todos los hombres; y, particularmente, en la igualdad de todas las razas. Pero es indudable que distintos grupos étnicos se mezclan para formar naciones o países y que cada grupo étnico aporta a la mezcla sus propias características culturales. (...) Podemos usar una analogía prestada de la informática: la raza puede asemejarse al hardware, parte física de una computadora, la maquinaria y el equipo; y lo cultural al software, programas, o serie de instrucciones, que dicen a la computadora qué hacer. En cuanto al hardware, todos los grupos humanos son iguales, (...) Pero su software es diferente (Zubillaga Oropeza, 2000, p. 44).

b) La conquista fue pacífica (...) los conquistadores respetaron a los indígenas (...) los africanos vinieron como «mano de obra» (ocultamiento).

Contrariamente a lo que sucedió en otros lugares, la conquista fue, a pesar de la violencia inherente a toda conquista, un proceso relativamente pacífico a través del cual la cultura conquistadora no sólo respetó la vida de los indígenas sino que se fundió con ella en un intenso proceso de mestizaje. Posteriormente, vino a engrosar el torrente étnico la mano de obra esclava de origen oeste-africano. Esto contrasta con lo sucedido en otros países como Estados Unidos (*Ibid.*, p. 45).

Este pasaje oculta el proceso de la violencia contra los indios. Pudo haber habido conquistas más crue-

les que la de Venezuela, pero aún en los manuales de historia de mayor contenido antiindígena resalta inmediatamente la extrema crueldad con la que se realizó ese proceso, como se comprueba, por ejemplo, en el asesinato del cacique Guaicaipuro, quemado vivo en su propia casa, o la de Tamanaco, eliminado por una jauría de perros salvajes.

c) Las culturas indígenas eran extraordinariamente primitivas (generalización, vaguedad), los hombres y las mujeres eran iguales (¿acusación?).

Las culturas indígenas que contribuyeron a la nacionalidad venezolana eran extraordinariamente primitivas, de carácter tribal y sin experiencia en formas de organización política complejas. En general no habían experimentado el concepto de Estado ni de nacionalidad. De aquí se deriva su carácter colectivista primitivo, con participación de hombres y mujeres por igual en la toma de decisiones y en la escogencia de jefes cuya función se reducía a la de guías para la guerra y la caza (*Ibid.*, p. 46).

d) La vibrante cultura española frente a la pasividad «prehistórica» de los indígenas (contraste).

La conquista significó inicialmente el encuentro entre una vibrante cultura española, movida por un binomio de mercantilismo y espíritu misionero, y la pasividad prehistórica de los indígenas que poblaban el territorio que hoy es Venezuela (*Ibid.*, p. 89).

e) Las características culturales de los indígenas determinantes de la marginalidad (exageración, ocultamiento, vaguedad, generalización).

El contingente indígena venezolano era extraordinariamente primitivo. La mayoría de las tribus estaban todavía en la edad de piedra, eran nómadas y no conocían propiamente la agricultura, viviendo de actividades cazadoras y recolectoras. Estas características culturales sobrevivieron intactas en gran parte de la población rural venezolana hasta el siglo XX y sobreviven aún hoy en los barrios marginales de nuestras ciudades, gracias a las migraciones de grandes contingentes de esa

población rural a la periferia de dichas ciudades. Este factor etnocultural es uno de los determinantes del fenómeno de la marginalidad en Venezuela y en otros países de la América hispana. Aunque esta descripción tan descarnada pueda tener algo de simplismo, su plausibilidad esencial no se altera, a pesar de que sea una de esas memorias colectivas difíciles de aceptar (*Ibid.*, pp. 92-93).

f) Los indígenas son separatistas, no ayudan a la integración (acusación).

El indigenismo ha sido una fuerza poderosa en la política no solamente en Venezuela sino también en otros países del continente iberoamericano. En realidad, el indigenismo es tan tonto como el hispanismo, el africanismo o cualquier otro «sismo» racial. Porque no somos ya aborígenes ni españoles ni africanos. Optar por cualquiera de los componentes raciales o etnoculturales de nuestra realidad significa no haber entendido nada de lo que somos y de nuestros problemas. Si lo que necesitamos es integración, cualquier «sismo» es solamente una forma de racismo, contribuye a que el país continúe fracturado y no ayuda a su integración en una sola nación (*Ibid.*).

Contrariamente a lo que algunos pudieran pensar, Carlos Zubillaga no es ningún loco desaforado ni un reaccionario ultramontano, sino un profesional y empresario de buena formación, que además se expresa con cierta elegancia. Tampoco es un intelectual muy conocido, pero es pertinente darle cabida en nuestro análisis porque se trata de un ciudadano de sólida reputación que nos permite recoger el tipo de generalizaciones que se expresan sobre los indígenas, y escuchar qué es lo que opinan de la población indígena muchos representantes de un segmento social influyente.

El racismo antiindígena en los textos escolares

El patrón de pensamiento sobre los indígenas se mantiene y reafirma a través de los textos escolares. En un estudio detallado sobre una muestra de textos de ciencias sociales de segundo y tercer grado realiza-

do entre los años 1987 y 1992, Bisbe (2004) siguiendo a Van Dijk (1987, 1991), con el apoyo de la gramática sistémica funcional (Halliday, 1994) mostró que este patrón de pensamiento discriminatorio se mantiene con estrategias discursivas claramente identificables, algunas de las cuales recogemos a continuación.

La *generalización* muestra una asignación de rasgos comunes a una agrupación de seres clasificados como «indios», a los que se les asignan unas características más o menos homogéneas: «Vivían en tribus», «en chozas», «los dirigía un cacique», «usaban guayuco», «eran politeístas», «adoraban a varios dioses», «creían en una vida después de la muerte», etcétera.

En varios textos se repite que la forma de organización social era y es la «tribu», un concepto bastante vago y genérico que por una parte no se corresponde con la diversidad real de formas de organización de las diferentes naciones indígenas, y por la otra ha sido abandonado desde hace más de cuarenta años por la terminología etnográfica especializada. En cuanto a la vivienda se generaliza la «churuata» como el tipo más común a todos los indígenas, lo cual es falso (en contraste con el palafito o el shapono).

El *rol de los actores* lo aporta casi siempre el significado del verbo utilizado que favorece cierto tipo de agencialidad. Llama poderosamente la atención el hecho de que los indígenas pierdan casi completamente su rol de agentes a partir del inicio de la conquista y entonces son sustituidos por los españoles y los misioneros en ese rol, y pasan a convertirse en pacientes, beneficiarios o receptores: «Los indios poco a poco fueron perdiendo sus tierras. Iban muriendo a causas (*sic*) de las matanzas y las enfermedades», «La población indígena disminuyó durante la Colonia debido a los maltratos sufridos durante la Conquista». La elección de los verbos y la forma sintáctica también disimulan la presencia de otros agentes no indígenas. Los indios «pierden sus tierras» y «mueren por matanzas y enfermedades». Los verbos utilizados hacen que desaparez-

can los verdaderos responsables, los que arrebatan, se apoderan, invaden, etcétera, las tierras de los indios, y que también los asesinan; además, hay una inversión de la agencialidad en las acciones que culpabiliza a los indígenas de lo negativo que les sucedió: ellos son quienes «mueren», y no porque sean asesinados, y son quienes «pierden», así que se convierten en los responsables de lo que les sucedió. Otra forma de disimular a los agentes es no mencionarlos o privarlos de su condición como tales al no poder denominarse a sí mismos, sino que son otros no indígenas quienes ejercen sobre ellos tal acción.

La *categorización* de los indios como cosas que se producen deriva de incluirlos en una enumeración junto con guacamayos y objetos inanimados, restando así carácter humano por la elección léxica del verbo y por ser Colón el agente de la acción: «Colón regresa a España llevando indios, guacamayos y muestras de oro y plantas».

En cuanto al *nivel de descripción*, ésta se cumple con la estrategia descrita por Van Dijk, ya que son señalados con todo lujo de detalle los aspectos negativos del hecho de ser indígena, sin hacer mención de que se trata de una característica compartida por los no indígenas, de manera que así se favorece la idea de que esos factores negativos son intrínsecos a la condición de indígena. Así, éste aparece relacionado con los barrios, la pobreza extrema y la ignorancia. «Los indígenas siguen teniendo muchos problemas», «la mayoría de los indígenas venezolanos viven en condiciones de extrema pobreza». El uso de «siguen teniendo» sugiere que en un principio los indígenas fueron problemáticos y en la actualidad lo siguen siendo. Así, por tanto, parece que son ellos quienes generan los problemas sin la presencia de otros factores contextuales o la intervención de agentes externos. Se juzga la vivienda indígena como carente de sanidad en sí misma, sin mayores especificaciones sobre las causas que pudieron conducir a esto: «Las viviendas de los indígenas son insalubres; por ello sufren enfermedades que pro-

vocan muchas muertes, sobre todo entre los niños». Nótese aquí que las viviendas son las culpables de las condiciones de vida y no otros agentes responsables. Por otra parte, los indígenas son «muy apegados a sus costumbres», que son «viejas costumbres», y, por ello, viven en el atraso por su culpa.

Las *estructuras argumentativas* en los textos del *corpus* se manifiestan en forma de relación causa-efecto. Se encuentra una comparación implícita entre indígenas y españoles y salen favorecidos estos últimos por la explicación de la causa que los hace vencedores frente a los indígenas. Los conquistadores son la causa del cambio en la vida de los indígenas (agentes). El argumento implica la forma estática del «modo de vida de los indígenas», pero no se dice que los indígenas hayan impactado en las costumbres de los conquistadores.

En cuanto a las *suposiciones e implicaciones*, la presencia de las preposiciones *desde* y *hasta* parece borrar la existencia de los indígenas tras la llegada de los españoles a Venezuela, a pesar de que el contenido de la lección demuestre que esto no es así: «La etapa indígena abarca *desde* el poblamiento de nuestro territorio por las primeras comunidades indígenas *hasta* la llegada de los exploradores europeos a Venezuela». La marca temporal «todavía» y el comparativo «como» llevan a la conclusión de que los indígenas actuales no han cambiado en nada su forma de vida desde hace quinientos años. El «todavía», además, presupone cierta valoración negativa sobre la situación planteada («Actualmente existen comunidades que *todavía* viven *como* los pueblos prehistóricos»).

En oraciones como «nos dejaron instrumentos musicales», los indígenas se quedaron en el pasado con respecto a nosotros, según se implica en *nos dejaron*. Se habla de un *predominio* natural de la cultura blanca española, sin mencionar mecanismos de imposición, quiénes los imponen o si esto es válido para todo el continente: «La cultura que predominó, sin embargo, fue la de los blancos, la de los europeos, la de los españoles». Las culturas

indígenas son minusvaloradas frente a las del blanco: «La música, el arte y la educación fueron fundamentalmente de origen español o europeo».

La *concesión aparente* que se manifiesta en expresiones como «A pesar de su valentía, nuestros indígenas fueron sometidos por los españoles» atribuye a los indígenas, en un primer momento, la característica positiva de «ser valientes», pero inmediatamente esta connotación es negada bajo la idea subyacente de que esto no sirvió para nada. Además, los españoles aparecen como «poco numerosos pero mejor preparados», mientras que los indios «eran inferiores».

De esta manera se constata que las prácticas discriminatorias se materializan en el lenguaje y se transmiten de manera «natural» en los textos escolares, sin que se levanten voces o se tomen medidas concretas para contradecir «las verdades» contenidas en ellos.

Racismo e interacción política

Las metáforas del racismo en la confrontación política

Por considerar que «racismo» es una noción muy abarcadora, nuestro interés se ha centrado también en conocer cómo se construye la noción del racismo en Venezuela y cómo se hace uso de ella en la confrontación política a través de la prensa (Bolívar y Kaplan, 2003a, 2003b, 2003c y 2004). Destacaremos un estudio en el que nos propusimos averiguar de qué manera se construye el concepto de racismo desde una perspectiva experiencialista (Bolívar y Kaplan, 2003a). Para ello identificamos las redes de metáforas conceptuales vinculadas al racismo que dominaron en el discurso público en un momento de confrontación política, relacionando así los procesos cognitivos con las prácticas discursivas. Como se sabe, la metáfora no es simplemente una figura retórica o un recurso de la imaginación poética. Nuestro sistema conceptual, con el que pensamos y actuamos en la cotidianidad, es de naturaleza fundamentalmente metafórica. Las metáforas, que nos permiten

comprender y tener la experiencia de una cosa en términos de otra, tienen su base en nuestra experiencia física, cultural e interaccional y pueden, a su vez, clasificarse en metáforas estructurales, ontológicas y orientacionales (Lakoff y Johnson, 1980).

En nuestra búsqueda de las metáforas cognitivas del racismo analizamos un *corpus* integrado por textos de la prensa venezolana publicados entre mayo de 2002 y septiembre de 2003, período en el que el tema del racismo saltó con inusitada fuerza a la palestra pública. El *corpus* incluyó la transcripción del programa televisivo dominical del presidente Hugo Chávez, *Aló Presidente*, transmitido por el canal del Estado, y varios documentos oficiales e intervenciones de altos funcionarios en organismos internacionales, publicados en páginas de Internet. Se incorporaron textos periodísticos de los diarios *El Nacional*, *El Universal*, *El Nuevo País* y *Tal Cual*, incluyendo noticias, reportajes, entrevistas, artículos de opinión, editoriales y caricaturas. La unidad de análisis fue el macrointercambio (Bolívar, 2001b, 2005), entendida como una interacción similar a la conversación, pero que incluye intervenciones orales y por escrito sobre un mismo tema, en distintos momentos. Recogimos secuencias de macrointercambios en torno al tema del racismo, en las que participaban distintos actores sociales. En el desarrollo de los eventos observamos quiénes iniciaban y cerraban cada ciclo.

De esta forma en el *corpus* se identificaron varias redes de metáforas dominantes que conceptualizan tanto la noción del racismo en nuestro país como las imágenes del venezolano y de su contrafigura, el inmigrante.

Los resultados mostraron que la concepción del racismo en la confrontación política se construyó a partir de dos grandes redes metafóricas. La primera, con una connotación positiva, gira alrededor de tres metáforas relacionadas entre sí:

a) El racismo es apariencia.

A mí algunos no me quieren porque soy negro, indio (*Aló Presidente*, 17 de marzo de 2002).

Soy feo, negro, ligado con indio, no soy refinadito, soy un poco tosco (*Aló Presidente*, 8 de junio de 2003).

Ésta es la voz del presidente del país, cuyo discurso revelaba para la época una constante preocupación estética vinculada a los aspectos fisonómicos y cromáticos del mestizaje. La aparente autodenigración proveniente de un actor social tan poderoso debe interpretarse, por el contrario, como una apreciación positiva.

b) El racismo es color.

(...) si hubiera estado presente en cualquiera de las recientes marchas de la oposición, especialmente el 10 de octubre cuando un millón de personas de todos los colores de piel, cabello y ojos bailaron juntos (2 de noviembre de 2002, la voz de la oposición).

En un país donde somos de todos los colores y mezclas (9 de junio de 2003, la voz del gobierno).

c) El racismo es herencia.

Se descalifica al presidente Chávez por su herencia tradicional, de la cual nos debemos sentir orgullosos todos los venezolanos (16 de octubre de 2002, la voz del gobierno).

Venezuela es uno de los países del mundo donde nos hemos mezclado por generaciones los negros, blancos, catires, indígenas, mulatos, turcos, zambos y albinos (12 de noviembre de 2002, la voz de la oposición).

Estas metáforas aparecen estrechamente vinculadas con las que se utilizan para conceptualizar al venezolano, punto en el que parecen coincidir todos los sectores involucrados (e indudablemente un argumento poderoso para perpetuar el mito de la «armonía racial» en Venezuela). Por un lado, «el venezolano es entidad» y se concibe como un mosaico biológico, en el que priman la noción de mezcla de colores y la condición de mestizo y zambo:

(...) la condición étnica de una parte fundamental del pueblo de Venezuela que ostenta con orgullo la condición de «zambo», que ostenta con orgullo la condición de mestizo, porque mestizos

somos y mestizos nos sentimos orgullosos de ser (16 de octubre de 2002, la voz del gobierno).

Son más del 80% de los venezolanos, con todas las mezclas y mosaico biológico (...). La clásica belleza de la mujer venezolana se debe, entre otras, a la riquísima mezcla genética que combina a todas las razas y tan variados orígenes culturales (...). En mi familia a mi madre la llaman «la catira», a mi tía «la negra», a mi esposa le dicen «negra» y mi hija es «la negrita» y para ella su hermana es «color leche» (12 de noviembre de 2002, la voz de la oposición).

(...) los rasgos físicos de un zambo como el presidente de la república son los rasgos típicos de un venezolano (18 de octubre de 2002, la voz de la postura crítica, no alineada).

La noción de mezcla se enlaza con otra metáfora ontológica, «el venezolano es sustancia», la cual nos lleva, a través de la metáfora biológica de la herencia antes señalada, a la concepción del venezolano como fruto:

Esa maravillosa integración étnica de la cual somos fruto y de la cual nuestro Libertador Simón Bolívar tanto orgullo expresaba (16 de octubre de 2002, la voz del gobierno).

Por otro lado, se teje una red metafórica muy diferente alrededor de racismo, directamente relacionada con la belicosidad del momento político, y que conecta con la imagen negativa que se construye del inmigrante, en especial del inmigrante chino y latinoamericano. En esta red, «el racismo es guerra, perversión, diferencia, transgresión, organismo vivo y amenaza».

La metáfora del racismo como guerra se reitera en los discursos de la polarización, donde se evidencia el uso de prácticamente los mismos recursos léxicos en las acusaciones y advertencias mutuas:

En su insensata conducta recurre hasta al expediente del racismo para descalificar a los sectores populares y sus líderes (28 de mayo de 2002, la voz del gobierno) (...) de alguna manera se ha focalizado el racismo en ciertos sectores, en cier-

tos nichos de la sociedad, pero hoy se utiliza el racismo, se descalifica al presidente Chávez (...) entre los ataques contra el presidente Chávez se le tilda de ser «zambo» y se utiliza el elemento racista en la lucha política como nunca había ocurrido en Venezuela.

De modo que ha ocurrido que se levantan las banderas del racismo y las banderas del fascismo, se levantan las banderas del anticomunismo primitivo (...) (16 de octubre de 2002, la voz del gobierno).

Si estos acomplejados señores quieren utilizar la arma del «racismo», piénsenlo mejor porque están equivocados de país, y la mentira repetida por ellos se les revierte solita (...). No traten los partidarios del Gobierno de utilizar el racismo como bandera política, los venezolanos no le hacemos caso a esas desadaptadas consignas, y si lo utilizan, una vez más les saldrá el tiro por la culata (2 de noviembre de 2002, la voz de la oposición).

El racismo construido como perversión forma parte de esa misma red, pero sólo el sector gubernamental apela a esta relación cognitiva:

Ciertamente el racismo constituye una de las perversiones de la vieja sociedad (16 de octubre de 2002, la voz del gobierno).

Pero hoy debo denunciar aberraciones que han sido presentadas como pintorescas y risueñas y que un público no desquiciado habría rechazado con horror. Se trata del racismo (...). ¿Es que podemos banalizar nuestra obligación de no favorecer las aberraciones de la mente y la conducta humana que conducen al crimen político, a la injusticia social y a la guerra?» (9 de junio de 2003, la voz del gobierno).

La conexión conceptual entre racismo y organismo vivo también es privilegiada por el sector oficialista:

Una minoría, la que ha detentado los privilegios del poder (...), ha logrado desafortunadamente irrigar su antidemocrática ideología. La ideología que lo soporta, que estaba confinada a reducidos nichos,

ha penetrado en ciertos estratos de la sociedad (28 de mayo de 2002, la voz del gobierno).

En esta investigación (Bolívar y Kaplan, 2003c) se concluyó que los conceptos metafóricos sirven efectivamente para mostrar cómo se concibe el racismo en Venezuela. No obstante, también sirven para ocultar procesos históricos de desigualdades y encubrir situaciones presentes de discriminación. En el momento en que se realizó la investigación, las metáforas evidenciaron un uso similar de prácticas discursivas ideológicas y demagógicas alrededor del tema del racismo en los dos sectores confrontados.

La discriminación de los chinos en la prensa

La discriminación contra los chinos muestra peculiaridades muy especiales porque, aparentemente, no es un tema muy favorecido en las conversaciones cotidianas ni tampoco por las autoridades gubernamentales. En la vida cotidiana se usan de forma natural expresiones como «chino cochino» o «eso es un cuento chino». De manera esporádica surgen demandas como la siguiente sin que se alarme la población o surjan reacciones de apoyo:

Cada vez que salgo a la calle o voy a cualquier parte, *recibo burlas* sobre la forma en que nosotros [chinos] hablamos o tratamos de hablar el español o bien sea hablando nuestro propio idioma natal (*El Universal*, 1° de diciembre de 2002, sección Correo del Pueblo, pp. 2-16).

Nuestras investigaciones sobre este tipo de racismo nos dan pie para afirmar que, mientras el racismo antinegros y antiindios es soterrado, velado, ocultado o minimizado, la discriminación contra los chinos se practica en el discurso de forma más directa (Bolívar y Kaplan, 2003b), aunque los venezolanos no parecen ser conscientes de ello.

El estudio sistemático del racismo y el discurso sobre los chinos en la prensa venezolana puede ubicarse en dos momentos políticos del país, separados por un lapso de casi diez años. Los resultados ofrecidos por las investigaciones en ambas etapas mostraron similitudes en el tratamiento lingüístico

de las minorías étnicas por parte de los medios, pese al tiempo transcurrido. Sin embargo, las diferencias que separan a estos trabajos son notorias, tanto en lo que respecta a las motivaciones de los analistas para abordar el estudio como al enfoque de la investigación, al andamiaje teórico utilizado, a la extensión del *corpus* y al tipo de textos analizados.

La primera etapa corresponde a febrero de 1994, a pocos días de asumir Rafael Caldera la Presidencia constitucional por segunda vez. Se iniciaba así un período de relativa estabilidad política tras otro muy turbulento que incluyó el enjuiciamiento y la suspensión de sus funciones del anterior presidente, Carlos Andrés Pérez. En ese momento el estudio de los aspectos lingüísticos del racismo en la prensa responde al interés por observar un evento completo en torno a disturbios raciales (Bolívar, 1996a). El periódico venezolano *El Nacional* reseñó durante varios días consecutivos la noticia de los violentos disturbios acontecidos en una ciudad del interior del país, que comenzaron con un incidente menor en el que se vieron involucrados comerciantes chinos, y que fueron escalando en gravedad hasta culminar con la militarización de toda la zona. Justamente estos textos periodísticos fueron los que brindaron la oportunidad de profundizar en el estudio de la gramática y la semántica de la discriminación (Bolívar, 2001a) a través de los medios (véase la siguiente sección).

El segundo momento, entre los años 2002 y 2003, corresponde a un convulsionado período político, caracterizado por la extrema polarización entre seguidores y opositores del presidente Hugo Chávez. El tema del racismo comienza a ocupar un espacio cada vez más importante en diferentes ámbitos públicos venezolanos, especialmente en el político ya que cada uno de los sectores enfrentados lo esgrime como arma simbólica contra el otro, como hemos visto en la sección anterior (sobre los chinos, ver las páginas 204-205).

La gramática y la semántica de la discriminación en la prensa

Los trabajos recopilados por Bolívar (1996a) examinan el problema de la discriminación de la minoría china, como ya se dijo. Uno de los temas estudiados desde la gramática es el control del acceso a la palabra en la noticia periodística. Para tal efecto, Bolívar (1996b) haciendo uso del concepto de «atribución de la información» dentro del marco de la lingüística funcional sistémica, analizó las noticias para mostrar cómo los periodistas, al usar determinadas estructuras gramaticales para informar, limitan la oportunidad de opinar a los ciudadanos chinos y otras minorías. Las palabras de las autoridades y otras personas «importantes», con las cuales parecerían solidarizarse los periodistas, ocupan un lugar destacado en los textos y se les atribuyen cláusulas complejas de mayor longitud, mientras que las de los ciudadanos chinos, que fueron los primeros involucrados en los disturbios, ocupan uno mucho menor y estructuras gramaticales también menores. Además, todo el discurso de estos últimos es defensivo, ya que deben negar acusaciones y solicitar protección de las autoridades, como se ve en el ejemplo siguiente:

Los comerciantes chinos *niegan* que estén especulando y aseguran que «pescaron» a la señora Pernalette cuando intentaba robar un pote de leche (texto 4).

La expresión del agente también fue objeto de estudio. Díaz Campos (1996) observó las estrategias empleadas por los emisores en la presentación de los eventos informados, en particular para la expresión de los agentes y la asignación de responsabilidades. A partir del análisis de recursos lingüísticos utilizados por los periodistas, como el uso de la voz pasiva o activa, el empleo de nombres colectivos en oraciones activas y la presencia de adjetivos y complementos verbales, Díaz Campos concluye que los habitantes de Turén son presentados en los textos como los agentes agredidos, mientras que los comerciantes chinos son mostrados como los

agresores, justificándose así el estallido social en esa población, como puede observarse en:

La muchedumbre reaccionó cuando un comerciante de origen chino *golpeó a una mujer y agredió a una niña* (texto 1).

En este mismo estudio, Pereda (1996) enfocó su trabajo en los temas privilegiados en las noticias, teniendo en cuenta que los seleccionados influyen en los modelos mentales que los lectores construyen sobre los diferentes acontecimientos (Van Dijk, 1987). Pereda analizó el *corpus* en función del contenido de los titulares y la frecuencia de aparición en el resto de la noticia del tema expresado en el titular. Indagó también en la relación entre los temas y las variables como son el estilo individual de los periodistas y la estructura canónica de la noticia periodística. Concluyó que el tema preferido fue el de la xenofobia, pese a los intentos del periódico por presentar los problemas sociales como las causas de los disturbios. Esto se refleja en titulares y subtítulos como los siguientes:

Hambre y especulación provocaron saqueos de comercios en Turén (titular, texto 3).

No es un problema de xenofobia (subtítulo, texto 5).

El estudio se completó con las aportaciones de Kaplan y Weber (1996), quienes se concentraron en la identificación de las estrategias semánticas fundamentales en el proceso de reproducción de los prejuicios racistas: la autopresentación positiva y la presentación negativa de los otros (Van Dijk, 1984, 1987, 1991, 1993, 1994). Estas autoras analizaron en los textos las «jugadas» semánticas cognitivas y retóricas que contribuyen a estas estrategias, dentro de las cuales destacaron la disimulación, la acusación, la vaguedad y la contradicción. Concluyeron que, pese a que los periodistas niegan enfáticamente que los disturbios se deban a la xenofobia, las evidencias lingüísticas de prejuicio racial encontradas contradicen esos argumentos. Kaplan y Weber estiman que el hecho de que se escriba un texto como el que se cita más abajo puede deberse a una ambivalencia

subyacente en los periodistas, quienes pertenecen a una sociedad donde existe una «tradición» no racista arraigada en el sentir colectivo, pero que no pueden evitar dejar filtrar sus prejuicios étnicos en su discurso:

La situación con los chinos no es un problema de xenofobia, porque en Portuguesa conviven oriundos de diversas regiones del mundo, sino de *la práctica de otros procedimientos*, entre ellos *la violencia que aplican* a los habitantes en Turén (texto 5).

Vale la pena agregar como último ejemplo que, cuando ya se estaba recobrando la calma en el pueblo de Turén, una noticia cerró el evento humorísticamente de la siguiente manera:

El pueblo va recuperando la paz y el humor. En Acarigua los taxistas bromean diciendo: «*Taxi para Tulén*» (texto 6).

Estas investigaciones coincidieron en señalar que el análisis lingüístico riguroso es fundamental para realizar el posterior análisis crítico del discurso, ya que contribuye a revelar muchas prácticas discriminatorias que inadvertidamente tomamos como «naturales».

La cuestión china redimensionada en la política

Merece una mención especial la forma en que se redefine la imagen del inmigrante chino en el discurso mediático durante la confrontación política. Resulta curioso, por decirlo suavemente, que a casi diez años del primer ciclo de investigaciones sobre discurso y racismo en Venezuela, la «cuestión china» reaparezca fortalecida, potenciada por la pugna política de los años 2002-2003. La negación aparente del racismo —*no es un problema de xenofobia (...) sino que (...)*— deja paso ahora a una construcción del chino que, gracias a una red de metáforas ontológicas y direccionales, lo define sin atenuantes como uno de los problemas más graves al que se enfrenta Venezuela en ese conflictivo momento.

En torno a los ciudadanos chinos se urde una compleja red de metáforas. Ante todo, *el inmigrante chi-*

no es objeto, lo que facilita concebirlo como *mercancía*, una mercancía ilegal que vincula esta metáfora con la del inmigrante chino como *transgresión*. En varios textos periodísticos se hace mención al *tráfico* y *al contrabando de chinos*. Los diarios se cuestionan en sus títulos, *¿cuántos vale un chino?* y en sus reportajes hablan de que:

(...) allí *desembarcan a los chinos* sin problemas, que ése es *el dueño de los chinos*, que el negocio reportaría la bicoca de 7 millardos de bolívares y que el ingreso ilegal de asiáticos [es] a 10.000 *dólares por cabeza* y que la migración china [está] convertida en *lucrativo negocio*.

Sin embargo, los inmigrantes chinos no están solos en esta identificación metafórica; varios grupos latinoamericanos también son imaginados como objetos que se comercian ilegalmente, es decir, como transgresores:

El tráfico de chinos, de *cubanos* y de *colombianos*, pasa ante los ojos de funcionarios públicos (22 de abril de 2003).

La soberanía se vende por unos cuantos dólares, irregularidades vinculadas con la *cedulación* y *naturalización de chinos, colombianos, ecuatorianos y chilenos*. Están *burlando todos los procedimientos*, tienen como norte saltarse la ley (23 de abril de 2003).

Al ser *objeto*, el inmigrante chino es también *recipiente*, por lo que puede convertirse en vehículo o *conductor* de temibles enfermedades, como la misteriosa SARS que, surgida en un país percibido como remoto y exótico, resalta la imagen del inmigrante chino como un Otro muy diferente que trae el peligro del contagio a nuestro territorio. El inmigrante chino es ahora, por tanto, una *amenaza* de epidemia, vinculada a su condición de mercancía ilegal. Esto sólo es posible por la complicidad de las autoridades venezolanas, interesadas en utilizar a estos inmigrantes para sus propios fines políticos, como denuncia enfáticamente un periódico de clara tendencia opositora:

Contrabando de chinos potencia riesgo de SARS. Los chinos que el gobierno nacionaliza y cedula

con fines electoralistas *son un peligro para la salud venezolana* (...) tuvieron que desalojar un piso completo del Centro Médico para internar al *ciudadano chino infectado*, y no se le permitió contacto con ninguna persona ajena al centro de salud, además que se tomó la medida de apagar el aire acondicionado para que el virus no se transportara por sus ductos hacia otros pisos y contaminara a pacientes y trabajadores de la clínica (...). El ciudadano chino que fue recluso (...) no ha sido descartado como *portador del SARS*, a pesar de que así intentaron hacerlo ver funcionarios del Ministerio de Salud (30 de abril de 2003).

La amenaza se conecta asimismo con la metáfora de orientación *afuera-adentro*, que identifica al inmigrante chino con *invasión: continúan llegando centenares de chinos, los millones de chinos que llegan al país*, lo que, al conectar dichas frases con la metáfora de transgresión a las normas, termina cerrando la red. Así, el discurso discriminatorio sigue fortaleciéndose en la confrontación política y en los medios, sin que los defensores de las minorías étnicas expresen un asomo de protesta para detener este abuso. Por el contrario, después de tres años de lo que acabamos de señalar, la violencia contra los chinos ha aumentado, como se puede percibir en este titular de primera plana, precedido de un antetítulo que no deja de señalar su carácter de «ilegales»:

Son parte de un grupo de 26 asiáticos que entró ilegalmente en el país. 9 chinos torturados fueron abandonados en Caracas (*El Nacional*, 19 de mayo de 2006, p. 1).

Conclusiones

Este primer intento por abordar el problema del racismo de manera integral, incorporando las aportaciones de varias disciplinas, nos ha dado una visión más amplia sobre la situación racial en este país «café con leche». El recorrido que hemos hecho ha estudiado importantes aspectos históricos, demográficos, sociales, culturales, cognitivos y discursivos, que no pueden refutarse fácilmente.

Es un hecho histórico y biológico que el mestizaje existió. Es un hecho demográfico que los cambios en el poblamiento del país debilitaron la ideología del mestizaje como atributo distintivo de la composición étnica de la población venezolana, propiedad que había dominado como rasgo etnodemográfico desde finales de la Guerra Federal. Es un hecho económico que en Venezuela hubo un auge petrolífero que favoreció el ascenso social, el sentimiento «igualitario» y el populismo en la política.

En nuestro trabajo se destaca que existe una relación entre estructura de clases y color de piel que dificulta la definición de lo que es una persona negra o de color en Venezuela, a lo que debe sumarse el endorracismo que parece recorrer todos los estratos sociales. Si bien es cierto que la división social se plantea entre blancos y mulatos en los dos extremos, los mestizos y negros ocupan cualquier estrato social. Por eso «el racismo vergonzante» es la expresión de una sociedad donde hay prejuicios raciales que no logran traducirse en conductas abiertamente racistas de las personas. Existen estereotipos, sentimientos o temores, pero no se expresan o lo hacen muy solapadamente, porque hay un patrón dominante de rechazo al racismo. Los individuos saben que el prejuicio es tan injusto en sus orígenes como incorrecto en sus resultados. Pero tampoco pueden eliminarlo de su interior y por lo tanto lo viven con vergüenza. Que existan esas actitudes racistas es muy malo, pero que se sienta vergüenza de tenerlas es muy bueno. La vergüenza puede permitir superarlas y, en cualquier caso, limita sus expresiones públicas y restringe su eficiencia social discriminadora.

Esa actitud ante el racismo, en la que tiene un componente importante el endorracismo, dificulta las tareas de los activistas afrodescendientes porque no existe conciencia o aceptación de los orígenes africanos. Para convocar a una transformación social profunda, las ONG's afros deberían rediseñar una estrategia de diálogo con el pueblo de base. En otras palabras, realizar una campaña para conven-

cer a la gente que ha asimilado la conciencia mestiza para que acepte la identidad afro. Aún no tenemos la certeza de que esto se realice dentro de unos años y no sabemos si será posible viendo la ambigüedad en la autopercepción sobre el color de la piel que ahora reina.

El análisis del discurso de la interacción en diferentes contextos muestra evidencias lingüísticas y retóricas sobre la discriminación racial contra los negros, los indígenas, los chinos y otras minorías étnicas, a pesar de todas las manifestaciones de negación de racismo encontradas en diferentes sectores, desde los más conservadores hasta los más progresistas.

La reproducción de la discriminación hacia el negro y el indígena en los textos escolares se logra mediante los modelos mentales que sobre tales actores sociales se generan a partir de la interpretación del mensaje de las lecciones impartidas. Estos modelos son entendidos como la idea global que sobre el tema «indígenas» (o «negros») pueda estar favoreciendo el autor de un texto, con el uso de unas marcas textuales específicas. Las evidencias textuales obtenidas sobre la expresión de la discriminación nos llevan a defender la posición de que ésta no es una intencionalidad racista individual del autor, sino que éste evoca un conocimiento socialmente compartido más amplio, tal como su función pedagógica lo requiere. Van Dijk ya ha dicho en alguna ocasión anterior que el racismo no es un fenómeno de carácter individual: se manifiesta, se mantiene y se reproduce a nivel de las ideologías de grupos sociales.

Las ideologías racistas se materializan en el discurso de la vida cotidiana, en palabras, expresiones, canciones, refranes, chistes, textos escolares y libros de diversa naturaleza; y son, por lo tanto, palpables

en la evidencia que proporciona el análisis lingüístico. También se manifiestan en metáforas cognitivas que representan la experiencia de las personas sobre las minorías étnicas, de manera que así es posible entender cómo se construyen espacios cognitivos discriminatorios con los recursos que ofrece la lengua. Sobre este aspecto en particular es muy importante el papel desempeñado por los medios de comunicación y de los gobernantes de turno, porque en ellos recae gran parte de la responsabilidad de perpetuar o cambiar los esquemas y el discurso dominante.

Sobre todo queremos resaltar el hecho de que en la lucha contra la discriminación racial y étnica debemos ser más conscientes de nuestra historia, de los modelos mentales que se han creado histórica y socialmente a lo largo de los años y del poder de la palabra para mantener y reforzar los prejuicios. Lo que nos interesa es que, como pueblo predominantemente mestizo que somos, tengamos muy claras las formas en que este término se usa para fomentar la igualdad, pero también para neutralizar procesos históricos y ocultar la complejidad del problema. Se trata también de comprender que, aunque las intenciones sean muy buenas, el tema del racismo suele ser un arma de doble filo, con la que se lucha por la igualdad y la justicia, pero que también refuerza y profundiza las diferencias, como se ve en los discursos demagógicos de diferentes actores en la interacción política. La tarea más difícil parece ser la de entender que no existen grupos más racistas que otros, sino que en Venezuela el racismo es una estructura latente que tiene manifestaciones concretas en la palabra y en la violencia física, y que debe ser afrontado por todos para conocer y reconocer las diferencias, entenderlas y aceptarlas, para vivir en paz en un país más tolerante.

Bibliografía

- ABZUETA, R. y A. SALOM (1986): *Un estudio de la imagen de la población afrovenezolana en maestros del área metropolitana*, Trabajo especial de grado, Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- ACOSTA SAIGNES, M. (1984): *Un mito racista: el indio, el blanco, el negro*, Caracas, Ministerio de Educación Nacional.
- ACOSTA SAIGNES, M. (1967): *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, Caracas, Espérides.
- ADÁN, Y. e I. CASTRO LÓPEZ (1979): *El estereotipo racial en la publicidad venezolana*, Trabajo especial de grado, Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- ANÓNIMO (1992): *Enciclopedia popular. Escuela básica, 3º grado*, Caracas, Publicaciones Populares Deiba.
- ÁREA, L., Á. GUÁNCHEZ, y J.C. SAINZ BORGIO (2001): *Las migraciones internacionales en la legislación venezolana*, Caracas, Instituto de Altos Estudios Diplomáticos «Pedro Gual», Ministerio de Relaciones Exteriores.
- ARELLANO MORENO, A. (1974): *Breve historia de Venezuela, 1492-1958*, Caracas, Italgráfica.
- ASCENCIO, M. (1986): «Así nació San Benito», *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Conac.
- ASCENCIO, M. (1984): *Del nombre de los esclavos y otros ensayos afroamericanos*, Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- BANCHS, M.A. (1992): «Representación social de la identidad venezolana desde la perspectiva de los vínculos con indios, negros y blancos españoles», *Boletín de Avepsos*, N° 15, pp. 3-23.
- BARTOLOMÉ, M.A. (comp.) (1995): *Ya no hay lugar para cazadores. Proceso de extinción y transfiguración étnica en América Latina*, Quito, Abya-Yala.
- BERGLUND, S. (2004): «La población extranjera en Venezuela, de Castro a Chávez», en Fundación Mercantil y Fundación Francisco Herrera Luque (comps.), *Las inmigraciones a Venezuela en el siglo XX*, Caracas, Fundación Francisco Herrera Luque, pp. 35-50.
- BISBE, L. (2004): «Manifestaciones del discurso racista hacia el indígena en los textos escolares venezolanos», Trabajo monográfico, Maestría en Estudios del Discurso, Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- BLANCO, MUÑOZ, A. (1983): *Habla el general*, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- BOLÍVAR, A. (1993): «El encuentro de dos mundos a través del discurso», en A. Acosta (comp.), *Una mirada humanística. La reflexión multidisciplinaria acerca del encuentro de dos mundos*, Fondo Editorial Humanidades, Caracas, Universidad Central de Venezuela, pp. 81-112.
- BOLÍVAR, A. (comp) (1996a): *Estudios en el análisis crítico del discurso*, Cuadernos de Postgrado, N° 14, Comisión de Estudios de Postgrado, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- BOLÍVAR, A. (1996b): «El control del acceso a la palabra en la noticia», en Bolívar, A. (comp.), pp. 11-45.
- BOLÍVAR, A. (2001a): «La semántica y la gramática de la discriminación: un caso en la prensa venezolana», en Bustos, J., Charraudau, P., Girón, J., Iglesias, S. y C. López (comps.): *Lengua, discurso, texto*, I Simposio Internacional de Análisis del Discurso, vol. II, Madrid, Visor Libros, pp. 1.793-1.810.
- BOLÍVAR, A. (2001b): «Changes in Venezuelan political dialogue», en *Discourse & Society*, N°12 (1), pp. 23-46.
- BOLÍVAR, A. (2003): «Nuevos géneros discursivos en la política: el caso de *Aló Presidente*», en L. Berardi (comp.), *Análisis crítico del discurso. Perspectivas latinoamericanas*, Santiago, Frasis, pp. 101-130.
- BOLÍVAR, A. (2005): «Dialogue and confrontation in Venezuelan political interaction», en *AILA Review*, N° 18, pp. 3-17.
- BOLÍVAR, A. y N. KAPLAN (2003a): «Racismo y confrontación política», IV Congreso y V Coloquio de la Asociación Latinoamericana de Estudios de Discurso (ALED), 27, 28, 29 de octubre, Puebla, México.
- BOLÍVAR, A. y N. KAPLAN (2003b): «La construcción discursiva del racismo», VIII Jornadas de Investigación, Facultad de Humanidades y Educación, 26, 27 y 28 de noviembre, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- BOLÍVAR, A. y N. KAPLAN (2003c): «Las metáforas del racismo», XVI Jornadas Lingüísticas de la Alfal, 4 al 7 de diciembre, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- BOLÍVAR, A. y N. KAPLAN (2004): «Funciones estratégicas del discurso sobre el racismo en la política», v Jornadas Nacionales de Investigación Humanística y Educativa, 1, 2, 3 de diciembre, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- BOLÍVAR CHOLLETT, M. (1994): *Población y sociedad en la Venezuela del siglo XX*, Caracas, Fondo Editorial Tropykos y Ediciones Faces-UCV.
- BOLÍVAR CHOLLETT, M. (2004): *La población venezolana 10 años después de El Cairo*, Caracas, Fondo de Población de Naciones Unidas y Unfpa-Venezuela.
- BRICEÑO-LEÓN, R. (1992): *Venezuela: clases sociales e individuos*, Caracas, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana y Ediciones Capriles.
- BRICEÑO-LEÓN, R. (2000): «El hilo que teje la vida», en A. Baptista (comp), *Venezuela. Siglo XX, visiones y testimonios*, tomo I, Caracas, Fundación Polar, pp. 125-153.
- BRICEÑO-LEÓN, R. (2005): «El orgullo café con leche», en E. Vilorio (comp.), *El mestizaje americano*, Caracas, Universidad Metropolitana, pp. 17-21.
- BRICEÑO-LEÓN, R., A. CAMARDIEL, O. ÁVILA y V. ZUBILLAGA (2005): «Los grupos de raza subjetiva en Venezuela», en Hernández, O. (comp.), *Cambio demográfico y desigualdad social en Venezuela al inicio del tercer milenio*, II Encuentro Nacional de Demógrafos y estudiosos de la población, Caracas, Avepo.
- BRITO FIGUEROA, F. (1966): *Historia económica y social de Venezuela*, 2 tomos, Caracas, Ediciones de la Imprenta Universitaria de la Universidad Central de Venezuela.

- CABALLERO, M. (1972): *Betancourt: populismo y petróleo en Venezuela*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- CABALLERO, M. (2003): *Gómez, el tirano liberal (Anatomía del poder)*, Caracas, Alfadil Ediciones.
- CABALLERO, M. (2004): *Rómulo Betancourt, político de nación*, Caracas, Alfadil Ediciones y Fondo de Cultura Económica.
- CADENAS, J.M. (1992): «Estudio de la identificación con el significado de palabras de origen indígena, negro y español en jóvenes de padres venezolanos y padres españoles», *Boletín de Avepso*, N° 15, pp. 24-38.
- CARRERA DAMAS, G. (1998): «Mantuanos», en DMHV, Caracas, Fundación Polar.
- CARRILLO, A. y M.A. PERERA (1995): *Amazonas, modernidad en tradición*, Caracas.
- CASTILLO, I. (1982): «El umbral del color», *Revista SIV*, año VL, N° 442.
- CASTILLO D'IMPERIO, O. (1998): «Visiones de lo popular: la Venezuela de 1948», en Liscano, J. (comp.), *Fiesta de la tradición: 1948, cantos y danzas de Venezuela*, Caracas, Fundef, pp. 15-24.
- CHACÓN, A. (1983): *Poblaciones y culturas negras de Venezuela*, Caracas, Instituto Autónomo Biblioteca Nacional.
- CHEN, C. Y. y M. PICOUET (1979): *Dinámica de la población: caso de Venezuela*, Caracas, Ediciones de la Universidad Católica Andrés Bello y de la Office de la Recherche Scientifique Outre-Mer.
- COLMENARES, M.M. (2005): «Exclusión social y diversidad racial y étnica en Venezuela: temas clave y acciones prioritarias para una sociedad visiblemente más justa», en Hernández, O. (comp.), *Cambio demográfico y desigualdad social en Venezuela al inicio del tercer milenio*, II Encuentro Nacional de Demógrafos y estudiosos de la población, Caracas, Avepso, pp. 217-250.
- CUNILL GRAU, P. (1987): *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*, 3 tomos, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
- DÍAZ CAMPOS, M. (1996): «La expresión del agente y la asignación de responsabilidades», en Bolívar, A. (comp.), pp. 49-64.
- DOMÍNGUEZ, D. (1993): «Atributos asignados a negros, indios y blancos españoles y su relación con la imagen del venezolano», en Mato, D. (comp.), *Diversidad cultural y construcción de identidades*, Caracas, Tropykos.
- GARCÍA, J. (Chucho) y N.R. CAMACHO (2002): *Comunidades afrodescendientes en Venezuela y América Latina*, Caracas, Red de Organizaciones Afrovenezolanas, Conac, Banco Mundial y Parlamento Andino.
- GONZÁLEZ ORDOSGOITTI, E. (1991): «En Venezuela todos somos minorías», *Nueva Sociedad*, N° 111, pp. 128-140.
- GONZÁLEZ, F. (2002): *La etnodiscriminación hacia el afrodescendiente y las conductas de interacción social*, Trabajo de grado, Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- GRÜNBERG, J., S. VARESE y D. RIBEIRO (1991): *Articulación de la diversidad*, Iquitos, Perú, Kantari.
- HALLIDAY, M.A.K. (1994): *Introduction to functional grammar*, Londres, Arnold.
- HARWITH VALLENILLA, N. (1998): «La Guerra Federal», en DMHV, Caracas, Fundación Polar.
- HERRERA, J. (1999): «“Negros” y “demonios”: los esclavos africanos en el discurso político hegemónico durante el período colonial», en Bolívar, A. y C. Kohn (comp.), *El discurso político venezolano. Un análisis multidisciplinario*, Caracas, Fondo Editorial de Humanidades y Tropykos, pp. 117-129.
- HOPENHAYN, M. y A. BELLO (2001): *Discriminación étnico-racial y xenofobia en América latina y el Caribe*, Santiago de Chile, Cepal, Serie Políticas Sociales.
- INOJOSA, Z., HENRY, T. y D. SÁNCHEZ (1994): *La discriminación hacia el indio. Caso estudiantes del IUT Dr. Federico Rivero Palacio y Francisco Herrera Luque*, Trabajo especial de grado, Facultad de Humanidades de Educación, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- ISHIBASHI, J. (2000a): *Lo político del tambor: cultura popular, identidad y democracia en la comunidad de San Millán, Venezuela*, Tesis doctoral, Departamento de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Tokio, Japón (original en japonés).
- ISHIBASHI, J. (2000b): «Refining the Ambiguous Boundaries of Afro-Venezuelan Ethnicity», Ponencia presentada en el XI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association, 16 a 18 de marzo, Miami, EEUU.
- ISHIBASHI, J. (2004): «Hacia una apertura del debate sobre el racismo en Venezuela: exclusión e inclusión de la persona “negra” en los medios de comunicación», Colección Monografías, N° 4, Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, Centro de Investigaciones Postdoctorales, Faces, (www.globalcult.org.ve/monografias.htm).
- JAIMES, H. (2002): «Venezuela. Crisis y medios», *Comunicación*, N° 119, pp. 39-45.
- JAULIN, R. (1973): *La paz blanca. Introducción al etnocidio*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- KAPLAN, N. y F. WEBER (1996): «Las estrategias semánticas del discurso racista en las noticias de prensa», en Bolívar, A. (comp.), pp. 85-109.
- LAKOFF, G. y M. JOHNSON (1980): *Metaphors we live by*, Chicago, The University of Chicago Press.
- LIZOT, J. (2004): *Diccionario enciclopédico de la lengua yanomami*, Puerto Ayacucho, Vicariato Apostólico de Puerto Ayacucho.
- LÓPEZ, J.E. (1998a): «Poblamiento (2ª parte: siglos XVI-XX)», en DMHV, Caracas, Fundación Polar.
- LÓPEZ, J.E. (1998b): «Mestizos», en DMHV, Caracas, Fundación Polar.
- LÓPEZ, J.E. (1998c): «Pardos», en DMHV, Caracas, Fundación Polar.
- LÓPEZ, J.E. (1998d): «Criollos», en DMHV, Caracas, Fundación Polar.
- LÓPEZ, J.E. (1998e): «Peninsulares y canarios», en DMHV, Caracas, Fundación Polar.

- LUCENA SALMORAL, M. (1998): «Mestizaje», en DMHV, Caracas, Fundación Polar.
- MAGALLANES, M.V. (1983): «Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana», Caracas, Centauro.
- MALAVÉ MATA, M.A. (1993): «Prólogo», en Montañez, L., *El racismo oculto en una sociedad no racista*, Caracas, Tropykos, 1993
- MALAVÉ MATA, M.A. (1974): «La formación histórica del antidesarrollo», en Maza Zavala, D.F. (comp.), *Venezuela: crecimiento sin desarrollo*, México, Nuevo Tiempo, pp. 33-197.
- MATHEWS, R.P. (1977): *Violencia rural en Venezuela (1840-1858): antecedentes socio-económicos de la Guerra Federal*, Caracas, Monte Ávila
- MAZA ZABALA, D.F. (1983): «Mestizaje y estratificación de clases en Venezuela (1780-1830)», *Revista Universitaria de Historia*, N° 6, septiembre-diciembre.
- MENGO, C.F. (1981): *El racismo en Venezuela*, Trabajo de grado, Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- MIJARES, M. (1997): *Racismo y endorracismo en Barlovento*, Caracas, Fundación Afroamérica.
- MONDOLFI GUDAT (2005): «José Tomás Boves», *Biblioteca Biográfica Venezolana*, vol. 6, Caracas, Editora *El Nacional*.
- MONTAÑEZ, L. (1993): «El racismo oculto en una sociedad no racista», Caracas, Tropykos.
- MORÓN, G. (1987): *Historia de Venezuela*, Caracas, Ediciones Británica.
- MOSONYI, E.E. (1975): *El indígena en pos de su liberación definitiva*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- MOSONYI, E.E. (1982): «Identidad nacional y culturas populares», Caracas, La Enseñanza Viva.
- MOSONYI, E.E. (2004): «Los indígenas: víctimas de delito y de abuso de poder», *Revista del Ministerio Público*, N° 2, Caracas, enero-junio.
- MONTERO, M. (1984): *Ideología, alineación e identidad nacional*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela
- MONTERO, M. (1996): «Identidad social negativa: un concepto en busca de teoría», en Morales, J.F.; Páez, J.C.; Descamps, S. y Worchel, S. (comps.), *Identidad social*, Valencia, Promolibro.
- PEREDA, M.H. (1996): «Los trópicos privilegiados en la noticia periodística», en Bolívar, A. (comp.), pp. 65-84.
- PICÓN-SALAS, M. (1949): *Comprensión de Venezuela*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, Colección Biblioteca Popular Venezolana.
- REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA (1999): *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*, Gaceta Oficial, jueves 30 de diciembre de 1999, N° 36.860.
- SALAZAR, J.M. (2001): «Perspectivas psicosociales de la identidad venezolana», en J.M. Salazar (comp.), *Identidades nacionales en América Latina*, Caracas, Fondo Editorial de Humanidades, pp. 115-139.
- SIFONTES, M.F. (1984): «Una medida de discriminación racial en una muestra de estudiantes de la Universidad Católica Andrés Bello», Caracas, Escuela de Psicología, Universidad Católica Andrés Bello.
- TRIGO, P. (1982): «Patria mestiza», *Revista SIC*, año XL, N° 42, pp. 61-64.
- URBANEJA, D.B. (1998): «Partidos políticos», en DMHV, Caracas, Fundación Polar.
- ÚSLAR PIETRI, A. (1998): «Simón Bolívar», en DMHV, Caracas, Fundación Polar.
- VAN DIJK, T.A. (1984): *Prejudice in discourse*, Ámsterdam, John Benjamins.
- VAN DIJK, T.A. (1987): *Communicating Racism: Ethnic Prejudice in Thought and Talk*, Newbury Park, Sage.
- VAN DIJK, T.A. (1991): *Racism and the Press. Critical studies in racism and migration*, Londres, Routledge.
- VAN DIJK, T.A. (1993): *Elite Discourse and Racism*, Newbury Park, C.A., Sage.
- VAN DIJK, T.A. (1997): *Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona, Paidós.
- VAN DIJK, T.A. (1999): *Ideología*, Barcelona, Gedisa.
- VAN DIJK, T.A. (2003): *Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina*, Barcelona, Gedisa.
- VELÁSQUEZ, R. (1998): «Música precolombina», en *Lo que Europa descubrió en América*, Caracas, Infometro.
- VIRGÚEZ, F y X. IRIBARREN (1991): «En la televisión a colores... el negro no se ve. Discriminación y autodeterminación del negro en la telenovela», Trabajo de grado, Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- WRIGHT, W. (1993): *Café con leche: Race, Class and National Image in Venezuela*, Austin, University of Texas Press.
- ZUBILLAGA OROPEZA, C. (2000): *La marginalidad sin tabúes ni complejos. Una propuesta urgente para un país dividido*, Caracas, Gonzart.

